



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

83

~~2033760413~~  
G868.83 L162R LAC



THE LIBRARY  
OF  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS

G868.83  
L162r





*La*  
ROCA  
DE  
PATMOS  
*por*

ALBERTO LAMAR SCHWEYER







# LA ROCA DE PATMÓS

## DEL AUTOR

### *Crítica*

Los contemporáneos (1921).

Las Rutas Paralelas (1922).

### *Sociología.*

La Palabra de Zarathustra (1923).

Biología de la Democracia (1927).

La Crisis del Patriotismo (1929) 2a. edición.

### *Novela*

La Roca de Patmos (1932).

ALBERTO LAMAR SCHWEYER  
(DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES)

---

LA ROCA  
DE PATMOS

NOVELA



1932  
CARASA Y CIA., S. EN C.  
REP. DEL BRASIL 12  
HABANA



THE LIBRARY  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS

DEDICATORIA



THE LIBRARY  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS

**E**STA novela, como todo lo que aspira a sobrevivir, está hecha con unos pocos recuerdos y unos giros de sueño engarzados en el dolor de todos.

Te la ofrendo como una diadema para tu frente pensativa.

1618574



## INTROITO



*Esta es la historia de un  
hombre que se aburre.*



Y clamó con fortaleza en alta voz diciendo: Caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo y albergue de todas aves sucias y aborrecidas.

Porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades.

*Apocalipsis.*

## I

**L**A sirena sonó, rasgando la densa niebla que envolvía el puerto. Marcelo Pimentel se afirmó la bufanda, y caló el sombrero mientras daba fuego al cigarrillo, avanzando sobre la borda. A pocos metros, en la misma cubierta, solo se veían figuras esfumadas y oscuras recortándose sobre la mole de un gris plomizo de los rascacielos perforados de luces en plena tarde. El barco andaba lento, como inseguro de su paso y la sirena funcionando incesante, parecía hacerlo temblar. Moles enormes de barcos envueltos en la niebla, cubiertos por la nieve de varios días, iban pasando. Manhattan, en tanto, se alargaba en la bruma, mas que vista presentida detrás de la cortina de rascacielos rojizos y blancos, iluminados como una decoración caprichosa de teatro en aquella tarde de enero.

La chiquillería, corriendo en diversos sentidos, empuñada en verlo todo y sin descubrir nada, perforaba la neblina buscando la estatua de la Libertad que pasó junto al barco oculta por un enorme trasatlántico que arribaba de Europa entrando sin bandera y como cansado del afanoso navegar, con el cordelaje decorado fantásticamente por las nieves traídas de lejos. Sonaron aun más agudas las sirenas y el mar se volvió poco a poco más azul, relegando a popa el sucio lecho de la bahía.

Lentamente, iba el pasaje tomando sus puestos en cubierta, mientras el *stewart* obsequioso, anota-

ba solicitudes y recomendaciones para el breve viaje de cuatro días y en popa la orquesta acallaba con un fox la melancolía inseparable a los adioses. Un poco más tarde, ya solo se veía tierra a babor, ondulante, moteada de negro a trechos como ligeros brochazos oscuros en un lienzo monótono.

Marcelo, acodado en la baranda, apurando cigarrillos, clavaba los ojos en la ciudad trepidante en que había pasado los años primeros de su juventud de muchacho rico. Sin atender a un grupo de turistas que se disponía, parlotero y alegre, a invadir el bar tibio y oloroso a barniz y bebidas y dando la espalda a los primeros deportistas que tomaban posiciones abandonando las felpudas mantas a cuadros sobre las sillas extendidas, fijaba la vista en la ciudad cada vez más lejana, enorme y a la vez familiar para su juventud decorada por cien aventuras picantes y mil risueñas anécdotas. Lo dominaba la melancolía sutil de las despedidas. Volvía, era cierto, a su ciudad natal, a la Habana inolvidada, a su casona del Vedado, rodeada de jardines siempre verdes junto al amplio portal de columnas blancas que el sol hacía reverberantes en los caldeados días de verano. Pero New York, al partir aquella tarde de enero cuajada de neblinas, se convertía, de pronto, en el pasado, un pasado de vida plena, de iniciaciones, de años que iluminaba ahora el recuerdo. Era algo suyo, familiar casi, aquella ciudad a la que nadie ha logrado poseer por completo. Siete años de su juventud habían quedado para siempre sepultados entre sus rascacielos blancos, en las arboledas sin robustez del Parque Central, en el trepidante fondo oscuro del *subway*. Comenzaban ahora a parecerle gratas todas aquellas cosas de que abominaba día a día y noche a noche.

Había llegado a sentir, al cabo, el hastio de todo aquello y a suspirar más de una vez en las tardes de invierno en que las avenidas brillan como espejos, por su Habana nativa, cálida, sonriente, blanca y

sonora, con sus muchachas ingenuas, sus diversiones entre elegantes y provincianas y su Prado, manchado en la tarde por el vuelo negro de las golondrinas. Pensando en su ciudad, ¡qué emoción de calor familiar, de ambiente hogareño, de abierta mano amiga! Y aquella Lucrecia, su primera novia, con los ojos negros que miraban a lo hondo, enigmáticos y suaves, novia de los veinte años, de besos inseguros todavía pero húmedos y quemantes como ningún otro beso.

Tornaba a su mente todo aquello que fué la melancolía de cien atropellados recuerdos hasta unos días antes. Ahora, la nostalgia comenzaba a ser lo que se había quedado atrás, la ciudad imperial y convulsa, severa y a la vez que sencilla, pecadora. La evocación crepuscular no se llamaba Lucrecia. Mañana sería. quien sabe si para siempre, aquella rubia Elizabeth del cabello como oro, los ojos clarísimos y los besos estrujantes y desesperados, que una tarde, mientras el *bus* trepidaba sobre el asfalto de Park Avenue, a la luz agironada de una esquina, le había descubierto, riendo, la primera cana para arrancársela y echarla al viento.

Se había despedido de ella sin tristeza, alejándola como un banal episodio interesante. ¿Casarse? No, para casarse, sus cubanas un poco románticas, enamoradas, sensuales, apegadas al amor, como aquella Lucrecia que fué su novia. Igual a ella, así, con la carne quemada de trópico y las ojeras sensuales en la cara morena enmarcada por la cabellera negrísima, que tenía algunas veces reflejos azules.

Lucrecia... Elizabeth... Dos episodios del corazón fogoso conquistador de la vida. Pero ya era tarde. Había que empezar de nuevo. El pasado estaba allá, entre las nieblas. El porvenir, al Sur, junto a los verdes cañaverales, en la isla del sol que pone fervores sensuales en la sangre. Treinta años. Buena edad para comenzar la vida sosegada, en el hogar tibio, entre los viejos afectos, deslizándose muelle-

mente en el paisaje familiar. La Habana era como una promesa de paz para el cansado andariego, la Habana, con su Malecón extendido junto al mar de un azul sin igual, con sus lomas lejanas, sus viejas fortalezas y sus jardines decorados de palmeras.

Volvía a ella cansado de los cielos de plomo, de las aventuras sin sentido y del anónimo. Ahora tornería a ver a los compañeros del colegio, a las amigas de la infancia y de la primera juventud, los sitios abandonados cuando partió rumbo a otros horizontes. Todo le hablaría del ayer remoto, de los primeros afectos, de las iniciaciones, del tiempo antiguo en que era niño. Las mujeres tendrían algo familiar, íntimo, con un calor de cariño viejo y le hablarían de sus días de infancia, a caballo entre los arrecifes del viejo Vedado en que se conocieron, cuando él llevaba pantalón corto y ellas iban al colegio con falda azul y medias blancas de algodón.

Encontraría entre ellas una novia, una novia que conociera desde veinte años atrás, que lo hubiera visto jugar al *base-ball* en los solares desiertos y que como él hubiera acudido en las tardes del domingo al cinematógrafo del barrio en que se proyectaban películas de largo metraje con episodios fantásticos. Recordaba cómo en sus novias extranjeras había notado siempre esa falta de compenetración, de intimidad, de descanso, que tienen las mujeres de países extraños que no pueden hablarnos del ayer, que no pueden ligarse a la vida, porque les faltan las raíces de lo antiguo, de lo mutuo, de aquello que en el pasado se entrelaza y se une, confundiendo los dos recuerdos en uno.

Había roto casi bruscamente, como con un golpe de hacha, con su pasado infantil y travieso la mañana en que tocado con la gorra viajera, dejando atrás el ajetreo del muelle, mientras Lucrecia enjugaba una lágrima, tomó el barco en dirección a Key West. Hacía de aquello siete años, largos y cortos a la vez. Por entonces, sus veintitrés años le hacían sentirse

ya hombre, con una sed de imprecisos afanes, de deseos brumosos y de apetitos que parecían insaciables.

Cuatro años después, en unas rápidas vacaciones, había regresado. La Habana le pareció pequeña y aldeana aunque grata a su corazón. Pero él necesitaba todavía horizontes más amplios a sus afanes de niño mimado y rico. ¡Cuánto mar y cuántos caminos desde entonces! Ciudades deslumbrantes y playas extendidas, llenas de pecado y de caliente hastío. El mundo—pensaba a su regreso—es un espectáculo monótono. Ambos lados del Atlántico tienen playas de arena fina, con lindas bañistas de muslos y torsos perfectos como estatuas. Hasta los hoteles le parecían dibujados por el mismo arquitecto. Las telas de los grandes quitasoles en Deauville, como en Atlántic City, en Brighton como en Trouville, en el Lido como en Jean les Pins eran las mismas, con iguales franjas verdes sobre el fondo de tierra rojiza. Los *palaces* tienen porteros iguales que se inclinan con el mismo ángulo, que sonríen con la misma sonrisa. Hay un tipo *standard* de *maitre* como lo hay de florista. Cambian solo el cielo y el aroma del aire.

No quedan ya países exóticos. El avión, los grandes trasatlánticos, el cinematógrafo, han ido reduciendo el mundo y acortando las poéticas distancias. La poesía de lo natural ha muerto y con ella la leyenda y la ilusión pura. Las muchachas de Venecia no tienen quien les cante barcarolas y las que se oyen están ensayadas para los turistas. De un castillo en ruinas han hecho en Avignon la residencia de los papas en el destierro y de una casa modesta, de balcones sin altura rodeados de pobres jardines, en la polvorienta Verona han reconstruido el balcón de Julieta.

No hay emoción en las rutas. Después de andar en los express trepidantes, de soñar bajo las constelaciones lejanas, al arrullo de los mares de leyenda, viendo cada mañana caras distintas, se siente un poco de cansancio y de afán de reposo. Le había nacido

así, el deseo de volver a sí mismo, a la casa familiar con el jardín cuyos rosales vió plantar y en cuya fuente de fino surtidor humedeció sus manos infantiles.

Llevaba tres horas de navegación, solo, retrospectivo, aislado, rumiando su pensamiento que oscilaba como un péndulo entre el pasado y el porvenir. Tenía los labios cortados por el cierzo y con sabor a sal y a viento marino. Ni hambre, ni sed. Un poco de frío nada más y un crepitar de ilusiones, de recuerdos y de anhelos bajo los cabellos que el viento enredaba.

Por su lado cruzó un mozo agitando la campañilla, que cribaba el silencio de la cubierta. Miró el reloj. Las siete. Vió a través de los cristales corridos a los pasajeros que bajaban hacia el comedor. Estaba solo frente al cielo salpicado de estrellas, sobre el mar oscuro, negruzco, fosforescente al chocar con la proa que lo hería, arrancándole espuma. Del comedor subían las notas de la orquesta y del fondo del barco el ronco trepidar de las máquinas que, con el chasquear de las olas deshechas, completaba la sinfonía imprecisa de la noche bajo las estrellas temblorosas.

Ganó el bar desierto. En su cerebro seguían bullendo desesperadamente, sin hilación y sin sentido, el pasado y el porvenir. La copa de cognac apurada lentamente, perfumado y tibio, le ordenó un poco la confusión de las ideas en pugna. No podía precisar si estaba alegre por el retorno. Tal vez, en el fondo, tenía la tristeza de un presentimiento ambiguo y sin líneas.

Golpeando en el borde de la mesa con el monóculo y con los ojos clavados en el platillo húmedo, sintiendo cómo el cognac iba tomando el calor de su mano, meditaba sobre el mañana. Oía, atenuada por la distancia y los ruidos del barco en marcha, la orquesta, inundando de ritmos cubanos aquel ambiente todavía extranjero. Se acordaba de las canciones callejeras de su tierra, sentimental, lujuriosa y lángui-

da bajo las palmeras a orillas del mar. Sintió otra vez el temor de encontrarse un poco extraño entre los suyos, acostumbrado como estaba al anónimo de las grandes ciudades, a la fría vida de los hoteles, al estrecho apartamento de una calle cerca de Broadway, al *taxi* sin alma, siempre átomo perdido en el desafortado vendaval de la vida cosmopolita. Le costaría, quizá, trabajo adaptarse a la vida de su ciudad, pero el cambio brindaba compensaciones. Estaba cansado de ser un grito sin eco en el tumulto y ahora tornaría a los viejos afectos, a la tía Asunción, confidente de sus primeras inquietudes, a sus primas, que vivían perpetuamente alegres, un poco insubstanciales quizá y un poco ligeras seguramente, a sus amigos del colegio, del bachillerato y de la Universidad.

¡Volver! . . . ¡Volver! . . . Marcelo experimentaba toda la intensa poesía del regreso. ¡Había pasado tantos años lejos de sí mismo! Veía la Habana deslumbrante, chillona, alegre y blanca bajo su inolvidable cielo azul, confiada y abierta y sobre todo, suya, con caras amigas en todas las esquinas y manos amigas en todos los rincones. ¡Volver! Encontrarse a sí mismo, pensaba. El sentido de la vida está en regresar a nosotros mismos, a ser como nacimos, con los defectos y las cualidades del medio y de la raza. Siete años había perdido, gastado, quemado en las crepitantes hogueras de un mundo extraño que vive la fiebre de su decadencia, liquidando todos los viejos valores del espíritu. No hay, además, amor con palabra extranjera. ¿Amor? ¿Pero sabía él lo que era amor? ¿Lucrecia? Los veinte años y nada más. Después, había sido la aventura, el placer, siempre con su final de cansancio, de saciedad y de hastío.

Comenzaban a regresar los viajeros al bar. Las mesas se iban lentamente decorando con copas de forma variada y reflejos multicolores. Una muchacha sonriente, con los cabellos castaños y los ojos color de tabaco fresco, se sentó frente a él, sorpren-

diéndolo casi y apenas dando tiempo a una ligera reverencia. Se acercó obsequioso el camarero.

—*Chartreuse*—musitó ella mientras extraía de la pitillera un cigarrillo rubio con boquilla de seda roja.

Calando el monóculo para mirarla con una curiosidad que pecaba de indiscreta, Marcelo, atento, suave y taimado, tomó lentamente el cenicero y rasgó un fósforo que acercó a la manecita pulida de la muchacha.

—Cognac—pidió a su vez, dirigiéndose al mozo que aguardaba.

Ella le dió las gracias con una voz dulce y clara y una sugestiva sonrisa. Tenía una cara fresca y un cutis inmaculado con un lunar menudo sobre la mejilla sonrosada. El inició la conversación con tanteos llenos de cuidado que fueron desapareciendo lentamente. Al fin, descubrió en los ojos color de tabaco fresco una promesa de aventura y en la boca humedecida de *chartreuse* algo que era como una incitación. Le ofreció una segunda copa, que ella aceptó sonriendo. Colocando los brazos sobre la mesa y dejando caer ligeramente el busto, mostraba el nacimiento de los senos blancos en los que iba a morir un aguamarina de reflejos azules. Bebieron, sonriendo y charlando de banales cosas. Mrs. Healy tenía ganas de divertirse. Iba a la Habana adelantándose a su marido, un industrial de Connecticut. ¡Oh la Habana! ¡La Habana! Linda ciudad con música llena de ritmo pecador, con bares magníficos en todas las esquinas en los que se puede comprar el *Bacardí* por galones. Y los repartos, con sus calles iguales, rectas y oscuras, como hechas para el amor bajo la noche recamada de estrellas. Y los cubanos, sensuales, burlones, ligeros y llenos del viejo alardear hispánico.

Mrs. Healy se insinuaba coqueta. Ya no tomaba *chartreuse* y el cognac le dilataba un poco las pupilas oscuras, humedeciéndole sabrosamente la boca.

Reía mientras Marcelo, poco a poco, con habilidad de viejo cazador, iba cerrando voluptuosamente la rápida conquista. Buena amiguita, pensaba, esta Mrs. Healy para tres noches de viaje. Su risa iba siendo cada vez más suave, con languideces de entrega y de abandono en la que se adivinaba el temblor de la carne acosada de deseo.

Cuando se pusieron en pié, dos horas después, en dirección a la última cubierta, se sintieron vacilantes, pero rieron. Todo les parecía más brillante en su torno. Como se sentían ebrios, salieron del bar trabajosamente, chocando con las mesas, tropezando en la puerta y siempre riendo. Les resultó grato el choque con el aire frío y cortante que levantó la falda llena de bordados de Dora cuando él le tomaba suavemente la mano para guiarla hasta la escalerilla de hierro. Observó que su compañera tenía unas admirables piernas torneadas.

En el último puente todo estaba oscuro entre los botes que se mecían con el vaivén del buque. Sentados en una escotilla, por entre las sogas, los salvavidas y los grandes ventiladores que hacía silbar el viento, veían el mar oscuro y el cielo en el cual habían aparecido nuevas estrellas. Allá lejos divisaron tres faros casi consecutivos que denunciaban la costa todavía próxima.

—Ahora, hablemos en serio—propuso Marcelo pegando su cuerpo al abrigo grueso de la muchacha, al tratar de encender el cigarro que se humedecía.

—¿Pero no hablaba usted en serio, querido?—interrogó ella, aún más insinuante.—Entonces, yo no le gusto. ¿Verdad?

—¿Gustarme? Mucho y precisamente, por eso le digo que hablemos en serio. Usted ahora, me da un beso.

—¿Un beso? ¡Oh! muchacho loco. . . !

Marcelo cortó su risa, aproximándose y casi rozando en la sombra el cutis y sintiendo en su frente el roce de los cabellos despeinados por el viento.

—Pero si yo no quiero que usted me dé patente de cordura, lindísima, sino un beso, un beso así—le pegó los labios resecos en la tentadora boca, roja y caliente como una herida—así . . . así . . . así . . .

Dora simuló una relampagueante resistencia, hasta que puso la mano tibia en el rostro de Marcelo cuando ya las del galán se habían clavado en su cuerpo, por entre los pliegues del abrigo, buscando la carne caliente bajo la felpa y entre la seda. No había ya frío para ninguno de los dos. Frenético, sabio, experto, Marcelo hundió su boca en aquella boca sabrosa y sintió en las manos el contacto con la carne palpitante por entre el descote del traje de noche. Quedaron confundidos, jadeantes en la sombra. Cada vez que caía sobre ella y la tendía con el rudo brazo por almohada, Dora veía en lo alto, como una estrella roja, el fanal de situación oscilando al compás de las olas.

Era flexible y fácil. Se retorció y se arqueaba con los ojos cerrados y dilatada la nariz aspirando el aire frío. Cuando se separaron cansados, con las manos temblorosas, ambas bocas manchadas de *rouge*, rasgados los ojos por el deseo contenido habían ambos entrelazado su breve destino de viajeros.

Quedaron todavía un rato mirando formarse a lo lejos las olas y sintiendo en el espacio sin límites la música que subía esfumándose en el ruido oscuro del mar. Tenían sed y en la boca seca se les pegaban los cigarrillos de boquilla de corcho. Dora, con coquetería, acercó la boca a Marcelo, envolviéndolo en el humo del *Pall Mall* perfumado y dulzón. Se besaron otra vez, ahora con furia, en un beso largo, jugoso, prometedor y sensual hasta que él le echó el brazo por el talle y la ayudó a ponerse en pié.

Le gustaba aquella muchacha que ponía en su dolor de desterrado voluntario un poco del perfume abandonado, que tenía la misma risa de las mujeres perdidas aquella tarde en la bruma, quizá para siempre, que le recordaba con su risa y su hablar a tanta

mujer gozada en la ciudad cuyas luces empañaban ahora la bruma y la distancia. Era, como ellas, la mujer sin nombre y sin historia, encontrada en un recodo del camino sin normas, ahora en la última cubierta de un trasatlántico y antes en la cabina de un *pullman*, en el *lobby* de un hotel otro día, sobre la arena calcinada de una playa elegante alguna vez. En Dora, en aquella mujer casi sin nombre, encontraba el último adiós a toda una vida. Besándola pensaba que se despedía con emoción de todas y mordiendo su carne fresca y sonrosada creía tener entre los dientes todo lo pasado.

La besaba furiosamente, con el beso hondo y cuajado de enigmas que se da en los adioses desesperados. Iba a ser su última aventura y él no sería nada para la rubia viajera cuando el barco llegara al puerto en que se distanciaban sus caminos.

Para Mrs. Healy, Marcelo era solo el principio de una aventura invernal. Era el placer. Le gustaba porque era latino y tenía un cansancio elegante y un hastío inconfesado que se descubrían en los ojos y en la boca sabia y dura para besar.

Bajaron a la cubierta vacía y se acodaron en la baranda, sobre popa, viendo a sus pies cómo el agua de la piscina de lona copiaba temblando, las estrellas. Había aun algunos turistas en el bar cargado de humo y en el salón una viajera dormitaba en una butaca, con el libro abierto sobre las piernas, al lado de un jarrón lleno de flores que se mustiaban en la noche. El camarote de Marcelo estaba en aquel mismo piso a proa, entre dos apartamentos vacíos. Con naturalidad fueron a él como una consecuencia natural de la aventura.

Entraron a paso lento. Sobre la *chaise-long* cayeron pronto abrigos, bufandas y guantes. Dora se sentó sonriendo, dejando hundirse las manos adornadas de piedras en el colchón blando y tibio como un regazo. A Marcelo la escena le era familiar. ¡Ha-

bía visto tantas veces ese momento inicial de la aventura, cuando todavía la mujer sin ser nada, va a serlo todo por un rato, por un día o por una semana! Después de tocar el timbre, con calma, de la pitillera extrajo un cigarro y se lo ofreció con una sonrisa.

Unos ligeros toques le anunciaron la llegada del camarero y mientras Dora se encogía como temerosa de ser vista, entreabrió la puerta.

—Champagne, para dos—pidió imperativo y agregó—*frappé*.

Comprendió el viejo zorro cuyos ojos tanto habían visto en el ir y venir sobre las olas. Como de la mano que pedía se desgajaba un billete, sonrió, hizo una genuflexión y partió.

Cuando regresó, en el camarote solo estaba encendida la lamparilla de la mesa de noche. Depositó en la puerta el cubo con las dos copas y la botella y llamó. Después sus pasos se perdieron opacos en la alfombra.

## II

**L**o despertó el ajetreo de la chiquillería corriendo por cubierta y llenando de gritos el barco. Al descorrer el visillo de la ventana vió a la gente enguantada, con los rostros sonrosados de frío y el paso apresurado en ese caminar sin objeto con que se recorre los barcos. Más allá se veía el mar casi inmóvil en la mañana de sol tibio y acariciador.

Comenzó a vestirse lentamente, con minuciosidad, detalle a detalle. Estaba hecho a la vida de abordó y sabía que jamás se llega demasiado temprano ni demasiado tarde. Pensando en la noche pasada se le ocurrió que sus propósitos de rectificación habían entrado en crisis por aquella Dora cuyos ojos color tabaco le habían tendido, como un lazo, la aventura inesperada.

—No importa esta aventura sin objeto, sin consecuencias, sin principio casi, sin fin tampoco, que puede ser apurada como una copa de despedida—pensó.—No tengo tampoco que dar cuenta de ella a nadie y Hr. Healy está a estas horas atareado en sus empaques de heno y aun sabiendo lo ocurrido no dará al hecho demasiada importancia. Lo veía ventrudo, rollizo, optimista como lo mostraba el retrato que Dora llevaba consigo y en el que aparecía el matrimonio junto con un apolíneo Mr. John Murdock que echaba el brazo sobre los hombros de la muchacha. Este Mr. Murdock, compañero inseparable de Dora, es, pensaba, algo más que su galán de golf. La muchacha resulta demasiado sabia en lances de amor pa-

ra no ser más que la esposa de Mr. Healy, empacador de heno y marido modelo. Pensando en eso, salió sin premura mientras se colocaba los guantes.

La encontró en cubierta, dormitando al sol, con el rostro fresco y las manos enguantadas extendidas a lo largo de los brazos del sillón a cuyo lado se deshojaba un magazine. Era demasiado temprano para reanudar la charla terminada cinco horas antes con su escapada tímida y riente del camarote. Siguió de largo, distraído, clavando los ojos en las piernas de las muchachas que reposaban su ejercicio matinal parloteando en un recodo cerca de la puerta del salón en que padres y maridos, pacientemente, entre humo y copas, ligaban *pokers* sonando fichas.

—¡Marcelo! . . . ¡Marcelo!

Se volvió con premura y descubrió a María Dolores Cisneros, tan bonita como siempre, fresca como una muchacha a pesar de sus cuarenta años. ¿Cuarenta nada más? Acaso. ¿Se había casado tan joven!

—Lola ¿también usted por aquí? ¿Y París? . . .

—¡París! . . . allá se quedó. Me vuelvo a la Habana a instalarme definitivamente. Falto de Cuba hace ocho años y las niñas han crecido hasta convertirse en señoritas. Adriana tiene diez y ocho años y no quiero que se me casen lejos y en París la rondaba un guatemalteco morenucho, escuálido y diplomático.

—Lo conocí, mal poeta y regular persona, hijo de un general ¿verdad?

—Naturalmente. ¿No has observado que casi todos los diplomáticos centroamericanos son hijos de generales? Padre general, hijo diplomático. . .

—Y nieto sembrador de bananos a las órdenes de una empresa yankee—interrumpió Marcelo, al tiempo que se sentaba junto a ella.—El destino de nuestros países es ese, revoluciones, cuartelazos, pobreza y descrédito. Después, el botín y los hijos de los generales vencedores que se van al extranjero a derrochar el dinero que los padres van sustrayendo a las

arcas del país. El nepotismo va a liquidar a nuestros pueblos si nosotros los jóvenes no provocamos una reacción.

—Cuidado, tienes alma de redentor y es una labor ingrata a la vez que inútil el querer redimir a nuestras sociedades. . . Faltas de la Habana hace años y en realidad no se puede decir que hayas vivido en tu país, ni que lo conozcas.

Marcelo afirmó la réplica calando el monóculo.

—Lo conozco, aunque usted no lo crea. Aquello está quizá un poco confundido y con los valores en desorden, pero ¿usted no cree que la revolución está demasiado próxima para que se hayan perdido sus valores de idealidad?

—¿La revolución? No hables de la revolución, de la idealidad de la revolución, que después resultó quizá una aventura por el poder y nada más. Los cubanos, sin sospecharlo, probablemente, hicieron la guerra a España porque era el Gobierno y nada más, porque el latino americano solo concibe dos actitudes, o estar con el poder o frente al poder. Cuando está fuera, lucha por entrar y cuando está dentro por no salir. Se le hizo la guerra a España porque era el gobierno y cuando se fué España, se ha seguido, siempre, haciéndole la guerra al Gobierno.

—Usted habla como un historiador escéptico.

—Todo lo contrario. Los historiadores juzgan a los hombres a través de los hechos y yo estoy juzgando el hecho a través de sus protagonistas. Conocí, aunque era niña, a los revolucionarios y vi sus pasiones, sus rencillas y sus ambiciones mediocres. Me casé después con un veterano, quizá sugestionada por sus estrellas de coronel y por la leyenda de sus heroismos en la Invasión, al lado de Maceo. ¿La revolución? ¡Ay, hijo mío! . . . no hablemos de eso . . .

—Pero es que la generación de la guerra—argumentó todavía Marcelo, sin declararse vencido y dando en la mano vueltas a la gorra de viaje—extendió

demasiado su influencia. Debió concretarse a hacer la independencia y no a gobernar, que es una función cívica para la que estorban el machete vencedor y la vida habituada al campamento.

—¡Bah! no seas muchacho y piensa que ellos hicieron la independencia, precisamente, para gobernar. Pero, están llamando a almorzar. ¿Me excusas? Bien, hasta luego.

Se levantó ligera y echó a andar mientras Marcelo tornaba al sillón, preocupado por las palabras que acababa de escuchar. ¿Será cierto? se preguntaba inquieto. ¿De manera que no hay más que hacer que gozar y vivir ricamente, dejándose arrastrar por la contagiosa mollicie del clima? Necesitaba ordenar sus ideas y pensó que un *cocktail* disiparía la preocupación y más aún, apurado a sorbos pequeños junto a Dora. Fué a buscarla.

Estaba ya en el bar, sorbiendo a menudos tragos su *Martini* y devorando aceitunas negras y gruesas con un gesto de glotonería infantil. Los ojos, un poco desvaídos como cargados de sueño y el cigarrillo consumido a medias en el cenicero, denunciaban el exceso de alcohol. No lo sintió entrar, perdida como tenía la mirada sobre el mar a través de la ventanilla y cuando le puso la mano en la nuca entre los rizos que hacía clarear la luz de la ventana, se agitó temblando y riendo.

—¡Oh querido! ¡Al fin! Estuve buscándote en el camarote.—Hablabla sonriendo, un poco desvaidamente, pasándose la lengua por los labios húmedos de licor y acariciándole levemente la mano, sin reprocharle la demora.

Le sugirió que tomara un puesto vacío que había en su mesa, ocupada por un comisionista en joyería que viajaba de Génova a la Habana y un periodista yankee en vacaciones.

—Tú serás mi novio y las muchachas van a sentir envidia al verme con un marqués.

—¿Cómo sabes que soy marqués?

- ¡Oh! querido . . . por el monóculo.  
—Entonces, de mí lo que te gusta es el título.  
—No, querido, el monóculo.

Marcelo recordó que Mr. Healy usaba unos espejuelos de grueso aro de carey y que el golfista de la fotografía llevaba gafas montadas al aire. Efectivamente, para Dora él era un hombre distinto a los otros. Nada más y sin mayor trascendencia.

Para Dora él sería eso, una aventura banal, sin más referencia que el horizonte dilatado y lejano, ni más sabor que el de la sal marina que se le pegaba en los besos. ¿Para Adriana Cisneros, qué sería? La recordaba en la plenitud de los quince años, tiempo atrás, rápidamente entrevista en Vichy, colegiala todavía, prometedora con los grandes ojos negros y las trenzas oscuras. A su belleza criolla se le había pegado por entonces la flexibilidad de París y en aquella época había recordado con cierta voluptuosidad que de chiquilla, Adriana se le sentaba en las piernas y jugaba con él como con un hermano mayor.

Instintivamente, al entrar en el comedor, buscó con la vista la mesa de Lola Cisneros. Se desconcertó un poco al encontrar una Adriana seria, con los ojos hondos y tristes, llena toda de un ritmo suave en la mirada, en la risa y en el movimiento de las manos. Era bonita y más que bonita, dulce. Más viva parecía Mercedes, con la nariz aguileña y los ojos azules, acaso menuda para sus diez y seis años, pero avispada, mondando una pera mientras hacía guiños llenos de picardía infantil al segundo de a bordo, un mocetón sanguíneo, enrojecido de alcohol, de yodo y de molicie marina.

Cuando volvió la vista a su compañera, después del examen hecho a la ligera y con premura, mientras ocupaba su puesto, encontró los ojos de Dora interrogantes.

- ¿Te gustan?

—Sí... un poco—respondió con el gesto cansado.

—Buena para novia. ¿Verdad?

Sorbió un largo trago de transparente Rhin y no contestó. Quizás Dora tuviera razón. Debía ser una dulce compañera aquella Adriana, tan suave y tan blanda para reposar el cansancio. La intuición femenina de Dora lo había presentado un poco prematuramente. Ideal amante para unos días esta mujer—pensó escuchándola—así, tan sin complicaciones, tan sin celos.

Cuando Lola y sus hijas abandonaron el comedor las siguió con la vista y pudo apreciar el cuerpo ondulante, ligeramente grueso, bien proporcionado de Adriana. Más parisién, sin duda, su hermana, más afinada, más de maniquí. Pero, precisamente, de Adriana le atraía el tipo criollo, familiar y exótico a la vez para su gusto vagabundo. Cuando llegaron a la escalera, las siguió hasta que se perdieron en el descanso, entre los broncecillos cincelados.

Terminó de comer sin apetito. Dora a su lado, con los ojos brillantes, chasqueaba los sorbos del vino agrio y frío que a Marcelo le recordaba un cierto bodegaón de Colonia, visitado una noche, cerca del Gurzenick lleno de música de violines bajo las ojivas.

Se dió cuenta después de almorzar de lo que gravita una amante sin amor en esos momentos. En la ciudad la hubiera invitado a la sala oscura, tranquila y discreta de un cinematógrafo. A bordo solo le quedaba el recurso de bostezar frente al azul. La invitó a sentarse en cubierta, a su lado y en silencio. No le importaba su historia de mujer bonita casada con un empacador de heno y amiga de un futuro campeón de golf. Mirando a lo lejos un barco que cruzaba como un equilibrista el horizonte, encontró la imagen para definir a su amante provisional. Era insubstancial y blanca como una oblea.

Mientras el alcohol la iba adormilando y el viento le alzaba la falda hasta dejar al descubierto los *bloo-*

mers azules, volvió Marcelo a tejer sus sueños. Martes. El jueves por la mañana vería el Morro y tres horas después estaría en tierra entre los suyos. ¿Entre los suyos? Después de todo ¿qué eran para él aquellas gentes? Haciendo excepción de la tía Asunción, nada lo ligaba a su tierra sino el recuerdo de los padres muertos y de sus días de colegial. La patria, en su ausencia, se le había convertido en un poco de polvo bajo una losa funeral.

Se puso en pié, sigiloso para no despertar a Dora y dándose cuenta de que no iba a la ventura. Allá lejos, se oían confusas en el viento las notas de un piano quebrando el silencio de la siesta. Presintió a Adriana, cuyo traje amarillo y blanco descubrió a poco de andar, a través de una palmera.

Cortó sus reflexiones para saludar a María Dolores, situada en la esquina del salón entre dos palmeras amarillentas de frío, con Mercedes a un lado y en frente un señor de pequeña estatura, regordete, que le presentó la viuda de Cisneros. Marcelo musitó un desganado ¡tanto gusto! extendiendo la mano al doctor Francisco Ruiz Cruz, Representante a la Cámara, a quien apenas miró por ver avanzar a Adriana, rítmica, sensual y sonriente, con la pulida mano extendida hacia él. Lo saludó con alegría y efusión y se dejó caer a su lado en el amplio sofá de cuero, mientras el doctor Cruz reanudaba su charla interumpida.

Tejía una serie de comentarios sin sentido en los que danzaba la arbitrariedad un minué con la ignorancia. Aquel Ruiz Cruz, con su alfiler de corbata hecho de un brillante de medio quilate, el solitario relumbrón en la mano tosca, peluda y gruesa, enfundado en un traje carmelita claro veteado de rayas azules, parecía a Marcelo un soplo de campiña arisca y potente. Hablaba encendiéndose, manoteando, dejando caer las palabras en el silencio del grupo como una cascada de piedras. María Dolores lo miraba

sin asombro, recorriéndolo todo, desde los zapatos amarillos hasta el pelo encrespado y negrísimo. Comprendía, en el fondo, el drama de aquel hombre hirsuto, con la cartera rellena de billetes, perdido en la ciudad imperial, compleja y arisca para quien no sepa o no pueda penetrarla.

A Marcelo, Ruiz Cruz le producía una sensación indefinible de tristeza y de agobio cuando pensaba que era un legislador en su patria. Mercedes, más superficial, se limitaba a contener sus carcajadas estrangulándolas en sonrisas llenas de picardía burlesca, un poco cruel, mientras su hermana, como absorbita en algo lejano, hundía los ojos en la alfombra.

Ruiz Cruz seguía hablando con su discurso deshilvanado, satisfecho de lo que creía atención del grupo. A Marcelo le sofocaba su ignorancia y le molestaba su cursilería.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en la Cámara?—  
inquirió por decir algo y por dar una pausa.

—Doce años, mi amigo y espero la reelección ahora en noviembre porque conmigo hay que contar. Controlo el Término ¿sabe? Si "el hombre" quiere iré para Senador y si no puede ser, me transaré por un acta para mí y un puesto de Ministro para mi cuñado, que tiene derecho a un acta.

—¿Su cuñado es aficionado a las cuestiones internacionales?

—No, es ganadero en Nuevitas, pero tiene ganas de viajar ¿comprende?

Marcelo sorprendió los ojos de Adriana buscando los suyos. Por entre el escote en triángulo del traje de sport descubrió parte de los senos y apreció de un golpe, aquella fruta madura y cálida que tentaba su sed. Adriana lo envolvía en un perfume suave, acariciador y excitante. La invitó a salir aunque hubiera preferido echarle el brazo por la espalda y acariciar con la mano los hombros redondos y duros.

Tenía necesidad de deshacer el pésimo efecto que

sobre su espíritu había causado el choque con la realidad lamentable. ¡Pobre Patria en manos de hombres como aquel doctorcillo inculto y casi soez en su pedantería de hombre influyente!

Viéndose con Adriana en cubierta se sintió feliz como si presintiera el amor. La veía un poco melancólica, encerrada en sí misma, como si un dolor oculto le empañara la limpidez del alma. Tenía la nuca carnosa y suave naciendo entre los rizos oscuros, a medias oculta por la melena que la boina de viaje dejaba escapar. Le hablaba dulcemente de cosas ligeras, del cielo, del mar y también del pasado.

—No es cierto que me gustara aquel hombre— confesaba, casi sonriendo—. Mi dolor no es de enamorada sino el mismo que tú debes llevar oculto, el dolor de lo que dejamos atrás. Nos fuimos de la Habana hace ocho años, niñas todavía y nada nos liga ahora a ella, como a tí, que serás al igual que yo, un extranjero en tu tierra. Pero tu podrás volver a tus andanzas—agregaba dulcemente triste, mientras la mirada se le perdía a lo lejos.—Cuando te des cuenta de que eres un extraño entre los tuyos, volverás a sentir el halago de los caminos antiguos y te irás y volverás a reír y a gozar la vida en París unas veces y en New York otras, dos ciudades acogedoras para los hombres sin patria.

A Marcelo le daba pena el dolor de la chiquilla melancólica. Pena y temor de que dijera la verdad. La consoló pintándole la vida habanera, evocando las amistades que reconquistaría, el ambiente grato y familiar y prometiéndole visitarla a menudo para hablar de París.

—Además—le dijo arrugando un poco los ojos con una mirada picante—estás demasiado bonita para que pases mucho tiempo sin tener novio.

—¿Novio?. No, a los hombres no les gustan las mujeres como yo. Ni coquetear sé. He pasado ocho años en el internado, aprendiendo rezos, estudiando

música, oyendo hablar de los milagros antiguos. Mira—explicó con un relámpago de vivacidad—yo sé cómo se dividió el Imperio de Carlomagno y cómo el Rey de Francia derrotó a Ludovico *el Moro*, pero no sé jugar al *bridge* y me da vergüenza cruzar las piernas delante de un hombre.

—Alégrate. Aunque no sea muy útil, resulta siempre interesante saber esas viejas consejas de la Historia que ustedes las mujeres aprenden gracias a la terquedad de las monjas. El cruzar las piernas lo sabrás en seguida y el *bridge* lo aprenderás cualquier día de aburrimiento.

—Yo no me aburro nunca—comentó la chiquilla hundiendo las manos en los bolsillos de la falda.

—Es buena señal. La enfermedad del mundo actual es el hastío y si no eres como las demás mujeres, mejor. Así no te aburrirás de tu marido cuando lo tengas, ni de tu casa, ni de tus amigas. El mundo está aburrido y se pierde por ese aburrimiento. Las mujeres engañan a los maridos por hastío. Los hombres son malos maridos, por hastío también. Una época que se aburre no se cuida de conservarse y trata de liquidarlo todo.

—Pero la Fe—comentó Adriana, mirándolo a los ojos—salva a la mujer de engañar al marido aunque esté aburrída de él.

—Tú lo has dicho, nos salvará la Fe. Abandonarse es morir. No te abandones nunca y aprende de mí.

—¿De tí?—reaccionó ella envolviéndolo en una mirada entre escéptica y curiosa.—¿De tí?—repitió.

—Sí, de mí. Ya ves, vuelvo a Cuba para darle un sentido a mi vida porque lo único que ya no me aburre es mi país. Voy a trabajar.

—Es gracioso, te has regenerado. Ya era hora.

—Efectivamente, ya era hora, por eso vuelvo.

—Si y bien acompañado, además—subrayó ella picaresca—mira, te llaman.

En efecto, Dora Healy desde la escalerilla hacía señales, agitando su revista de aventuras policíacas y ñoñerías de amor tejido a besos. El aire le revolvía la melena y la apretaba sobre los muslos la falda plisada mientras el *swater* modelaba los senos, pequeños y duros.

—Tu amiguita parece una estatua de la Victoria —observó Adriana.—Para quien va con tus propósitos es un buen símbolo.

A Marcelo ya no le interesaba Dora aunque no se lo quería confesar a sí mismo. Le placía más aquella Adriana soñadora y apacible, perfumada y suave, con algo de caricia leve en la voz melodiosa. Correspondió al saludo de Dora, indiferente, con una sonrisa sin calor y volvió a acodarse junto a la criolla.

—La victoria no es esa—comentó.—Si acaso, la de Samotracia. Esta tampoco tiene cabeza.

—¡Bah!—siguió Adriana mientras retocaba la boina blanca y apoyaba un pié en la barandilla—no tenía mucha más aquella Ronnie que te llevaste de Deauville a Vichy. Sin embargo, estabas lo bastante interesado por ella para pasarte la mañana pescando con caña en el río, cuando nosotras paseábamos en bote.

—Es posible que tuviera menos cabeza que ésta, pero piensa, también, que yo tenía menos años ¿y tú te acuerdas todavía de aquello?

Se acordaba. Era una chiquilla que tenía de él un recuerdo vago, un poco brumoso, realzado por las frecuentes conversaciones que escuchaba en su casa que lo hacían un tipo novelesco. Lo vio llegar, curiosa, con la curiosidad que una colegiala siente por un hombre aureolado por una leyenda de escándalos y de pecados. El, en cambio, aun conociéndola desde niña, no le prestó atención.

—Yo te veía con Ronnie—evocaba Adriana dulcemente—pasear por las terrazas al mediodía, bailar por la noche, almorzar, merendar y comer siempre juntos. ¡Qué tontería—agregó.—¡Si tú supieras!—Cortó la frase como arrepentida.

—¿Si yo supiera qué?

—Nada, tonterías... chiquilladas—vacilaba como confundida por haber dejado escapar un pedazo de secreto.—¿Vamos a dar una vuelta?

Marcelo insistió tenazmente, casi con un tono imperativo, cercándola, acosándola hasta vencerla. Al fin cedió un poco, todavía con cierto temor.

—Una noche—comenzó a decirle—de la que seguramente tú no te acuerdas, estabas paseando con Ronnie por la terraza del fondo del Hotel. Le tenías pasada la mano por la cintura y Mercedes y yo te estábamos viendo por un visillo de la ventana. Como hablabais en inglés, no entendíamos, pero pudimos ver que en una de las vueltas diste a tu amiga un beso muy largo en la boca. Fué el primer beso que ví dar en mi vida.

—¿Y qué más?

—Más nada—cortó Adriana echando a andar con el paso un poco apresurado—¡hasta luego!

Se le perdió en el salón y todavía pudo escuchar por unos segundos su risa temblando en el ambiente mientras él giraba hacia el bar cuidando de esquivar un encuentro con Dora.

En tanto preparaba un *high-ball* y observaba cómo el hielo se iba cubriendo de burbujas doradas, comenzó a dar vueltas a la frase cortada de Adriana. No se acordaba del episodio aquel, grabado en la memoria de ella, ni de la terraza, ni del beso. Los recuerdos, empero, se fueron animando, adquiriendo forma, viviendo en plenitud, poco a poco. Recordaba, sí, que Adriana, muchas veces, lo había perseguido con la mirada en el parque, desde lejos. Ahora comenzaba a

comprender, aunque un tanto confusamente, el sentido de aquella mirada un poco ávida, el dolor sigiloso tal vez de la muchachita. ¿No sería demasiado tarde? ¡Acaso! Se consoló pensando que tres años antes hubiera sido demasiado pronto.

—¡Bah!—pensó mientras apuraba el último trago de su wiskey helado—la vida oscila siempre un poco como un péndulo entre lo que llega tardíamente y lo que dejamos pasar por llegar demasiado pronto.

Adriana había apresurado un tanto la confesión sin darse cuenta o sin voluntad para resistir y él descubría un significado especial en aquella premura en vaciar su íntimo pensamiento ingenuo. Pero, después de todo, ¿qué había dicho? Temió haber llegado demasiado lejos en alas de su imaginación. Sin embargo, en el fondo de aquello había algo, un final, que Adriana no había querido confesar.

Compró una caja de bombones y salió impaciente en demanda de Mercedes. Se la denunció una cajada fresca y ligera que llegaba de cubierta. Allí estaba, balanceando un libro mientras el oficial subía de espaldas la escalera del puente. Se volvió nerviosa, todavía mostrando con la risa la frescura de la boca.

—¿Y Adriana?—interrogó.

—No sé.—Le ofreció la caja de bombones que ella desató impaciente, con premuras de chiquilla golosa —La dejé hace un rato. Siéntate.

Mercedes se acomodó sobre el brazo del sillón relamiendo coqueta e infantil un confite a la vez que vaciaba sobre Marcelo una serie de interrogaciones apresuradas y sin hilación para terminar evocando como su hermana, el episodio de Vichy.

—Oye ¿qué te hiciste de la inglesita aquella que te robaste de un grupo de *girls*, en no sé dónde?

Marcelo la había dejado en París sin volver a pre-

ocuparse de su destino de aventurera. Iba comenzando ya a tener interés en restar importancia al episodio cuya evocación importunaba sus planes de minutos antes. Trató de cambiar el tema. Volvió, empero, a él. A través del recuerdo de Ronnie pensaba llegar a la posesión de un dato importante, quizá trascendental para su vida.

—Oye—preguntó a Mercedes—¿qué hacías tú con tu hermana la noche en que yo estaba con Ronnie en la terraza? ¿Crees que nos las ví espiándome por la ventana?

Mercedes vendió el secreto al confesar que no era ella la que espiaba, sino Adriana.

—¿Tú no viste a mi hermana aquella noche?—interrogó mientras le ofrecía un bombón y secaba con el pañuelo los labios húmedos de chocolate y licor.

—Claro que la ví—mintió Marcelo para ir deshaciendo el ovillo y llegar a la verdad—¿ustedes contaron lo que habían visto?

—No hablamos más del asunto. Lo único que recuerdo es que Adriana pasó toda la noche en la cama, llorando.

Oyendo el final, Marcelo experimentó una sensación grata por la revelación casi prevista desde unos minutos antes. Ahora comenzaba a comprender muchas cosas y aquellas palabras inesperadas se entrelazaban a su destino. La mirada fija de Adriana en el salón, clavada en la alfombra como mirando a lo remoto, aislada de la charla y alejada de todos, se le presentaba sin incógnitas.

Mercedes seguía hablando, sin que él la escuchara, embargada su imaginación por un rápido recuzar de nombres, de fechas, figuras esfumadas, episodios insípidos que emergían lentamente del fondo de su memoria. La duda lo acosaba una y otra vez. ¿Sería demasiado tarde? Volvió pronto a ser dueño de sí mismo. Confiaba en el mar y sabía por experiencia

que a bordo todo se precipita un poco. En tres horas, se liga una amistad. ¿No había hecho en una hora a Dora su amante? En dos días se puede, pues, hacer una novia de una mujer que ya una vez, tres años antes, en el albor de la juventud, ha llorado por nosotros.

Evocó aquel llanto igual que una promesa, mientras miraba a lo lejos cómo el crepúsculo de invierno se agotaba velozmente sobre el mar y sentía pasar las hojas del libro de Mercedes. Un gran silencio grave se fué extendiendo sobre el ruido del barco cortando las olas un poco encrespadas y blancas. Soñaba. En la casa vacía que le esperaba blanca y severa, Adriana podía ser como un hada buena para iluminar su cansancio y haría florecer los rosales mustios del jardín cuidando de que los jazmines preparan otra vez a la terraza desde la cual se oía el cantar de la fuente poniendo gotas brillantes en las corolas cercanas. Aquel ruido fino y lento del surtidor sería el símbolo de su vida, aislados los dos, ella tejiendo su sueño y él cultivando el recuerdo y reposando su cansancio de andariego penitente.

Por la noche, bajó solo al comedor dejando a Dora esperándolo sin éxito en el bar, consumiendo nervios y cigarrillos. La vió llegar un rato después, impaciente, arrastrando la cola de su traje de noche con una sonrisa burlona en la boca lasciva. No observó el traje azul y vaporoso que diseñaba la bella silueta y al ponerse en pié para ofrecerle el asiento pudo ver los ojos negros de Adriana siguiéndolo. Estaba un poco pálida y forzaba una sonrisa.

—¿Celos? Mejor;—pensó—el amor no ha muerto. Antes lloró por Ronnie y acaso esta noche llorará por Dora. Para esta mujer yo soy, sin duda, el amor y el destino. . .

Expandió sobre la tostada una capa de caviar, negro y helado y aquella noche Dora Healy tocó sin éxito y sin insistir, con la mano ensortijada en la puerta de su cabina.



## III

**P**OR el tragaluz abierto sobre la mañana gris cuajada de neblina que se tendía en un mar encrepado, descubrió Adriana una franja irregular coronada por una altura leve. Torciendo el lazo del zapato, con el pié apoyado en la litera, observó largo tiempo aquella pincelada vacilante que le anunciaba la proximidad de su isla y sintió que el ritmo del pecho se le aceleraba ligeramente.

Percibía en los pasillos el rumor de los pasajeros corriendo hacia cubierta con ansia por descubrir en el horizonte el perfil de la costa. De la cámara vecina le llegaba el charlar alegre de Mercedes, cerrando estrepitosamente los baúles, nerviosa por sumarse a la corriente de inquietos apuradores de la emoción de llegar. Se quedó absorta, con los ojos perdidos en la tierra todavía lejana, hilvanando su emoción de desterrada y sintiendo que poco a poco, las lágrimas le empañaban la vista.

Era un llanto silencioso, sencillo, casi sin dolor. A su emoción se mezclaba el recuerdo de lo que había dejado atrás, el temor del porvenir, la sensación sutil de que algo nuevo, irremediable y próximo, iba a llegar en su vida. Algo íntimo moría dentro de ella al pensar que no era la chiquilla de antaño. Mas allá, saltando sobre las olas, en la mañana fría, su recuerdo volaba. Visiones próximas de monjitas tocadas de alburá, sin más ruido que el golpear musical de los rosarios, el recuerdo de los jardines cercados, sombreados de acacias y llenos de risa infantil, todo lo abandonado unos meses atrás le parecía la evocación de un dulce sueño perdido para siempre en el pasado brumoso y desdibujado, como la mañana sin sol.

Se enfrentaría ahora con la áspera vida que acecha con sus mil lobos rondando a las caperucitas perdidas. El amor, Marcelo, la Habana, se presentaban a sus ojos como tres interrogaciones y tres inquietantes incógnitas, sintetizadas todas en una sola angustia vaga y difusa.

Marcelo era para ella una leyenda de amor y el protagonista de un sueño nunca revelado. Se le hacía, de pronto, por el azar de un encuentro imprevisto, palpable y humano. Amaba aquel espíritu cansado, aquella mentalidad compleja, aquellos ojos un poco turbios que tenían el apagado mirar de mil noches de insomnio, aquellas manos finas, tan sabias en acariciar las pieles exquisitas y aquella boca que se hundió perversa en cien blancos corpiños perfumados.

Tenía, sin embargo, una duda que era como una espina clavada en el corazón. La atemorizaba aquel cansancio prematuro y lloraba la posibilidad de un desengaño. No llegaba a comprender cómo aquel hombre, experto en caricias, aquel gozador, insaciable catador de belleza, orfebre supremo en el arte difícil de agotar la vida, encontraba en ella, al regreso de sus pecados, de sus venalidades y de sus gastados placeres, un sueño tibio de reposo y de paz. Lo perdería alguna vez, totalmente, arrastrado por su instinto, alejado de ella por la tormenta interior inextinguible.

Por eso, resistía con un tenaz heroísmo y negativas que la desgarraban en lo íntimo, tozuda en el empeño de salvar su ilusión, aterrada por la posibilidad de que sus sueños naufragaran algún día en el azote de las duras realidades. Marcelo la rondaba incansable, prometedor y sugestivo en su melancolía de derrotado. Varias veces, en el puente batido por el viento, se había quedado junto a ella envuelto en un largo silencio que era el amor. Más de una vez estuvo tentada de tomarle la mano, de decirle al oído la verdad, de poner palabras al pensamiento que él descubría en sus ojos. La contenía el temor a un paso

aventurado. ¿Y si aquel cansancio no era más que algo pasajero, siempre al borde de las claudicaciones?

Estaba sola frente a su incógnito destino, viendo cómo se perfilaban las costas. Dos horas más y Marcelo se confundiría en el vértigo de la ciudad, acaso perdido para siempre. ¿Para siempre? Quizás no. Había creído perderlo para toda la vida aquella mañana en Vichy en que se fué a la estación del brazo de Ronnie. Rondaba, empero, su vida y al fin se cumpliría el destino.

Esta última reflexión la consoló. Lentamente, se-  
có las lágrimas que temblaban en las oscuras pupilas  
y borró sus huellas con un poco de polvo. Después,  
envolviéndose la garganta en la bufanda, salió en  
busca de su hermana.

Junto a su madre, erguido como un húsar que re-  
cordaba en la borrosa estampa de un libro infantil,  
jugando con el monóculo empañado por la sal del  
viento, descubrió a Marcelo que dió un paso al lado,  
sonriéndole levemente, para ofrecerle una silla. La  
aceptó silenciosa mientras Marcelo seguía discutiendo  
con el doctor Ruiz Cruz.

El legislador, como quien repite ideas escuchadas  
reiteradamente, loaba en un canto lleno de optimismo  
a su América, refugio de la cultura occidental, ba-  
luarte del porvenir, propulsora de la democracia. Ha-  
blaba con ese banal optimismo de los conferencistas  
que suelen ir de un pueblo a otro a loar cosas gratas  
y a tejer promesas deslumbrantes. Marcelo nutrido  
de savia europea, con la retina aun impresionada por  
el Viejo Mundo, demasiado cosmopolita para dejarse  
arrastrar por aquel convencional optimismo, le re-  
futaba.

—¡Bah doctor! Usted es demasiado optimista.  
América será algún día todo eso, pero hasta hoy no  
ha sido nada. Si se analiza sin pasión y a base de  
hecho puro, se llega a la conclusión de que Europa  
solo debe a América latina dos cosas, la patata y la  
sífilis.

Dejó caer la afirmación rotunda con cierta volup-tuosidad, como un golpe eficaz para poner fin a la larga conversación que no le interesaba. Díaz Cruz ofreció el brazo a Mercedes, con una reverencia un tanto provinciana y cursi, brindándole los prismáticos. Ya comenzaban a descubrirse unos puntillos blancos en la línea gris del horizonte. ¡La Habana! Un soplo de emoción pasó sobre el grupo y el silencio se cerró como una cortina. Había aparecido, blancozco, gordo, sobre las breñas oscuras, el Morro. Como una cinta se extendía a su vera, sinuoso y claro, azotado de espumas, el Malecón, y más allá los muédanos de una costa difusa con alturas verdosas.

En lo alto del mástil, abierta al viento de la turbia mañana, se desplegó una pequeña bandera. La siguieron otras dos. Iban abiertas a todo trapo, flameando, en el mañana entonada en gris, sus colores violentos. Todos los ojos se embriagaron por unos segundos de color y de altura. Marcelo aprovechó para dirigirse a Adriana. Le quedaban escasamente dos horas para precisar su situación y vencer el último reducto de aquella resistencia heroica.

Fué inútil. Adriana evitaba la última posibilidad de ceder. Se sentía débil, sin fuerzas, rendida casi a la emoción que vanamente quería ocultar. Pensaba que el último asalto podía serle fatal. Resistió.

—Lo que pretendes es absurdo—explicaba tratando de convencerlo y de convencerse ella.—Es demasiado tarde para que me hables de amor. Tú no puedes quererme y te conozco demasiado para no darme cuenta de que por mí sientes la tentación de una aventura nueva, la embriaguez de una inédita emoción, el placer torturador de verme presa en un sueño imposible. Si yo me entregara a tu amor, al cabo de un tiempo, no sé si corto o largo, seguirías tu vida, alejándote de mí aburrido y posiblemente, arrepentido de haberme ofrecido un cariño y una ilusión que son, a lo más, engañosos espejismos.

—¿Dudas, entonces, de mi sinceridad?

—En absoluto. Te creo sincero, víctima de un engaño y de un espejismo. Yo no soy, ni puedo ser, mujer para tí.

Se interponía entre ellos, como una nube oscura, el pasado tormentoso. El juró su sinceridad inútilmente, notando que sus palabras iban a morir a lo lejos arrastradas por el viento. Adriana, sin embargo lo amaba y él lo descubría en sus ojos que afirmaban lo que entre temblores y timideces negaban los labios. Descubría en ella un carácter que no le había presumido y se daba cuenta de que no era una chiquilla la que negaba, sino una mujer.

—El pasado—explicaba tratando de convencerla en un último esfuerzo—no debe importarte. Ya para mí solo existe el porvenir y el porvenir eres tú.

—El pasado fué también porvenir. Yo, al cabo de unos meses, seré para tí el pasado, como las demás, quizá menos que ellas.

Sonó larga, honda, como un silbido ronco, la sirena y el barco quedó detenido entre dos boyas rojas cuyas campanas hacían sonar las olas. La Habana se presentaba plena, alargada y coronada de blanco en sus alturas.

—Dentro de una semana—terminó Adriana paseando la vista por la ciudad—todo cuanto has dicho en estos tres días se te habrá olvidado.

El sabía que no. En la ciudad le esperaba el hastío de la vida un poco provinciana, monótona y cansina. Trató de convencerla y fué inútil su verba apasionada y casi suplicante. Lo desesperaba la resistencia porque presentía su insinceridad pero se daba cuenta de que era baldío insistir. Adriana era algo más que la chiquilla ingénua que había creído encontrar fácil al asalto.

Buscó un pretexto banal para justificar ante los demás su retirada y se internó en la cabina cuyas paredes blancas se le habían hecho un poco familiares en los cuatro días de viaje.

Por la ventanilla se descubrían las costas cercanas y tenía frente a él las laderas del Morro. El mar era menos azul y más sonoro. Comenzó a reconocer edificios y la cúpula del Capitolio le dió la sensación de un cambio brusco. La Plaza del Maine, vista de lejos, coronada por el águila de las alas extendidas, le mostró una Habana nueva, más lujosa, más gran ciudad, en fin.

Después de cuatro años de ausencia se asombraba de su poco interés por la ciudad que le aguardaba. Como las mujeres, tienen las ciudades su ciclo de emoción y dejadas de ver un año interesan más al retorno que después de corrido un lustro. El tiempo las va desvaneciendo poco a poco hasta hacer de la mujer o de la ciudad más querida, algo ajeno que no consigue conmovér. Le ocurría eso con la Habana.

Se adelantó para abrir la puerta en que golpeaba una mano nerviosa, fuerte y menuda. Era Dora Healy. Otra vez sin emoción, pensó que una hora después se iban a separar para siempre. Le pareció, por eso, inoportuna su propuesta de bajar juntos a tierra y de pasar en su casa, los diez o doce días que aún dilataría la llegada de Mr. Healy. La explicó que no podía ser. Se escandalizaría la tía Asunción, murmurarían los vecinos y su casa sería maldita.

—Pero yo soy una mujer honrada—objetó serena y tranquilamente Dora.

—Dejarías de serlo desde el momento en que pusieras los piés en mi casa más allá de la puerta. Posiblemente—agregó tratando de convencerla—tú no entiendes esto, pero es así. En Cuba una pareja viviendo sola, aun como amigos, escandaliza a los vecinos, ruboriza a las criadas y da pasto al público comentario. Si nos vieran juntos aquí—terminó, con la esperanza de hacerla abandonar el camarote—tú sentada a mi lado y con la puerta cerrada, pensarían mal de tí.

—Pero ahora—insistió Dora sin comprender el problema—no estamos haciendo nada malo.

Le explicó que lo supondrían de todas maneras. Su país era demasiado pasional, demasiado sensual y cálido para concebir que un hombre y una mujer puedan permanecer juntos largo rato sin que nazca entre ellos algo que no sea una amistad interesada. Todo bajo los cielos del Trópico invita al placer, calienta la sangre que corre con premuras desconocidas bajo otros climas, invita a dejarse arrastrar por los sentidos. El prejuicio tiene su razón de ser y está afianzado en una tradicional experiencia. No es tan absurdo como parece.

Siguió así, trazando a largas pinceladas el cuadro espiritual de sus paisanos y tratando de convencerla de lo absurdo de su proposición y de lo inoportuno de su estancia en el camarote. Habló de los celos.

—Pero si tu novia vive todavía separada de tí, no puede molestarse porque tengas una muchacha amiga. Ya tendrá después tiempo sobrado de tenerte solo para ella cuando se case contigo.

—Nuestras novias—le explicó, mientras doblaba las últimas corbatas y guardaba en la maleta el estuche de tocador—son distintas a ustedes; nos quieren para ellas solas, nos acosan, nos siguen y nos vigilan.

—Pero no salen solas con ustedes. ¿Entonces, todos los novios de tu país son un poco como los curas?

Marcelo no pudo contener la risa ante la observación desconcertada y llena de ingenua picardía de Dora.

—Sí, un poco nada más—comentó terminando de cerrar la maleta y colocándola sobre una silla.

El barco, con el práctico a bordo, había reanudado la marcha a poca velocidad. Entró el camarero en busca del equipaje. Dora, balanceando las bellas piernas en la litera, arrojó al rostro de Marcelo una bocanada de humo perfumado y azul.

—Me gustas. Yo iré todas las tardes a *Sloppy Joe's* y allí me encontrarás, cuando quieras, a las siete de la tarde.

—No iré. El bajar al comedor contigo me cuesta

quizá el amor de la única mujer que de verdad he amado en el mundo, la única con la que hubiera sido feliz.—Hablaba con un tono profundamente triste en la voz y absoluta sinceridad en las palabras.—Yo soy un hombre que quiere liquidar su pasado, vivir una vida nueva, encontrar la calma que perdí en mis correrías, la paz que hundí en tanto mar inseguro, el reposo de tanta noche bebida como un vino embriagador y añejo.

Dora bajó los ojos y lo escuchó seria, meditando por primera vez, con la expresión serena de quien piensa. Habló después sin levantar los ojos que seguían el balance isócrono de sus piernas.

—Es un intento inútil liquidar el pasado. Siempre, en todas partes, en el cuerpo y en el alma, lo tendrás grabado. El pasado va dentro de nosotros, indeleble, imborrable y seguro. Los hombres sueñan muchas veces con borrar el pasado y es una tontería. Cada emoción, cada aventura, cada recuerdo ocupan un puesto en el fondo del alma. Los caminos, amigo mío, no se desandan aunque se quiera y el cansancio que dejan nos acompaña siempre.

—Precisamente, Dora, es ese cansancio el que quiero desterrar viviendo una nueva vida, volviendo a ser en lo posible el muchacho que se fué un día a correr mundo, ansioso de aventuras, de placer y de amor.

Hablaba redoblando su expresión de sinceridad, convencido de que era posible hilvanar el ritmo perdido y deshacer a fuerza de voluntad el molde en que había fundido su vida. Dora, comprensiva por vez primera, intuitiva y seria, moviendo las piernas y apurando el cigarro de dorada boquilla, lo desilusionaba.

—No, no se vuelve a ser nunca lo que fuimos. Con todos tus propósitos de enmienda seguirás siendo como hasta hoy. Te aburrirás de la vida metódica y si te casas, acabarás por encontrar desabrida a tu mujer. No podrás hacer, jamás, de tu novia tu amante.

—No quiero, estoy cansado de amantes.

Hablaba pensando en Adriana pero Dora lo sobresaltó.

—Un hombre puede ser feliz haciendo de su amante su esposa. Lo contrario no lo consigue nunca. La amante que se vuelve esposa—observaba agudamente la rubia viajera—sabe encontrar el término medio que los hombres necesitan para estar tranquilos y contentos. Pero la esposa que se empeña en ser amante, se propasa, se equivoca y llega a hastiar.

No se entendían y sin embargo, Marcelo se daba cuenta de que por vez primera Dora había hablado con sentido común. Argumentó todavía.

—Es que no quiero hacer de mi esposa, mi amante. Quiero la esposa, esposa.

—Para un hombre distinto a tí—recalcó Dora, poniendo en sus palabras un tono firme y enigmático, severo y lleno de dramático contenido—eso sería una solución. Para tí, no. ¿La esposa? ¡Bah! te hará melancólico y triste . . .

Marcelo recordó haber leído que César Borgia, lleno de oscuro presentimiento había hecho grabar en el acero de su espada un grito desesperado como un augurio “¡César, César, tu destino es triste” . . .

—¡Bah!—comentó con una íntima tristeza sin rebeldía—si ese es mi destino . . .

Estaban ya en el fondo de la bahía, entre los barcos embanderados, frente al espigón de ataque. Todo el pasado cruzó por su mente guiado en la fuga por las banderas desplegadas. Su vida había tenido algo de colección de sellos de correos. El pasaje iba corriéndose sobre la borda a la cual el camarote abría sus ventanas que dejaban ver cómo la cubierta se iba llenando de agitación que los cerrados cristales hacían silenciosa y opaca.

—¿Subimos?—inquirió Dora mientras recogía la cartera y los guantes, después de arreglarse sobre la frente los rizos en desorden.

—Te veré luego en *Sloppy Joe's*. Vete ahora—respondió, para no salir con ella a cubierta y refrescar

los celos despiertos de Adriana y sin pensar verla más nunca.

Cuando Dora, ligera y rítmica, se perdió por el pasillo y sus pasos ágiles se apagaron en la alfombra, levantó el cristal de la ventanilla. El barco estaba ya junto al muelle y los uniformes de los aduaneros comenzaban a invadir la cubierta. Vino el camarero a avisarle que debía pasar al comedor para la inspección médica.

No tenía prisa. Salió a la cubierta solitaria y recibió un golpe de aire cargado de fuertes aromas. Se sentía el ruido seco de la ciudad comercial trepidando cerca. Nadie lo esperaba en los muelles y tardó en descubrir entre la multitud aglomerada alguna cara conocida. Del rumor confuso le llegaban en voces perdidas, nombres de hoteles que no recordaba o que le hacían evocar ciudades dejadas atrás quizás para siempre.

El corazón le latía rítmicamente. Descubría, de pronto, que el regreso estaba hecho de temores, de dudas y de incertidumbre. El entusiasmo de cuatro días antes había desaparecido y no quiso darse cuenta de que se arrepentía del regreso. Otra vez se manifestaban su falta de carácter y su voluntad vacilante, con entusiasmos pasajeros como de hombre cansado. Tenía, sin embargo, treinta años.

Un hombre de traje manchado, con grandes rodilleras y los bolsillos hinchados por multitud de papeles multicolores, se le aproximó, seguido de un fotógrafo que cojeaba ligeramente.

—¿Su nombre, señor?—demandó clavándole los ojillos verdosos que miraban a través de unos espejuelos de cristal empañado y armadura amarilla.

Marcelo, reposadamente, calando el monóculo, lo miró curioso y sin sorpresa.

—Somos periodistas—explicó el hombre del traje raído.

Entonces extrajo pacientemente, con indiferencia y sin premura, de la cartera la tarjeta: Marcelo Pi-

mentel.

—Oye, Rodríguez, retrata al señor . . .

Rodríguez cojeando, hundió en la *Graflex* la cara adornada de unas cejas espesas y coronada de un pelo rebelde y negro. Marcelo se sintió halagado, pensando que no era un ser anónimo en su patria cuando su arribo constituía un nota de interés periodístico. Ignoraba que, precisamente, lo habían retratado confundiénolo con un español a quien aguardaban en el muelle los directivos del Centro Asturiano.

Comenzaban a salir los pasajeros en busca de la escala temblorosa para caer en brazos amigos. Se despidió de María Dolores, de Mercedes y apretó largamente la mano un poco fría de Adriana.

—¿Comes con nosotras el sábado?—invitó María Dolores al pasar, ya casi en el primer escalón.

—Gracias, no sé todavía. Le aviso.

Adriana medió.

—Te esperamos.

—Bien, iré ¿a las ocho?

—Más temprano si quieres . . . para que hablemos.

Las acompañó casi a mitad de la escala, hasta que las vió envueltas por las amigas, rodeadas de flores, abrazadas, acosadas de besos y de palabras de bienvenida. Cuando el grupo partió, volvió sobre sus pasos en dirección al comedor y ocupó un puesto en la fila después de cruzarse con Dora que partía al brazo de su compatriota el periodista en vacaciones, vacilante y rubio, perfumado todo de wiskey y de ron.

Media hora después, solo, perdido, lento y sin que lo advirtieran los pocos agentes de hotel que aún quedaban por los muelles, salió a cubierta. ¡La Habana! Iba a comenzar su nueva vida.

Se quitó el monóculo y como quien arroja un cigarro, lo lanzó por la borda. Brilló el cristal unos segundos en un rayo de sol y se perdió en el agua fangosa. Después, con el abrigo al brazo, sin prisas, sin alegría y sin pena, bajó la escala y se perdió en los muelles



## IV

**A**QUELLAS primeras semanas le fueron de adaptación difícil. En la calle, le abrumaba el trañín ruidoso de una ciudad diabólicamente estrecha y trepidante. En la casa, poblada de añoranzas, se sentía agobiado de silencio. A veces, pasaba horas en la terraza, viendo la fuente del jardín seca y manchada y los rosales amarillentos de frío. Por entre los canteros bordados de mustias violetas, bogaban como cisnes oscuros sus recuerdos perdidos y nimios, manchando la tarde que en su caída se alegraba con la vuelta de las golondrinas agoreras.

No acababa en aquel reposo de encontrarse a sí mismo. Se sentía vagamente desorientado, confundido por cien diversas solicitudes hecho como estaba a un ritmo de vida llena de variedad, de caras nuevas y de paisajes diversos todos los días. Lo reconciliaba con el regreso, el rondar a Adriana, a quien visitaba todos los días con pretextos banales cuyo fondo no se escapaba a los demás. La lucha casi desesperada por apresar aquel amor que se le iba resbalando entre las manos, constituía el único aliciente real y llenaba la casi totalidad de sus horas muertas.

—Si como dices, ha llorado dos veces por tí, no temas—le aconsejaba el doctor Maret que había sido su profesor y seguía siendo su amigo.—Solo cuando nos aman y no son ni queridas ni esposas, las mujeres lloran sinceramente. Pero ocúltale, eso sí, que sabes que ha llorado por tí, y si te lo confiesa, réstale importancia al asunto.

Gonzalo Maret, hombre de mundo, catedrático, vividor y escéptico, tenía del llanto de las mujeres una teoría y una doctrina que llamaba burlescamente, psico-económica.

—La Ley de la oferta y la demanda— explicaba con su tono doctrinal, hecho a treinta años de cátedra universitaria—rige también en el llanto de las mujeres. Ya sabemos que las cosas no valen por su número, sino por el deseo que de poseerlas tengan los hombres. El deseo es el verdadero regulador, no la cantidad. Si un hombre se deja impresionar por el llanto de una mujer—agregaba pasando del campo de la economía al de la emoción—y quiere cada vez que la ve llorar, consolarla, da a las lágrimas un valor superior al que tendrían si se interesara poco en contenerlas. Mientras más angustia demuestre, más lágrimas producen los ojos de la querida o la esposa, hasta que llega la saturación. Ese día, la lágrima ha perdido todo su valor y viene entonces la crisis.

Aquella tarde el doctor Maret estaba bordando paradojas como saetas. Marcelo lo escuchaba silencioso, pensando en Adriana y arrojando a su perro tostadas untadas en mermelada. Hablaban en la terraza que se abría frente a la biblioteca, junto a una mesilla de te. Al lado de la porcelana de Dresden decorada de menudas flores minuciosas y pálidas, brillaba la plata de una *cocktelera* que el doctor vaciaba repetidamente, como si quisiera humedecer sus paradojas.

—Lo grave de tu caso—insistía—es que estás enamorado y que el factor principal de esa pasión es la resistencia. Adriana lo sabe y se entretiene en aumentar el fuego porque esa es una táctica antigua y femenina, tan antigua que ya Margarita de Navarra la aconsejaba a sus damas ¿tú no has leído a Brantomme?

Marcelo afirmó con la cabeza, mientras acariciaba las orejas del perro que se estiraba a su lado, frotándose contra el pantalón. Maret continuó.

—Fué un cínico sublime que se bebió la vida de un trago y escribió sobre el amor y las mujeres páginas antológicas.

—Brantomme no sintió jamás el amor—refutó Marcelo, arrojando lejos una tostada que el blanco lebrel apresó en el aire—ni creyó en ninguna mujer.

—Precisamente, por eso escribió páginas admirables. ¿Quién te ha dicho que para juzgar una cosa hay que padecerla? Si Jenner hubiera estado con viruelas no hubiera descubierto la vacuna, ni un Koch enflaquecido y tísico, hubiera descubierto el bacilo de la tuberculosis.

—¡Paradojas!—afirmó Marcelo con un tono de desdén molesto, como si aquel escepticismo lo distrajera de sus pensamientos.

—Exactamente, pero la paradoja es lo único que nos lleva a la conquista de la verdad.

—Eso está dicho mejor por Nietzsche. Recuerde que yo he sido un nietzscheano fervoroso—argumentó Marcelo animándose.—Quizá me convencí demasiado tarde de que el camino de Zarathustra no conduce a ninguna parte.

—¿Te lo enseñó Adriana?

—Me lo enseñó la vida y lo aprendí con los años, cuando ya el mal estaba hecho y me habían fascinado los ojillos taimados de la serpiente y deslumbrado el inútil vuelo del águila. Ahora—agregó sirviéndose una copa de *cocktail*—me pesa no haber puesto en mi vida un poco más de sincera emoción, un poco más de corazón, todo, por culpa del filósofo del superhombre.

—Pero Nietzsche—rebató Maret batiéndose en su último reducto—tiene también su emoción.

—Sí, pero externa y formal. Zarathustra en sus sermones, se encrespa, ruge, clama y se agita, siempre por la emoción externa del rebaño o del paisaje, absorbe lo que palpita en el aire, en torno suyo y lo devuelve como una pelota, pero jamás ofrece nada íntimo.

Siguieron discutiendo, atacando y batiendo las ideas con la feroz constancia que da el haber seguido muchos años un mismo camino para separarse al final. Como sus armas y las de Maret se habían templado en la misma fuente, era casi imposible que se pusieran de acuerdo. Se habían orientado por una misma brújula y resultaba más fácil poner de acuerdo dos contradicciones que aquel distanciamiento.

Alargaba la polémica la presencia repetida del viejo Lorenzo, experto batidor de *cocktailes* y alquimista de fórmulas complicadas. Severo, erguido a pesar de sus años, silencioso, con las manos de un negro brillante como si fuera pulido, ya con algunas canas color ceniza en la lana de la cabeza arrugada, Lorenzo entraba y salía de la terraza, inundando los pasillos y las salas con el ruido alegre y frívolo de la *cocktelera* batiendo *Daiquiri* o *Manhattan*. Así, perfumados de yerba buena y limón, las bizarras filosofías del poeta-filósofo de Weimar adquirirían un sabor de novedad interesante. Comenzaban las teorías a volatizarse un poco y nacían ya las brillantes paradojas, cuando haciendo una ligera genuflexión, el mayordomo anunció la presencia de *Peter*.

—El doctor Acosta busca al señorito Marcelo.

Lo trataba así siempre a presencia de los ajenos a la casa, con el formulario antiguo, criollo y familiar. Ahora el formulismo contrastaba un poco más por la figura inquieta y falta de ponderación del que entraba. Marcelo lo invitó a sentarse, mientras Maret escanciaba una copa rojiza y perfumada y ponía término a la discusión evocando a Platón.

—*Primum vivere deinde philosophare*.

*Peter* Acosta tradujo en seguida.

—Bravo, doctorcito, primero beber y después filosofar. Está clarísimo.

Llegaba satisfecho, con esa satisfacción un poquillo insubstancial y demasiado fácil que tienen los espíritus superficiales que se satisfacen con poca cosa.

Unos pesos en las carreras, un buen pase de *bacarat* o el beso arrancado a una chiquilla, eran para él motivos de íntima complacencia y tranquilidad. Pero *Peter*—observaba Marcelo—era feliz. La Universidad había llenado su papel poniendo en sus manos un título inútil, que no podía utilizar, pero que era bastante a la tranquilidad de la madre apegada a las viejas fórmulas. En cuanto a él, no le preocupaba, ni daba al hecho importancia. Tenía del mundo una idea confusa y era feliz con esa parca felicidad vegetativa de los que todo se lo explican por no interesarse en nada.

A Marcelo le distraía aquel temperamento antagónico que era como un soplo que disipara sus crisis sentimentales cada vez más frecuentes. Dos años menor que él, *Peter* había sido su compañero de estudios, desde el colegio a las clases de Derecho Romano. Allí obtuvo cierta celebridad por sus interpretaciones de las viejas *Pandectas* y su dedicación a los deportes, esta más afortunada que las otras. Destacado como deportista y atleta, fué líder de las agitaciones universitarias de su curso, cosa que le valió apresurar los cursos y graduarse sin haber gastado sus pupilas, siempre enrojecidas por las arenas del *Stadium*.

A presencia de *Peter* era comprometido discutir filosofía, cosa que irritaba su ignorancia. Lo aclaró así viendo el tono de la conversación y agregó:

—Hablemos de mujeres, mejor.

Tenía en eso un repertorio ilimitado y vario y el *cocktail* además, le había avisado la imaginación de mujeriego insaciable. Las conocía a todas, a las honradas y a las que no lo eran y en su vida sin problemas, no había más preocupación que el urgar en la existencia de cada una. Las dividía en una forma absoluta, en buenas y malas.

—Es un poco aventurado—le aseguraba *Maret*—dividir en puras e impuras, honestas y deshonestas, a las mujeres. ¿En qué momento deja de ser honrada una mujer? Es una cuestión relativa—afirmaba el

profesor en tono convencido, como si explicara a sus alumnos un procedimiento mercantil o una fórmula jurídica, estrecha y absoluta.—¿Una mujer casada que engaña al marido, es honesta? No, naturalmente. ¿Y si abandona al amante y torna a ser fiel, vuelve a la vez a ser honesta? No ¿verdad? Pero en cambio, una muchacha soltera, que tiene un amante y por eso no es honesta, se casa con él y pasa a la categoría de mujer honrada. La honestidad es relativa, como la estatura.

Marcelo invocó el espíritu cristiano en el cual está radicado el prejuicio social de la honestidad. Sin embargo, el prejuicio llega a donde la estrechez de la concepción religiosa no alcanza y el confesionario perdona lo que la sociedad suele seguir siempre considerando como un estigma.

—Siempre no—intervino Maret, al tiempo que escogía de la tabaquera un *petit-cetro* que llenó de aromas la terraza—a veces la sociedad perdona y la Iglesia mantiene en alto el estigma, como en el caso del divorcio.

Marcelo no estaba de acuerdo en la afirmación, acaso porque su permanencia en colegios religiosos le había dejado en el fondo del alma conturbada de sensual sin fronteras, un sedimento de credos y un decantamiento de fórmulas. El hecho le parecía más aparente que real.

—La Iglesia perdona siempre—arguyó—y solo reclama la presencia de una serie de circunstancias especiales para dar la absolución. No hay pecado, doctor, que no se perdone. ¿No se ha perdonado a Rodrigo Borgia su amor incestuoso con Lucrecia?

—La Iglesia asegura que no le consta el pecado.

—Debe constarle. El propio Rodrigo se lo confesó y no por arrepentimiento, por cierto, sino casi como una burla, a Pico de la Mirandola.

—Pero la historia de los papas no recoge esos hechos, lo cual quiere decir que no los estima ciertos.

—El hecho no existe porque lo niegue o lo afirme

un Concilio—terminó el profesor mientras volvía a servirse *cocktail*—. Está bueno este tabaco . . . yo le aconsejaría a Lorenzo que pusiera menos limón al *Daiquirí* y le agregara unas gotas de marrasquinó . . . ¿Que no es la fórmula? Bueno, no será la clásica, pero resulta mejor . . .

Como si emergiera, salvándose casi asfixiado de aquella montaña de nombres, de concilios, de hechos y de citas clásicas, *Peter* intervino en la conversación abandonando sus juegos con el perro. Estaban entrando en el campo de sus conocimientos.

—Esa fórmula es de *Maragato*, pero no es la exacta. Además, el *Daiquirí* tiene que ser *frappé* y un poco dulce. ¿Tú no has tomado *gin-fizz* en el Plaza? —Hablaba atropelladamente, según su costumbre, saltando por las ideas y en su vértigo de palabras, bebiéndose letras—esta tarde ví a *Lucrecia* en el *Jockey Club*; me preguntó por tí.

El nombre de la antigua novia, a la que no había logrado ver después del regreso, tuvo la virtud de galvanizar su atención dormida. Sentía un vago afán de volver a encontrar a la mujer que enredó su primer sueño de sumisión y abandono. No la amaba ya, pero el recuerdo florecía siempre como una promesa voluptuosa y carnal. Dos noches atrás, mientras corría el automóvil adentrándose en el Miramar en sombras había definido a *Maret* el complejo de su problema.

Amaba, sin duda, a *Adriana*. Sin embargo, *Lucrecia* seguía siendo para su imaginación cansada, la mujer de máxima atracción sensual y el recuerdo de su belleza trigueña, ligeramente dura, de la que emanaba algo así como un efluvio sensual inolvidable, le había perseguido a través de todas sus andanzas, de sus amores más variados y de las mil y una aventuras de su vida vagabunda.

—¿Se puede amar a una mujer, sinceramente, con cariño hondo y desear a otra?

Maret con su labia locuaz y su experiencia de viejo libertino libador de sensaciones, se lo había explicado.

—Generalmente, la mujer más querida no es la más deseada. Podemos querer con toda sinceridad a una mujer y desear impetuosamente a otra. Sobre el origen sensual, biológico y material del amor, se ha especulado mucho y se han levantado montañas de papel que no han conseguido aclarar nada. El deseo no es el amor, pero quizá, muchas veces, es superior al amor. Hay elementos espirituales superiores, posiblemente, las más de las veces inadvertidos, que entran en juego para integrar esa sensación compleja que llamamos amor. Pero el amor, te repito, no es el deseo.

El había tenido el caso, en un viaje, seis lustros antes, cuando andaba a salto de mata por el mundo. Se enamoró, en México, de una muchacha que tenía unas trenzas negras y largas y unos ojos cargados de ensueño y de dormido sensualismo. Había terminado por raptar a la madre, una criolla menuda y maciza, con las pupilas encendidas y la boca gruesa y rojísima. Lo explicaba con un cinismo elegante y sonriente, en forma sencilla.

—Yo amaba la pureza inmaculada, los ojos soñadores, el alma fina, sensible y sonora como si fuera de cristal, de la muchacha. Pero la madre en la madura plenitud de sus treinta y cinco años, tenía unas formas magníficas y las carnes, aún más duras que las de la hija. Además, aquella hembra, brutalmente sabrosa, parecía haberle arrancado a los volcanes el fuego dormido y todo en ella tenía un aroma sensual que embriagaba. Yo, que me instalé incidentalmente en el pueblecillo para cumplir una misión confiada por el Presidente, desde los primeros días, comencé a visitar la casa y a poco cortejaba a las dos mujeres, mientras el padre y marido bebía pulque con una sed insaciable. A los pocos días, daba besos a la hija y mordiscos sabrosos en las duras carnes de la madre

que olía un poco a selva. Una noche, me envolví en el sarape, trepé a caballo y me lancé por entre los nopales llevando a horcajadas a mi espalda a Lupe, riente y sabrosa, que por mí abandonó a la hija, al marido y al pueblo.

Ahora el problema se planteaba a Marcelo más fuerte que dos días antes y la frase, quizá maliciosamente lanzada por *Peter* como un lazo, le traía de nuevo la interrogación. Recordaba a Lucrecia en la última entrevista, con los ojos húmedos y la boca despintada, mirándolo partir para una jornada que ella presentía sin retorno. Una vez más el recuerdo se le clavaba en el corazón.

—¿Tiene ganas de verme?

Lanzó la pregunta con temor, como vacilando, temiendo acaso una negativa. Pero *Peter* le devolvió en pocas palabras la confianza. No había ocultado sus deseos de encontrarlo otra vez y lo había acosado a preguntas, dejando escapar en su impaciencia y en su curiosidad, hilachas del sueño que aún dormía. *Peter* experimentaba cierto deleite cruel relatando minuciosamente a Marcelo la conversación, alargando el final, sin dejar que adivinara. Se la describía con detalles de miniaturista.

—De aquella Lucrecia que dejaste, llorona, un poco infantil todavía, mimosa y sin malicia, no queda nada. Ahora es un primor de coquetería.

Se había casado cinco años antes con el doctor Fernando Salazar, un hombre brusco y sin gracia, rico sin espléndidez, insípido para gozar de una mujer como ella. Estaba harta de sus gazmoñerías, de sus dilapidaciones y de sus queridas. Lo iba sobrellevando con paciencia y sin ilusión, un poco molesta por la piedad que inspiraba su aburrimiento. En el último Carnaval, Salazar no se había ocultado para mostrarse en pleno Malecón con la querida, una cupletista de segundo orden, que era la mitad de su vida. Toda la Habana lo había visto, bajo un antifaz que no lo ocultaba, al lado de la amante cuyo

mantón bordado en grandes rosas rojas sobre un fondo negro, se destacaba en el paseo.

—El Carnaval está hecho para las queridas y no para las esposas—intervino Maret, al tiempo que prendía un cigarro cuyo humo arrastró el viento.— Hay que tener presente que se trata de una fiesta pagana. Cuando en el Carnaval no se pueda llevar antifaz, lo que equivaldrá a no poder salir con la querida, las fiestas carnavalescas morirán. El pobre Salazar, con su bigotillo insípido, la barba progmatía, la espalda desproporcionada y otros detalles que lo denuncian, fué reconocido por todos y pagó la culpa que mil maridos estaban cometiendo al propio tiempo mejor ocultos por el disfraz y la careta. Habría que ver, esa misma tarde, cuantos amigos nuestros estarían en el paseo, no diré que con cupletistas, no, sino con la mujer legítima de otros amigos, que a su vez hacían lo mismo. El día en que la policía obligue por sorpresa a quitarse el antifaz a los concurrentes a un baile de Tacón, van a llover los divorcios en la Habana.

A Marcelo no le interesaban ya los juicios del profesor, ni sus apreciaciones sobre el Carnaval, sino Lucrecia. Ordenó al mayordomo más *cocktail* para el doctor y ofreció a *Peter* un tabaco haciéndole señas de que continuara el relato.

—¿Tú sabías que Lucrecia fué novia de Lucio Morales, seis meses después de haberte tú embarcado? Un noviazgo de relámpago, que no duró nada y en el que fallaron los esfuerzos de la madre por llevarlo adelante. Sin embargo, ya ves, hace tres años, después de casada, se ha hablado de ambos.

—Sí, lo sé.

Le producía cierto escozor la revelación, aunque ocultó tras la frialdad del rostro impasible su sentimiento. En realidad, desconocía aquel paso turbio de Lucrecia, pero demasiado felino para confundirse pronto se dió cuenta de que al cabo, aquella aventura con el segundo novio abría una brecha para el

primero. Tuvo la tentación de consultar a *Peter* su esperanza, pero un sentimiento íntimo de pudor y respeto para el recuerdo de su primer amor, lo contuvo. Volvió a preguntar.

—¿Tiene ganas de volver a verme?

—Me lo dijo—afirmó *Peter* apoyando la bárba en la mano—búscala .

—¿Qué hora es?

—Las siete, mira, ahora estará en el Club, bailando, entregada acaso a algún *flirt* de los que le sirven para cubrir su hastío, bebiendo seguramente unas copas de *Mary Pickford*. Es un buen momento para llegar. ¿Vamos? Te espero.

Rechazó la oferta por temor a tropezarse con *Adriana*, que debía estar también en las carreras. *Maret* trató de animarlo, aconsejándole.

—La mejor oportunidad para impresionar a una mujer, es la caída de la tarde. Es uno de los tres momentos en que fácilmente arrancamos de ellas una promesa de amor.

*Peter* interrogó sobre los otros dos momentos propicios.

—La madrugada de un velorio y las noches de luna—aclaró *Maret*, siempre con su tono pedagógico.

—Después de una noche de insomnio, entre los cirios que se queman y las flores que se marchitan, sobre el alma de la mujer gravita la sensación de lo que acaba. Eso, las vuelve sensibles y fáciles y como tienen agotados los nervios por el llanto, caen igual que una fruta madura. La luna y el crepúsculo, aunque en menor grado, también ejercen influencia sobre la voluntad femenina. Por eso, esta hora es buena para que *Marcelo* llegue al lado de *Lucrecia*.

Pero *Marcelo* no quiso. Entre el amor y el deseo, optó por el amor.

—Ya te pesará—sentenció *Maret*—cuando comprendas que hay cientos de mujeres que pueden inspirarte amor pero que el deseo pleno, absorbente, total, fascinador y enervante, solo aparece de tarde en

tarde y a veces hay vidas que pasan sin conocerlo. Y ahora—agregó al tiempo que se ponía en pié, sacudiendo del pantalón las cenizas que lo manchaban—nos vamos. Te ruego presentes mis saludos a María Dolores y a sus hijas. Las visitaré la semana próxima.

Cuando los amigos hubieron partido, Marcelo se internó en la biblioteca, dejándose caer en la amplia butaca acogedora de sus cansancios. Estaba confundido al observar que sus buenos propósitos se deshacían y que aun le temblaba en el fondo del alma aquella inquietud perenne que soñaba abandonar. La tentación de Lucrecia le había asaltado una vez más. Sentía el zarpazo del deseo, de la carne y de la aventura, aprisionándole otra vez. ¿Y sus buenos propósitos? ¿Y el inútil afán de rectificar la línea de su vida? Comprendía que de nuevo en su país, se le derrumbaba todo aquello.

Trató de leer y fué imposible. Entre líneas, saltaban los nombres que tenía en el corazón, distrayéndolo. Iba del amor al deseo, alternativamente. Sobre el jardín descubrió un cielo de plomo con nubes que parecían de oro.

—Si las nubes—pensaba—tuvieran conciencia, creerían que iban por su voluntad y no arrastradas por el viento para deshacerse y perecer sobre la tierra sedienta. Hay vidas así, como las nubes y la mía es una de esas.

En efecto, amaba con sinceridad a Adriana, pero se sentía fatalmente arrastrado por una fuerza interior que le empujaba hacia la carne trigueña e inolvidable de Lucrecia. Recordó, entonces, con la mirada perdida en el lejano horizonte, las palabras augurales de Dora, el último día de viaje. El pasado lo llevaba dentro como una fuerza que lo empujara. No podía empezar a vivir, sino que seguiría viviendo, siendo lo que fué y no otra cosa.

Dora . . . Miró el reloj. Las siete y media. Tomó el auto y dos minutos más tarde desembocaba en la

Plaza del Maine cuyos faroles relucían en el asfalto pulido por la humedad de la tarde. Vaciló antes de dar al *chauffeur* la dirección. Ir a Sloppy Joe's era entregarse a su destino, confesar su derrota, anular todos aquellos buenos propósitos que le pesaban en el alma como un fardo, recomenzar, en fin, las andadas que le habían hecho nacer canas prematuras y arrugas en la frente.

Hizo un esfuerzo supremo. Llegaba al Prado. La esquina de Animas se le presentó como la encrucijada de su destino. Doblarla era ceder, pasarla era triunfar sobre sí mismo. El automóvil dobló en Neptuno y tomó Prado abajo. Animas, otra vez.

—A casa de la señora Asunción—dirigió con una voz que tenía algo de arranque supremo.

Se sintió satisfecho de su triunfo menudo y banal, mientras el automóvil deshacía a buena marcha el camino. Le complacía ir alejándose de la ciudad y cuando cinco minutos después, descendía en el chalet de 17, llevaba algo de triunfo en los ojos y tenía en las maneras el modo desenvuelto y seguro de un vencedor.

No había nadie en casa de Asunción. Margarita y Georgina, las primas pizpiretas de las suaves coque-terías, que distraían sus ocios de galanteador en receso, estaban de fiesta con los novios y las amigas, lejos de la ciudad. La tía Asunción había ido a consolar su abandono *chaperoneando* a otro grupo que solicitó su presencia para un *party* de novios en Batabanó.

No se explicó bien aquella distribución de la corta familia. ¿Por qué Asunción no iba con sus hijas?

—Ay, hijo—le explicó la vieja Caridad, que había arrullado sus insomnios de niño—ya eso no se usa y los muchachos han convencido a la señora Asunción de que es poco moderno eso de las madres cuidando a las hijas. Aquí no se vive ya en familia y la casa es un hotel, como todas las casas, en las que las

hijas y los padres se ven al paso, a veces cada dos o tres días. Todas lo mismo, no creas, menos en casa de la señora María Dolores y eso que llegaron de París ¡pero ya empezarán lo mismo!

Caridad hacía al hablar gestos maduros de tosco sentido profético y en su escaso conocimiento del mundo, percibía una sociedad cansada, desintegrándose con un eclipse total de sus viejas fórmulas severas y hasta de sus convenientes prejuicios. Sus ojos, habituados al paisaje de un ayer bastante próximo, se cegaban con el brillo de la nueva vida mundana en una sociedad enriquecida de pronto y frenéticamente enseñoreada por el elemento sensual.

La negra era como un remordimiento y la advertencia de un pasado honesto, severo, por completo perdido en el fascinante vivir de la nueva sociedad, hija del oro, de la improvisación y del cansancio. Hablaba envuelta en sombras, recatada, de pié, apoyando las manos arrugadas en el respaldo del sillón que movía rítmicamente con la rodilla. Por ella hablaba la vieja casa de Pimentel, dando su último grito en la agonía de las severas familias criollas.

La charla de la vieja sirvienta producía a Marcelo una sensación de asfixia. Había consolado sus vigiliás en la niñez y su voz tenía para él algo de evocación infantil y lejana en el acento con angustias de reproche. No era pues, sólo él y ahora la idea se le presentaba más clara, con aristas nuevas. Eran todos. Aquella falta de idealidad superior, aquel sensualismo, aquel abandono y aquella sed de goce que habían frustrado su juventud, no eran solo suyos. ¡Era de todos!

Salió de la casa entristecido, presintiendo su equivocación y su error. Lola Cisneros se lo había dicho en el barco. El camino de los apóstoles es árido y siempre está lleno de espinas entre las rosas. No era su vida la que urgía rectificar, sino la de todos. Y él no era un apóstol.

## V

**I**BA entrando a pocos en la vida de su ciudad, conformándose a ella, adaptándose a su ritmo sin compás. Se sentía invadido de una cierta sensación de abandono, como si el clima le impusiera su molicie suave. Sin darse cuenta, volvía a los trillados caminos de la primera juventud y creyendo que solo evocaba con cierto íntimo deleite páginas viejas, dejaba correr su vida por la pendiente. Tornaba a sentirse entre los suyos y se acostumbraba y familiarizaba pronto con todo aquello que creía haber dejado un día para siempre.

Experimentaba, diez veces al día, en todas partes, la emoción del retorno y comenzaba a darse cuenta de que todo estaba igual y que solo el espectador había cambiado. Le servían de referencia los pinos del club mantenidos raquíticos, en forma de pirámide. La sensación de los años corridos se la daban las mujeres, ahora en plenitud. Margarita y Georgina, sus primas, Martica Acosta, hermana de *Peter*, a la que de estudiante mortificaba con sus picardías de muchacho grande, Lucy Perdomo, las tres Ponce, toda aquella chiquillería riente de siete años atrás, que dejó con grandes lazos en las cabezas alborotadas y a las que entonces veía pasar sin curiosidad y sin afán llenando de risas los jardines, estaban ahora en el apogeo de su belleza en flor, demasiado sabias quizá para su escaso juicio, tentadoras y gráciles, coquetas, libres y pícaras. Sus contemporáneas, en cambio, pasaban un tanto opacas en el declive fatal hacia la pró-

xima madurez. No le interesaban sino como excepciones.

—La vida te ha afinado el paladar—le explicaba Maret, oyéndole comentar el caso—y estás aprendiendo la voluptuosidad de los escogidos. Pervertir—¿no lo sabes?—es lo más grato de pecar y lo que tu buscas rodeándote de todas esas muchachas, es la posibilidad de iniciaciones que en tus contemporáneas no vas a encontrar. La mujer que antes de los treinta años no pecó, ni se burló del marido, ni fué a una cita, ya no lo hace. Balzac dice que los treinta años es la edad crítica de las mujeres y tiene razón. El adulterio hay que iniciarlo temprano, como el cigarro.

El profesor le presumía una intención de la que él no se daba cuenta. Le gustaban las muchachas porque ponían un poco de ligera frivolidad en su cansancio. Sus contemporáneas, en cambio, aumentaban sus preocupaciones. Las otras, además, eran confidentes y aliadas en su rondar a Adriana, encastillada todavía en sus recias negativas. Le halagaba también en el fondo de su masculina vanidad, la admiración que de continuo exteriorizaba el grupo en su presencia. Aquella novela de leyenda escandalosa, de amores suntuosos, de pecados extraños, aureolaba y realzaba su prestigio al lado de los opacos mozos que cortéjaban a “las pepillitas.”

—Es que las tientas con la fama un tanto exagerada de tus pecados—le decía Maret cuando lo veía rodeado del grupo lleno de admiración que lo envolvía en miradas de deseo—en el fondo buscan en tí al viejo catador de sensaciones exóticas, al sibarita de tanta carne perfumada de celebridad. Para ellas, tú eres una experiencia interesante y una novedad sugestiva.

—No me lo han insinuado hasta ahora.

—Porque tú no acabas de darte cuenta. Lánzate, ahonda, provoca. Todo ese grupo sabe de la vida más de lo que tú supones y ha probado más sensaciones de las que tú eres capaz de creer, recién llegado

como estás. Abandona a Adriana, que te esperará todo el tiempo que quieras . . . aprovecha. ¿Por qué no haces de todas ellas como un manojo para gozar a la vez color y perfume? Todas, unas más y otras menos, todas al cabo, pueden ser para tí . . . lo que tú quieras. Lánzate . . . a través de todas ellas, bébete la vida como si fuera una copa de ron ardiente.

El le daba la razón sin convencerse. Seguía en su incertidumbre espiritual de los primeros días. Adriana, el amor, el reposo, la vuelta a los viejos credos. Lucrecia, la vida plena, la carne tibia, la aventura fatal que acabaría por embriagarlo. ¡Lucrecia! Su nombre encontraba en el fondo del cansado corazón, un eco augusto. La había visto un domingo, en la misa última de la mañana, soberbia, provocadora, sugestiva y en plenitud, como la soñó tantas veces en sus noches de estudiante. Días después, todavía no había logrado olvidar el encanto penetrante de aquellos ojos, únicos para él, la sensación de aquel cuerpo armonioso lleno de insinuaciones sabrosas bajo el traje de seda roja.

El encuentro no había sido casual. Lo planeó después de minuciosas y discretas investigaciones. Supo que como diez años antes, Lucrecia seguía yendo a misa de doce en la Parroquia. Intencionalmente, se había situado al fondo de la nave izquierda, para contemplarla aquel domingo cuando entrara. Al verla experimentó una sensación grata al descubrir que seguía siendo para sus sentidos la mujer única, la llama perpetuamente encendida. Debíó ella comprenderlo cuando en el atrio, sonriente, frívola y tentadora, le extendió las dos manos en un gesto apasionadamente cordial.

En aquel primer encuentro, llegó a la conclusión de que tropezar a una novia después de perdida, estrecharle la mano, verla cerca, tras un alejamiento de años, es un hecho insubstancial. Experimentó una complacencia grata, nada más, en cuyo fondo se es-

condían mil recuerdos nimios confundidos en una extraña sensación de amnesia.

Saludando a su antigua novia se sorprendió de eso. La emoción fué tan opaca, tan fría y tan carente de todo lo que había supuesto, que pensó, por un momento, que el encanto de ayer había muerto. No era así. Al verla partir, alejándose rápidamente con su paso menudo, sintió que el encanto persistía y que solo se había opacado un tanto con el choque. Cuando la vió perderse fué que pudo evocar el encanto antiguo, con los menudos pecados veniales, los robados besos, los estrechones de mano, el deseo acosado y contenido. Lo explicaba aquella misma mañana en el almuerzo del Club a Maret.

—Pasamos años y años en remotas tierras, al calor de vidas ajenas, evocando en los crepúsculos los besos húmedos y sabrosos de una mujer inolvidable y gozando de la idea de verla algún día para mirar de cerca la boca que fué nuestra y evocar los besos que nos dió. Sin embargo, en el encuentro todo se olvida... vemos la boca y no recordamos que fué nuestra, miramos los ojos y no pensamos en sus lánguidas miradas de ayer, estrechamos la mano y es como si estrecháramos una mano nueva.

Se daba cuenta de que revivir su pasado, más que difícil, era imposible. Se vuelve al ayer siempre distinto a como se era y él volvió a Lucrecia, a su primer amor, consciente sí de que iba a tentar su destino, pero sabiendo que no podría ligar el presente con el ayer perdido. Sin embargo, aquello no le preocupaba. Sintió que ella seguía siendo como antes, de una exquisita y turbadora atracción carnal y eso le bastaba para entregarse con cierto deleite a la aventura. Lucrecia le gustaba todavía, por su belleza, sin emociones complejas, sin la espiritualidad que pensó encontrar en poseerla después de creerla perdida para siempre.

El descubrirla, quizás, demasiado fácil a su asalto, le agradó. Ya el pasado en ella no le interesaba, ni

le atraía, ni le importaba. De su novia de antes, nada quedaba y experimentaba la sensación de hallarse frente a una mujer nueva. Ahora era la esposa del doctor Fernando Salazar que se le ofrecía con una resistencia simulada para hacer quizá la caída más grata. Una vaga sensación de peligro daba sabor a la aventura. Los ojos de Adriana lo seguían siempre, en el teatro, en el club, en la iglesia, más alertas cuando sentían la proximidad de Lucrecia.

—Lucrecia te sigue gustando;—le había dicho una noche, cuando descubrió que la seguía, vagamente absorto, por la terraza del club—por ella volverás a las andadas ¿por qué insistes en que te quiera?

—Lucrecia no es ni puede ser ya nada en mi vida.

—Sí, lo es. ¿Crees que no descubro que la buscas, que la sigues con la mirada, que hablas, cada vez que puedes con ella? ¿Que ya tú para ella no eres nada? A mí no me importa eso... no es preciso una probabilidad de posesión para que una mujer sea nuestro anhelo, y algunas veces, la convicción de que ya no puede ser nada para nosotros es acicate al amor. Te gusta y la quieres... Lo sabe todo el mundo y mis propias amigas me lo dicen.

Las amigas se habían dado cuenta, sin alarmarse por ello. Veían el *flirt* entre la esposa de Salazar y su antiguo novio como algo casi natural y simplemente como un tema de interés. A veces, Marcelo se sorprendía al encontrarlas tan acomodaticias, tan susceptibles a las comprensión, tan expertas en sus veinte años que él hubiera querido más recatados. Hablaban del amor, del adulterio, del divorcio, con naturalidad, con picardía, con una amplitud de sentido que hería un poco su criterio conservador y su antiguo concepto de la mujer.

Ellas mismas le facilitaban los encuentros y hasta en voz alta, insinuaban sus sospechas. Solo la presencia de Adriana las contenía. Eran cómplices, más que amigas.

Una noche habían convencido a Salazar para que

autorizara a Lucrecia a acompañarlas. Necesitaban alguien que diera gravedad a la mesa en la comida del club. Las propias primas de Marcelo, interesadas en asistir a la fiesta sin la presencia vigilante de la madre, habían fraguado el plan. Para interesar a Lucrecia le anunciaron que Marcelo acudiría y Margarita se prestó a ser su compañera con la condición de separarse a la entrada.

Era un plan bien urdido al que todos contribuían por su interés. Los novios por estar solos, libres de vigilancia, Lucrecia por dar una oportunidad a su antiguo galán y Marcelo por aprovechar aquella brecha abierta a su asalto. Tenía confianza en sí mismo y la seguridad casi plena de que Lucrecia no resistiría su sitio. Se apoyaba en un pasado lleno de recuerdos emotivos, de evocaciones dulces, melancolías lejanas y suaves como una luz crepuscular. El ambiente del club frente a la ancha playa de arenas amarillas, cabe al mar plateado de luna, el rumor breve de los pinos sonoros junto a la terraza, la música leve de las orquestas, las luces, el perfume, la vida ligera en la noche de fiesta, todo, debía serle propicio.

En aquel ambiente frívolo y sensual vió cómo Lucrecia iba, poco a poco, cediendo, dejando asomar a los ojos brillantes el crepitar del viejo sueño renaciente. Fué con minuciosidad perversa, con sigilo de serpiente, preparando el ataque, haciéndola volver la vista atrás, aprovechando las notas de la orquesta, el rumor de los pinos, y el perfume de la noche engalanada, para retrotraerla a la emoción perdida.

La habló de sus correrías, de sus tristezas, de su cansancio. Le pintó su peregrinar bajo todos los cielos, su embriaguez de todos los vinos, la sensación de vacío encontrada siempre al final de las rutas más prometedoras. Poco a poco, la iba llevando a donde quería, hasta ver que en ella se reflejaba, inevitable, captadora y precisa, la tristeza que iba desgajando su alma. A medida que la noche avanzaba y la sentía próxima en los interregnos de soledad que les deja-

ban las parejas, iba comprendiendo que sus palabras eran más sinceras y que en el fondo de su alma nacía vagamente, un amor real que no había sospechado.

En uno de los paréntesis de silencio, cuando los dos estaban hundidos en el sueño común sin atreverse a confesárselo, se aproximó Maret, que paseaba su hastío por el salón.

Vestía atildadamente su *smoking* irreprochable y adornaba la solapa con una gardenia. A la luz de la terraza, la cabellera le brillaba con reflejos azulosos, avanzando con la mano derecha en el bolsillo y en la izquierda el tabaco aromático, a paso lento, repartiendo saludos y halagos. Se sentó entre Lucrecia y Marcelo, apoyando el brazo en la silla de ella, observándola con una mirada penetrante que la hostigaba un poco.

—¿No bailan?

—Imposible doctor—dijo Lucrecia sonriendo, agitando el abanico que manejaba con sutilezas de marquesa versallesca—mi papel es aquí de persona seria. ¿No ha notado que vengo de *chaperon*? Creo haberle oído decir a usted mismo, alguna vez, que la *chaperon* es la modernización de las antiguas dueñas castellanas, serias, meticulosas, graves y vigilantes como esas que apuntan en el teatro calderoniano.

—Pero tenga en cuenta que también la dueña aparece siempre en la literatura picaresca como cómplice de la doncella.

—Y lo somos,—intervino Marcelo, aproximando un poco más la silla al puesto de Lucrecia y extendiéndole una cerilla para que prendiera el cigarro—¿Qué otro papel que el de cómplices hacemos esta noche, dejando a las parejas andar solas, irse a la arena, pasear por el puente o refugiarse en el jardín? Cómplices, doctor... cómplices.

Pero Maret tenía demasiada experiencia y sus ojos habían visto demasiado mundo, para dejarse engañar.

—¿Y no serán las parejas las que hacen el papel de cómplice?—preguntó con picardía, poniéndose en

pié y sonriendo comprensivo, mientras extendía a Lucrecia la mano, para ir a buscar otras mesas que sirvieran de gancho a sus paradojas.

Desde aquella noche en que a solas en medio de la fiesta y entre la sofocada multitud habían podido hablar, la aventura quedó sellada. Debía culminar cualquier tarde, inesperadamente y Marcelo no apresuraba la realización, como si pretendiera apurar hasta lo último la afinada sensación del inicio.

—No debemos vernos más en público. Te comprometería—dijo a Lucrecia pensando también que Adriana acabaría por darse cuenta de lo que pasaba.

Pero desde aquella noche hablaron por teléfono todos los días. Se veían después, a escapadas, en simulados encuentros casuales, que cada vez iban haciéndola adentrarse en la aventura. No era Lucrecia la que dilataba el encuentro final, sino Marcelo que no tenía prisa y sabía que una cita gana en interés, en voluptuosidad y en encanto, lo que se dilate. Ella, además, no quería acudir a su casa, temerosa de ser descubierta.

—Busca un sitio oculto, discreto, fácil, en una calle de la ciudad que sea poco transitada—le había pedido una tarde en que le hablaba de sus anhelos y de sus deseos de verla cerca y a solas.

Pero quería verla en su casa, entre sus recuerdos, al lado de sus sueños antiguos. Darían un salto atrás, hundiéndose en el pasado y se quedarían en aquel saloncillo Luis XV cuya lámpara de bacarat había alumbrado sus entrevistas de novios, en el sofá tapizado de gris en que le había dado el primer beso. Ella, temerosa, acababa siempre por prometer y él suspendía la súplica, como si temiera apresurar lo que debía llegar de todos modos, alguna vez.

Los amores con Lucrecia habían ido normalizando su vida que comenzaba a tener un ritmo isócrono. Hablaba con ella horas y horas por teléfono. Por las tardes, veía a Adriana en su casa, en el club o en los tes. Se aburría comiendo solo y generalmente,

el viejo Lorenzo alistaba en vano la mesa. Comía en casa de Cisneros unas veces, otras con Maret en el Club o se perdía entre los restaurantes, para él nuevos, de la ciudad antigua. De todas las mesas, le era la más grata la de su tía Asunción, con sus primas y sus visitas de mujeres lindas y de chiquillas que le hacían pensar en sabrosas malicias. Todo aquello iba reduciendo a un recuerdo cada día más vago la tarde en que dejó a New York entre nieblas. Olvidaba también el ramillete de buenos propósitos que le animaron al regreso, que ahora comenzaba a parecerle inútil aunque le satisfacía por las novedades descubiertas y porque daban a su vivir un nuevo aporte de sensaciones. ¿Encontrarse a sí mismo? Bien, se iba encontrando.

Una noche, comiendo en casa de Asunción había divagado largamente sobre todo eso, derrochando una filosofía ligera, picante y móvil que era la de siempre. Volvía a ser el sensual de antaño, con atisbos de un sentimentalismo vago, que era una forma de acrecentar su materialismo siempre alerta. Georgina lo había interrumpido con una risa franca y burlesca a la que contestó, con un pellizco en los muslos sabrosos.

—Atrevido—protestó ella sin indignación, amenazándolo con el cuchillo—ahora, mañana tendré un morado y la trusa no me lo ocultará. Por tu culpa se van a reír de mí en el puente.

—No te hice daño.

—¿No? Bueno, mira—y levantó la falda, dejando medio muslo al descubierto, blanco, sonrosado y duro.

Marcelo, pasó la mano levemente por aquella piel tersa y blanca con suavidades de terciopelo, ocultándose de su tía y descubriendo en mitad del muslo una mancha amoratada de bordes verdosos.

Georgina bajó la falda rápidamente, azotada por una mirada imperativa de la madre que había des-

cubierto el movimiento. Marcelo insistió en voz baja.

—Ya sé quién fué.

—¿Federico?—descubrió ella sin alarma y con complacencia.

—No, Fina.

—No es verdad—protestó con energía y cierta falsa rabia, la prima—a mí no me gusta eso. No me confundas. . . óyelo bien, no me gusta.

Asunción intervino mientras depositaba en la fuente los trinchantes, sin saber de qué se trataba y temerosa de que su hija hubiera cometido algún exceso.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—¡Las mujeres!—respondió con desparpajo la chiquilla.

Marcelo previendo la tormenta sintió que el rubor le calentaba el rostro. Se vió descubierto, pero la tía le devolvió rápidamente la calma.

—No, hijo, éstas no son de esas.

Lo dijo con naturalidad, con aplomo, como quien hace una necesaria aclaración y nada más. Tampoco la tía se alarmaba y había aprendido, como las demás, a bordar todos los temas de lo que se llama la vida moderna, sin asombrarse de ningún pecado, ni alarmarse por ningún peligro.

Marcelo, oyéndola describir delante de sus hijas los escándalos de las demás, sin ocultarles sus vicios, pensó con un poco de piedad en la candidez de Adriana, recién salida del colegio, todavía con los ojos llenos de visiones cándidas, con la música de los cantos religiosos y suaves en el oído. ¿Qué sería de ella, cayendo en aquella desatada tormenta y puesta en la pendiente fatal que los arrastraba a todos?

Salvarla. Ese era su papel. Alejarse con ella a tejer su poema interior en la casa que tenía el jardín abandonado. Por culpa de ella, por su resistencia, el propósito se iba dilatando. ¿De ella?

Pensó en la carne sabrosa como una fruta en sazón de Lucrecia, en las tardes de amor que se prometía

junto a ella, en la vida tentadora de opulencias carnales. Seguía sin entenderse a sí mismo, sin saber lo que deseaba, satisfecho a ratos, inconforme otras veces. Aquella noche, al salir de casa de sus primas, se dirigió al Club en busca de Maret que por él abandonó la mesa de *bacarat*.

Se lo llevó a la terraza para contarle sus dudas y sus vacilaciones y el profesor le ofreció una fórmula de transacción.

—Lo mejor es que te cases con Adriana y sigas con Lucrecia. Después de todo, adelantarás un poco los acontecimientos si al cabo vas a tener mujer y amante, dos cosas que no son contradictorias, aunque piense eso casi todo el mundo. La mujer y la amante se complementan, constituyen dos elementos de la vida normal para un hombre como tú, que eres de los que después de casarse, acaban buscando una amante cualquiera que les entretenga los ocios de marido.

¿Que yo no tengo ninguna de las dos cosas? Naturalmente, hijo mío. A mi edad la situación perfecta es la de soltero sin compromiso. Si me hubiera casado, tendría que soportar ahora a una mujer envejecida y arrugada. ¿Haberla buscado más joven? ¡Bah! una precaución totalmente inútil. Aceptemos que ella tuviera ahora cuarenta años. Entonces a ella tocaría soportar mis vejez. A los cuarenta años las mujeres se empiezan a volver irritables, malcriadas y molestas. ¿Vas a decirme que la hubiera buscado de treinta años menos? Claro que no hubiera estado mal. Una mujer de treinta años, soporta bien a su marido de sesenta y hasta tiene hijos con él. No, no te asombres—decía apasionándose, dando largas chupadas en su *corona* mientras a largos pasos recorría el balcón de uno a otro extremo.—Lo que suele ocurrir después es que ese hijo sale parecido a un amigo que frecuentaba la casa, a un primo que se crió como un hermano con ella, a un alumno que nos iba a vi-

sitar continuamente para consultarnos textos extraños o libros nuevos.

No era aquel el caso de Marcelo y el doctor lo comprendió. Volvió a su consejo de que se casara con Adriana y siguiera entendiéndose con Lucrecia.

—A la amante que envejecerá contigo, no tendrás que cuidarla celándola cuando seas viejo y a la esposa, con doce años menos que tú, la tendrás a tu lado para vigilarla y como eres zorro viejo, no valdrán argucias socorridas y no podrá engañarte.

—Con Adriana—argumentó Marcelo en un tono ligeramente agrio—no habría esa necesidad, ni ese temor.

—Ni con Adriana, ni con ninguna mujer, hay seguridad, ni se tiene la fidelidad asegurada. ¿Tú no sabes que el adulterio está como los microbios en el aire que respiramos? No afecta a quien está fuerte y tiene su organismo bien equilibrado, pero cualquier caída, cualquier debilidad puede sernos fatal. Una mujer honrada puede dejar de serlo cualquier día, por una nimiedad, por un disgusto, por hastío o simplemente, por curiosidad. Nos volvemos tísicos por un catarro mal cuidado que nos debilita y hace arraigar el bacilo allí en donde antes penetró todos los días y murió. Una mujer honrada, una tarde de aburrimiento, sale a la calle y cae. Hay siempre que estar alerta.

A Marcelo le molestó un poco aquel cinismo de su amigo y aquel juicio demasiado escéptico del amor. sin que dejara de reconocer que las teorías de Maret, hijas de la vida y de la experiencia, no andaban del todo descarriadas.

## VI

**A**UN no había tenido tiempo de ordenar, como pensaba y quería, sus negocios, abandonados desde años atrás en manos del apoderado, aquel bueno de Don Guillermo Bartrán, meticoloso, pulcro y honrado, que de niño le regalaba en la oficina de su padre bombones y galletas que atraían su gula infantil. Don Guillermo, frente a una serie de carpetas rotuladas, fajos de recibos, escrituras de cubierta amarilla y papeles multicolores de sello oficial, lo había tratado de poner al tanto desde su arribo, de cosas que no le importaban y de las que solo se quiso enterar superficialmente. Prefería dejar al apoderado ocuparse de todas aquellas molestas atenciones y luchar con inquilinos y peones, fiadores y agentes del Municipio y del fisco y con hipotecarios y acreedores cuyas caras no conocía.

—¿Hay alguna inquilina desahuciada que sea bonita?—había preguntado una mañana a Don Guillermo—¿o alguna joven hipotecaria que no pueda cumplir su compromiso?

Como no había nadie en esas condiciones, decidió no prestar atención a sus negocios. La fortuna había quedado bien asegurada por su madre, conservadora y cuidadosa en las inversiones, aseguradas a costa de la renta. Unos pesos más, al cabo del mes, no le tentaban y prefería seguir durmiendo la mañana y viviendo un poco al desgaire. El levantarse al mediar el día es uno de los lujos que da el dinero. Hay que pagarlo.

Solía, después de almuerzo, recorrer la casa, complaciéndose en abrir las doradas vitrinas, recorriendo con los ojos cansados el marfil y el oro de los abanicos de encaje amarillento, acariciando con mano experta las miniaturas que Meinsonneve había pintado en el ochocientos a sus bisabuelos, enmarcadas en oro macizo al viejo estilo imperio. Ayudado de Lorenzo, otras veces, había raspado el verdín nacido en los botones de plata de las antiguas libreas, con el escudo de los Pimentel—un caballo blanco rampante en gules, coronado de perlas—y evocado los viejos esplendores coloniales en los galones rojos y azules de los caleseros, bordados con las armas del Marqués abuelo. Le gustaban todas aquellas cosas nimias e inútiles que había mirado siempre con respeto de niño nervioso, alejado por el temor de quebrarlos en su infantil curiosidad.

Poco a poco, iba restableciendo el brillo de la casa abandonada por su madre en los últimos años, siempre enlutada y sola. Del fondo de las gavetas, salieron los cuchillos de plata maciza, con corona de lises en la empuñadura y otra vez relumbraron las fuentes decoradas de heráldica, brillaron los esmaltes de las vajillas suntuosas con orla de cobalto y oro, descompusieron la luz los tallados cristales de Bacarat y salieron del fondo de los escaparates los amarillos encajes de Bruselas y Venecia.

Abriendo los estantes de caoba de la biblioteca abandonada se inundaba de olores de alcanfor el aire, mientras él se extasiaba largamente leyendo en las cubiertas de piel títulos que le hacían recordar sus primeras inquietudes espirituales y sus primeros asombros incomprensivos.

Salieron después de las cajas empolvadas, los retratos. La tía Asunción con su traje opulento y las perlas gruesas del collar casi legendario. Su madre, con la cintura apretada y sofocante y un peinado monumental. Su padre, retratado en el París todavía un poco romántico de 1880 y nuevamente en 1899, con

la guerrera mambisa y el revólver preso al cuello por un cordón de cuero. Después, otros retratos más. Charreteras, espadines, cruces y bandas, vagas miradas y gestos ambiguos de gentes anónimas que él no recordaba, recuerdos ajenos que nada le decían.

En uno de sus registros encontró una fotografía amarillenta, en el ingenio de Cisneros. Adriana, de dos años, aparecía a caballo en aquel potro trinitario en que él corría por entre los cañaverales y que sujetaba en la fotografía con un gesto satisfecho de protector con sus catorce años espigados. Más adelante, una instantánea, casi reciente, lo mostraba con Lucrecia, de novios, sentados ambos sobre un muro tras el cual se erguían unas olvidadas palmeras. Separó las dos cartulinas. Guardó la de Lucrecia en un libro y se echó en el bolsillo la otra.

Se torturaba con un dolor íntimo que tenía cierta voluptuosidad, hundiéndose en aquellas habitaciones que ahora no tenían dueño. Le acosaba una extraña nostalgia, que no era la nostalgia de su pasado, sino del pasado de los otros. Evocaba sus grandes héroes. Tenía una copia del monumento que Venecia levantó a Dante Colleoni, su *condottiero* epónimo y mientras acariciaba el oscuro bronce detallado a cincel, se sumergía en el tiempo remoto y espléndido que hubiera querido para sí. Veía las llanuras lombardas y el véneto cruzados por sus héroes bravios y sensuales, dramáticos y perdidos como un soplo de leyenda y sentía la grandeza de César Borgia con el cabello rojizo y encendidos los ojos azules bombardeando en su rabia, preso y perdido, las olas mediterráneas.

Tenía alma de decadencia y se empapaba en añoranzas, nostálgico de los días en que el mundo cansado y triste se dejaba arrastrar hacia la liquidación y percibía, además, vagamente, que él era también un hombre de liquidaciones y de agotamientos, fin de raza como sus hermanos del mundo clásico quemado en las plazas renacentistas.

Pasaba horas así, silencioso como una sombra, hasta que sentía la urgente necesidad del aire y de la luz. Se iba entonces en busca de sus primas, al Club o a casa de Cisneros. Al lado de Adriana solía encontrar el bálsamo a sus tormentas escondidas, que nadie lograba descubrir. Hablaba allí de los temas inagotables de la infancia, de los amigos muertos, de los parientes perdidos. María Dolores le recordaba sus picardías de muchacho precoz y sus primeras aventuras sin malicia. Junto a Adriana ojeaba álbumes antiguos cubiertos de conchaperla, con iniciales de oro verde en las tapas, leía libros nuevos que le traían sensaciones del lejano París o pasaba sus largos ocios oyéndola al piano melodías criollas, nuevas para él y de todos en la casa olvidadas.

Poco a poco, Adriana iba cediendo a su pertinaz rondar, creyendo en su amor, aceptando la posibilidad de su matrimonio. Como sólo veía de tarde en tarde y siempre a ocultas, a Lucrecia, ya los celos no intrigaban en su contra. Iba siempre con Adriana a las carreras, se les veía de brazo en la terraza del *Jockey Club* y de compañeros en las comidas. Sólo María Dolores dilataba con sus consejos el compromiso, siempre temerosa de la inconstancia de Marcelo, aunque complacida de la posibilidad de aquella unión de familia que venía precedida por el trato íntimo de tres generaciones, unidas por lazos de afecto, confundidas casi con anhelos y empeños comunes.

A veces, Marcelo experimentaba remordimientos cuando al lado de Adriana, en el saloncillo pintado de azul y oro, oía a la chiquilla tejer sus proyectos, confiada en su amor, segura ya de su inquebrantable unión. Le pasaba pronto, sin embargo. Primero estaba vivir, que es el deber supremo del que existe y para vivir, para sentir la vida, él necesitaba del tibio cariño sereno de Adriana y de la convulsión sensual de Lucrecia. Volvía a sus antiguos credos materialistas y adaptaba la moral a la vida, rebelde a someter su existir a lo que en otros tiempos creía una moral

inferior de hombre perdido.

—Sigues siendo el de siempre—le había descubierto Asunción a la cual solía confiar parte de sus desazones y de sus inquietudes—pero no te reprocho. Vive con tu época y no te empeñes en mejorarla. El hoy no es, ni mejor ni peor, que el ayer, es distinto nada más. .

Lo iba comprendiendo así, aunque de tarde en tarde, le causaba cierta turbación el darse cuenta de que todo aquel buen propósito de unos meses antes se había esfumado sin lucha. Algo, sin embargo, persistía con Adriana.

La amaba por suave, por blanca, por dulce, Amaba el reposo de sus ojos tranquilos, la armonía de su voz, el perfume de su cuerpo fresco y la caricia leve, casi inmaterial de sus manos. Era toda ella como una sensación de paz y silencio, grata para el regresar de sus tormentas. La veía con los ojos dilatados de asombro ir entrando en aquel mundo, nuevo para ella, desconcertada por el espectáculo circundante, oyendo cosas que solo a medias comprendía y observando con alarma como aquel mundo enfermo vivía en estado de pecado mortal.

—Sólo a tu lado me encuentro bien—le confesaba una tarde—tranquila y dueña de mí misma. A tu lado me envuelve una sana confianza y me creo más segura ¡te quiero tanto! Además, me aburren todas estas muchachas perpetuamente en guardia para la frase maliciosa, atentas al placer, ajenas a sí mismas, viviendo una farsa que se prolonga siempre. . . ¿sabes? Me aburren esos hombres que las acompañan y que las tratan con brusquedad, que las abrazan en público, que les dicen al oído palabras picantes y las emborrachan y les echan como una afrenta el humo en la cara. No hablan más que de pesquerías, de remos, de bailes. . . Ni beber saben, aunque se embriagan todos los días. ¿A ti no te aburren tus primas, siempre medio desnudas, cambiando de novio cada semana? ¿No te aburren, dime, todas las de-

más, con sus alardes de independencia, fumando a toda hora, bebiendo toda la noche y alardeando de saberlo todo?

No le aburrían, pero se guardó de confesarlo. Por el contrario, le resultaban excitantes, sabrosas y divertidas. Ellas también le habían preguntado si no se aburría con Adriana, con sus mojigaterías y sus antigüedades. Planeaban con él fugas audaces, llenas de malicia, llevando a Lucrecia como *chaperon*, amparando el adulterio en ciernes como quien desbroza un camino que recorrerá alguna vez. Se iban en escapadas fáciles a los cafés mediocres para repartirse en los reservados, encubiertas en el pecado por el pretexto de ir de tiendas con Lucrecia o al cinematógrafo o a un concierto.

Viviendo cerca de ellas, Marcelo se había explicado la razón de que una sociedad de poca cultura, pudiera mantener tantas exposiciones, tantas salas de concierto y tantas funciones benéficas. El doctor Maret razonaba explicando el caso con sorna.

—Si se pudiera realizar una estadística entre las mujeres que dicen en su casa que han ido a un concierto, a una conferencia o a una exposición y las que después se ven en la sala, encontraríamos que un enorme porcentaje se ha quedado misteriosamente perdido en el camino.

Una de las que salía de su casa para el concierto, la exposición o la conferencia, era Lucrecia. Marcelo se reunía con ella en el vestíbulo de algún cine elegante o a la puerta de un restaurant discreto con entrada a los reservados. Solían a veces verse allí, a solas, apurando unos *cocktailes* con más apariencia de amigos que de amantes. Seguían, en tanto, alargando el final de aquel flirt que se les iba adentrando en el alma y él gozaba sintiendo la tentación de la mujer ya casi entregada y a veces, cuando le tomaba la mano, con los ojos brillantados de deseo.

Insistía en verla una tarde en su casa y envolvía

su deseo misterioso con bellas frases llenas de un ritmo adormecedor para Lucrecia.

—Poseerte a tí no es poseer una mujer bonita, sino poseer el pasado, beberlo, embriagarse de él. Lo más bello de la plenitud es evocar la iniciación y tu serás para mí todo un mundo perdido cuando te tenga entre mis cosas familiares. Te amaré así, plena, como te hubiera amado antes, como te ví en mis sueños de estudiante que me acompañaron de hombre.

—Ultrajaremos el sueño—argumentaba ella, resistiendo todavía.—Si me quieres, respétame y deja las cosas correr. Todo llegará algún día, además ¿no sabes que la realidad suele ser la losa que cae sobre los sueños?

Pero el deseo acosaba y la aventura se prolongaba demasiado en sus escamoteos, en sus cesiones y en sus esquiveces. Apretó más el cerco una tarde que se encontraba a solas con ella en un oculto restaurant confidencial y caluroso. Estaba soberbia de belleza aquel día, con los finos brazos de marfil antiguo relumbrantes de pulseras de fantasía y grandes pendientes de falsa pedrería en las orejas menudas que apuntaban entre los rizos oscuros.

La besó casi por sorpresa arrancando un grito ligero a su alarma quizá simulada y sintió un nuevo deleite al estrecharla en aquel largo primer beso en que ella se agitaba con voluptuosidad sin disimulos y en que sus pulseras y sus aretes sonaban como diminutos cascabeles. Cuando se separaron con lentitud, convencidos de que lo irremediable había llegado, hicieron caer en su turbación, sobre la mesa, las copas vacías.

—¿Irás a casa la próxima semana?

La palabra de Marcelo tenía una sofocada ansiedad que ella calmó. Iría. Después, pidió el sombrero y la bolsa.

—No me mires pintarme los labios—reclamó haciendo la petición con un gesto un poco infantil—me da vergüenza.

La dejó frente al espejo y salió al pasillo. A la vuelta, ya Lucrecia se había marchado por la otra puerta, dejándolo un poco dudoso. ¿Cumpliría lo prometido? ¿Iría?

Por la noche, antes de salir para casa de Adriana, la llamó por teléfono y ella le ratificó la promesa.

—Prométeme portarte bien—demandó como quien insinúa un pacto.

—Siempre me porté bien contigo. Serás sagrada y me haré la ilusión de que eres solo una imagen que me devuelven los empañados espejos. ¿Quieres que te prometa no darte ni un beso?

No exigió tanto. Si pedía todo aquello era para tranquilizar su conciencia. Es una fórmula que para dormir tranquilas suelen emplear las mujeres que acuden por primera vez a una cita.

## VII

**S**E le había entregado fácilmente, con una facilidad que le daba la impresión de que aquella mujer era suya desde siempre. Había, al fin, cedido a lo que llamaba su capricho de verla en su propia casa, entre los tapices familiares, en la salita Luis XV cuyos pocos muebles tapizados de gris habían visto sus primeros amores.

Estaban citados a las tres. Por vez primera en muchos años, los grandes jarrones de Sevres, decorados con miniaturas y lises de oro sobre azur firmadas por Bachellier, aparecían con flores y la casa oscura y fría se inundaba de aromas. Sobre la pequeña consola de mármol rosa, Marcelo prendió un pebetero con perfumes de Oriente, olvidados desde París en sus maletas de soltero. La proximidad de la mujer deseada tantos años, parecía dar brillo a los opacos espejos y al onix de las mesas. Hasta el esmalte de la figurillas de *Limogges* de la vitrina se veían avivados. Rechinaron al abrirse las ventanas hinchadas de inactividad y rayos de luz dibujaron fantasías en las alfombras y aclararon el tejido suave de los tapices.

El viejo Lorenzo iba y venía en un desacostumbrado trajín, cuidando de los granos de polvo olvidados, sobando los muebles que relucían, abriéndolos los bronceos y los canelones de bacarat de las lámparas. Hacía años que todo estaba hundido en la penumbra y por vez primera desde la muerte de la dueña de la casa, aquella severa señora María Julia, or-

gullosa y amarilla como sus pergaminos familiares, el aire y la luz entraban a chorro pleno por las ventanas para arrastrar la humedad del tiempo que se había posado como un ave nocturna sobre los bronce, los cristales, las porcelanas y los oros.

Marcelo iba de una a otra habitación revisando el trabajo. Estaba alegre y comunicativo como si tornara a sus tiempos de arriscadas empresas juveniles. Se detenía frente a los viejos óleos patricios con la mirada grave bajo el pelo pastoso y sus trajes oscuros. Observaba como cosas nuevas, los tapices que le recordaban días lejanos de incomprensión y asombro frente a las figuras de sombrero de pluma, calzón corto, larga librea y enjaezados caballos, pulidos como si fueran de juguete.

Una vez había soñado que aquel jinete señorial que seguía la jauría inquieta, salía vivo del tapiz para invitarlo a correr por el bosque esfumado por entre el cual serpenteaba un río de aguas claras en que un ciervo exótico parecía acosado. Los colores pálidos se habían ido lamiendo o quizá era el brillo de los ojos amortiguados por el tiempo corrido. Recordaba aquel sueño lejano de su inquieta infancia, cuando los hombres y las bestias de los tapices vivían para él confusas historias y aquel marqués empelucado y cazador se le parecía a *Mambrú* yendo a la guerra. Cerca del tapiz, en un marco menudo y brillante con fondo azul pastel, descubrió, en la consola, un retrato olvidado de Lucrecia. Aquella cara ingenua y aquella boca sin malicia, recordándole su otro sueño, lo pusieron frente a la nueva realidad.

Lucrecia debía tener por entonces diez y ocho años. Eran los días del noviazgo y ella había dedicado el retrato a su madre. ¡Diez años! Marcelo sintió sobre el corazón un vaho extraño. ¡Diez años! ¡Toda una vida! Se hundió en el recuerdo teñido de melancolía como si le remordiera la conciencia aquel retrato de la chiquilla que evocaba en él tantas cosas puras. Tantos cosas puras que unos minutos después, como

cuando de niño deshacía los juguetes para ver cómo funcionaban, iba tal vez a destrozar con sus manos crueles. Creyó ver desde el fondo de un óleo amortiguado, los ojos de su madre reprochándole el pecado de la casa burlada y de los salones mancillados por la aventura.

¿Pasado? ¿Presente? Se le presentaban cuidadosamente divididos, con límites bruscos, con precisión en los términos. El pasado era aquello, puro, inmaculado y honesto. Pero ¿había sido suyo alguna vez todo aquello? De niño pasaba temeroso, casi resbalando sobre las alfombras, siempre turbado por el miedo de derribar un florero o astillar una figura. De hombre ya, había vivido escasamente en aquel ambiente. Pasaba semanas enteras sin cruzar por las salas, desdeñoso de aquel silencio oscuro que por las tardes, una vez a la semana, rompían graves señoras que charlaban de cosas que a él no le interesaban y llevaban el abanico atado al cuello con largas cadenas de oro.

Le era un poco más familiar el salón Luis XV, al principio del amplio hall, cerca de la puerta. Allí, en sus años de estudiante, se sentaba en la tarde o en la noche con Lucrecia, siempre vigilado de lejos por su madre. ¡Cuánto sueño de amor un poco infantil todavía, preso en aquellas paredes! Pero los había copiado solo el espejo de gran marco dorado y habían pasado por su alma como por la luna sin dejar huella, ni luz.

Miró el reloj. Tres menos cuarto. Recomendó a Lorenzo que abriera la puerta lateral que daba sobre el jardín.

—Cuando suene el timbre no abras—instruyó al mayordomo—déjame a mí y tú, vete al fondo. Ya te llamaré si te necesito.

El sirviente hizo una inclinación y salió dejando sonar en el piso de mármol sus zapatos blancos. Comprendía. Se fué mirando con los ojos tristes todas aquellas cosas que habían sido sagradas, sin atreverse

a un reproche pero presintiendo que algo grave iba a ocurrir. Llevaba en la casa más de treinta años y había visto a Marcelo nacer. Pensó en la grave señora María Julia, orgullosa y recta y en el viejo y noble Don Luis de Pimentel a quien vió regresar de la guerra con la fusta en la mano y al cinto el machete libertador. El sentía también, el pasado en toda la plenitud de sus melancólicas evocaciones.

Pasaba por el salón en que se abría la doble escalera cuando sonó el teléfono. Era Adriana llamando a Marcelo.

—Dile que acabo de salir con *Peter*;—y agregó indiferente—que no vendré hasta tarde y que pasaré a buscarla a las ocho y media.

Lorenzo explicó a la señorita Adriana que el caballero había salido de pesquería. Después, cerró cuidadosamente la puerta y bajó al jardín a cortar flores para el comedor desierto y en sombras.

Lucrecia llegó puntual y sonriente. Se expandía por la casa en silencio la última campanada del reloj lleno de ecos históricos, cuando el timbre sonó imperioso, agitado con cierto nerviosismo. Entró desenvuelta, mostrando al sonreír los dientes perfectos y un poco sofocada. Marcelo la ayudó a despojarse de la piel perfumada y suave en que prendía una flor blanca, recogió sus guantes y lo depositó todo, suavemente, sin prisa, con parsimonia, en una mesa.

Quedaron frente a frente, solos en la casa vacía, sin saber qué decir. Le tomó la mano con delicadeza, imprimiendo un beso largo y ardiente en la piel suave y pulida.

—¿Ves como vine?—interrogó Lucrecia sonriéndole un poco tímida todavía.

Se acercó más a ella, que le puso en el pecho la mano ensortijada con piedras menos brillantes que sus uñas rojas de esmalte. Suavemente, cerrando los ojos, la tomó por la cintura y acercó su boca seca de impaciencia y de espera, a la boca encendida y roja. Se fundieron el uno en el otro, en silencio, sin más

ruido que el de la respiración jadeante y el leve chasquido de los labios al unirse.

Al separarse, rojos ambos y ambos con la respiración acelerada, él la tomó las manos haciéndola entrar en el salón. Lucrecia temblaba un poco, sin saber qué decir, paseando los ojos brillantes que el *rimmel* hacía más hondos y oscuros, por aquellas paredes que un día pensó haber abandonado para siempre. La asaltaban en cada pieza, los recuerdos dormidos y los familiares detalles olvidados. En silencio iba tocando las mesas frías y mirándose en los espejos que no devolvían ya la figurita delicada de antaño. A su lado, Marcelo se iba bebiendo la emoción de aquel regreso y el cristalizar de aquel sueño remoto. Se lo dijo y ella le clavó en los ojos la mirada perdida de vaguedad como si saliera del fondo de un éxtasis. Dejándose caer en el sofá quedó absorta, con la vista en la alfombra, olvidada de sí misma, de Marcelo y de todo. Cuando levantó los ojos para fijarlos en el amante, mientras pasaba suavemente la mano por el rostro que habían curtido los aires de la montaña y del mar, tenía dos lágrimas presas en las pupilas.

Marcelo comprendía todo aquello y sin embargo, le aburría un poco. Demasiado cauto para romper con brusquedad el encanto, aguardaba en silencio. Hubiera preferido abreviar la escena y tener a su amante en los brazos para sentir la embriaguez de su perfume y quemarse en el fuego de su carne. Le sorprendió en la escena inesperada el comenzar a descubrir en Lucrecia, no sin turbación, algo que no había presentido.

No era la amante vulgar que la aventura echaba a sus brazos de vividor. No era la amante sin nombre que venía a ofrecérsele desvaidamente, por deseo, por interés o por amor. Era algo único, antiguo, y personal, algo así como un sueño que madurara en realidad y quería agotar hasta lo último aquella emoción nueva para su vida.

Por primera vez sintió, como un latigazo, los celos. Quizá aquella escena no era la primera, ni era él el iniciador, ni el primer amante. Quiso, entonces, envolver en indiferencia su remoto dolor. Tomó la cara de Lucrecia dulcemente, con fuerza y le apresó las mejillas entre las manos para darle otro beso. Se sintió rechazado y comprendió que había dado un paso en falso. Le habló.

—¿Qué te pasa? ¿Te pesa haber venido?

Le pesaba y se lo dijo con dura sinceridad. Tenía sed y cuando Marcelo regresó con el vaso de agua, la encontró llorando con la cabeza entre las manos, acodada en las rodillas.

—No quería venir y he venido por complacerte. Yo sabía que esto necesariamente, habría de ocurrir. Hombre al fin, no tuviste piedad y quisiste deshacer mi sueño, el único gran sueño inmaculado, el primero además, de mi triste vivir. Te empeñaste en ponerme frente al pasado en un desafío absurdo, loco y cruel, para que sintiera todo lo que ha corrido resbalando sobre mi alma y sentada aquí, a tu lado, como hace muchos años, me viera como soy y como fui ayer.

Hablaba monótonamente, sin levantar los ojos, sin alzar la cabeza atormentada. Sobre Marcelo caían las palabras pesadas, martillando la aventura. Descubría otra vez en ella el alma simple de la novia y se sintió culpable de su dolor.

—Mi amor es el mismo, te quiero como entonces, como te he querido siempre—le dijo poniendo en su voz un temblor de convicción y apasionamiento mitad sincero y mitad estudiado

—¡Mentira!—le interrumpió Lucrecia—ni me quieres ni me quisiste. Soy para tí una aventura grata y una experiencia. Necesitabas al volver con el cansancio de tu vida, este motivo nuevo y esta aventura única que solo yo podía ofrecerte. Bien, aquí me tienes. .

—¿No has querido a nadie, verdad?

—No, a nadie después de tí. Tú sabes mi historia, una historia simple y sencilla de mujer honrada.

Guardó silencio y le clavó los ojos húmedos todavía, en la frente pensativa. Marcelo encendió un cigarro y cruzó las manos sobre la rodilla. ¿Y Morales? No le hizo la pregunta que le quemaba los labios, pero ella la presintió.

—Seguramente . . . te habrán contado cosas falsas . . . Dime ¿las creíste?

El hizo un gesto vago y ambiguo, sin afirmar ni negar, para que continuara.

—Todo fué mentira, créelo . . . te lo juraré por las cosas para mí más sagradas. Yo sé lo que tú has pensado ¡sí conozco la historia! . . . Aquí vivimos así, de cuentos, de chismes, de envidias. Por todo eso, porque alguien quiso hacerme un mal, he sentido el dolor de la calumnia y he estado a punto de ser una perdida por esa historia, inventada, repito, quien sabe por quién y que sé yo recogida por cuantos, para desgarrarme la vida . . . Ahora comprendo que hice mal en entregarme a tí y en no resistir tu asalto.

—No hay asalto en mi cariño.

—Lo hay siempre en el hombre que busca a una mujer. Tú me asaltastes valiéndote del pasado, haciendo renacer en mí la ilusión que estaba dormida, alentándome a restaurar un sueño interrumpido por la realidad. Te habían contado, seguramente . . . no, no lo niegues ¡sí tenía que ser! aquella historia absurda, falsa y cruel y te creíste con derecho a pedir tu parte en el botín. Para los hombres, una mujer que cae o creen que ha caído por primera vez, es eso, un botín y se lanzan sobre ella ferozmente, a dentelladas disputándose los girones de un alma que ni aprecian, ni estiman, ni buscan. ¿Qué importa a los hombres si la mujer cayó por amor, por hambre o

por hastío? Si lo preguntan, si tratan de saberlo, es para descubrir la brecha más fácil y el camino más rápido, nada más.

Siguió hablando encendida, ya sin llorar, poseída de una luz interior que la embellecía. Tenía algo mítico en su rebeldía como si por su boca hablaran todas las mujeres calumniadas y todas las mujeres perdidas. Marcelo la escuchaba sintiendo un renacer de credos en el alma y percibiendo la sinceridad en su voz opacada por la tristeza.

¿Sería verdad? Sabía bien como entre los suyos se suele jugar con el honor de una mujer. Cedía a la confesión. Iba a decirle que la creía, cuando le asaltó otra vez la duda inquietante. Se había entregado demasiado fácilmente para ser novicia en el pecado.

—Porque para mí el amor seguiste siendo tú a través del tiempo, de la vida y de las ásperas realidades que me circundaban. Te quise siempre y he llorado tu ausencia a través de mi parca felicidad. Mira—extrajo del pecho un relicario de esmalte y oro en cuyo interior había un retrato de Marcelo, amarillo por el tiempo y ligeramente confuso.—Lo he llevado siempre a mi lado. Cuando antes de comprometerme devolví a tu madre todos los recuerdos tuyos que tenía, cartas y retratos, libros y estuches, guardé éste, sin confesárselo a nadie. Hace ya seis años y creía que no volverías más nunca a cruzarte en mi camino. . . . Ya ves—agregó con un tono resignado y dulce—no fué así. ¿Mejor? ¿Peor? ¡Qué sé yo! La vida es una cosa rara ¿verdad? En este encuentro nuestro hay algo de novela, no sé si de novela un poco ñoña. . . un poco cursi, quizá. Hay vidas predestinadas, como la tuya, que tiene una estrella feliz. . . .

No podía hablar más. Temblaba toda como agitada de un presentimiento. Bebió un poco de agua, enjugó sus lágrimas y se puso en pié, sin que Marcelo se moviera del sitio.

—Ahora me voy y esta vez sí será para siempre.

El seguía sentado, perdido el dominio de sí mismo, con una serenidad falsa que negaba el ligero temblor de las manos. Una vez más se analizaba, atomizando su emoción y sometiendo a torturas su espíritu, queriendo definirse el complejo motivo que lo agitaba. ¿La amaba? ¿La deseaba? Sentía cerca a la amante, con su carne perfumada y tibia, su boca carnosa, el cuerpo macizo y flexible. ¿Dejarla ir, así, en el último momento? La deseaba más que nunca, por lujuria o por amor, no sabía, pero cada vez era más recio el deseo asomándole a los ojos y haciéndole morderse los labios.

—No, no te vas. Siéntate aquí, a mi lado.

La echó los brazos por el cuello y la besó en las mejillas encendidas y en los ojos húmedos todavía, mientras acariciaba suavemente los brazos desnudos. Quedaron silenciosos, con las caras juntas, sin mirarse, confundiendo el ritmo de su respiración anhelante. Al fondo de la casa, el reloj dejó caer una campanada un poco lúgubre que los hizo estremecer.

Siguieron así. Marcelo sentía un fluir de emociones extrañas. La amaba acaso. Se sentía bien a su lado, confundándose un poco con ella. La emoción sensual fué cediendo a un anhelo de reposo y de silencio. Lucrecia había sido de pronto la revelación. Adriana ¿era el amor? Tal vez. De todos modos, un amor un poco inventado, aplicado a ella como pudo haberlo aplicado a otra. Había ido a ella por fácil y porque al estar a su vera sentía que lo amaba con una ternura hecha de delicadezas y suavidades.

Pensaba en todo eso, teniendo a Lucrecia casi caída sobre él, con sus manos en las rodillas, percibiendo cerca de su boca la carne y en su pecho el peso del cuerpo de ella. Sentía el roce de sus senos duros y pequeños y el contacto de sus muslos torneados, contemplándola a la luz mortecina de la tarde que moría, bella y tranquila como una angustia derrotada.

Se fué haciendo de noche y en el saloncillo el silencio seguía temblando en las sombras. Ya casi a oscuras, le tomó la boca y le incrustó un beso goloso y desesperado que la hizo estremecer y cerrar los ojos.

Cuando Lucrecia salió, sonriente y triunfal, dejando en los muebles el aroma de sus carnes perfumadas y en las alfombras un reguero de horquillas, el reloj daba las siete y media con el mismo son grave que la Abadía de Westminster riega cada hora en las nieblas de Londres.

## VIII

**D**ESPUES de estrechar largamente y depositar un beso en la mano de Lucrecia, mientras sacudía el polvo que blanqueaba en la solapa, Marcelo reclamó la presencia de Lorenzo. Por primera vez debía aquella noche aparecer oficialmente como novio de Adriana en la comida que ofrecía la Marquesa de San Julián del Valle.

Subió a su habitación silbando un airecillo de fox pegajoso que se oía en todas partes y comenzó a revisar la ropa que el mayordomo había ido colocando sobre la cama. Acarició con emoción la solapa de raso del frac, en cuyo cuello lucía una etiqueta amarilla con la firma en negro de *Syder London*, reafirmó la perla en la pechera almidonada y doblaba en cuatro el pañuelo que iba a hundir en el bolsillo cuando lo distrajo la presencia de *Peter* que entró en la habitación con un sople de aire frío aromado de jardín.

—¿Y Maret?

—Está descorchando una botella de tu querido Oporto mientras explica a Lorenzo los males del alcohol y hace un elogio de la sobriedad. Dice que bebe hoy para olvidar que tiene que ayudar a Josefa Olivera ¡oh perdón!—rectificó con tono burlesco— a la Marquesa de San Julián a presidir la mesa esta noche en su casa. Oye, aquí entre nosotros, me está pareciendo que el doctor no anda bien de la cabeza. . .

¿No le encuentras algo extraño? Se le está aguzando el cinismo con los años y suelta cada verdad que crispa. Hasta vegetariano creo que se está volviendo.

Lo interrumpió la llegada de Maret, sonriente, con los ojos burlones detrás de las gafas y en la solapa una gardenia, haciendo una larga reverencia exagerada, con la copa en alto.

—¡A la salud del Arcipreste, cantor de las buenas mozas y el "bon vino". Oye, está tentador este Oportó que te trajiste con gusto de buen catador—rió y engargantó la copa lentamente, chasqueando la lengua complacido.— Es legítimo y seguro que de la cosecha del veintisiete. A la verdad, no lo tomó nunca así el Excelentísimo Señor Marqués de San Julián del Valle, que bebía nada más que ginebra compuesta de esas que toman los carreteros. ¡Claro, como que se aficionó a ella cuando era mozo en los almacenes del ingenio "Lucero"! Era un buenazo aquel Servando ¿tú no te acuerdas de él?

Marcelo conocía la historia del marquesado y recordaba la figura recortada, sudorosa, tosca y bonachona de aquel Marqués un poco de opereta mal montada. En verano, mientras los sirvientes sudaban bajo las libreas, solía sentarse en el portal despojándose de la americana a tomar el fresco. Tenía una querida mestiza, exhuberante y risueña, con la cual Marcelo más de una vez, de estudiante, había frecuentado las diversiones nocturnas de Marianao. Aunque todos conocían la historia, Maret animado por el vinillo ligero y dulce, se empeñó en narrarla.

—Yo conocí a Pepilla de soltera, viviendo con sus padres en el Prado. Era una muchacha un poco ligera para aquella época, que se sentaba en el portal a leer folletines cruzando las piernas para que la viéramos el padre de *Peter*, Gustavo Calderón, mi hermano Fernando y yo, que paseábamos guiando el coche de Calderón, uno de los lujos de la época.

Pepilla se casó con Matalobos unos años después, cuando ya él era Don Servando y tenía en la mano regordeta y callosa, un brillante caro y cursi engarzado en un sortijón de oro. Con el dinero hecho un poco oscuramente antes de la guerra del 95 y

que aumentó después vendiendo a las tropas españolas garbanzos en mal estado y tocino descompuesto, compró el ingenio "Lucero" al que había llegado de rapaz, con una carta de recomendación para su tío, dueño de la bodega y contratista de unos desmontes en los que empezó a trabajar Servandito. Después, se hizo millonario con los buenos precios del azúcar. El y Pepilla se empeñaron en ser marqueses. Le costó a Don Servando doscientos mil pesos el bordarse la corona en las sábanas, pero lo consiguió antes de ir a Paris para mandarse a decorar con las armas de San Julián del Valle las camisas, los pañuelos y la vajilla. Además, se compró un bastón con puño de carey y le incrustó en oro una enorme J rematada por la corona. Contrató un mayordomo francés. ¿Tú conoces la historia del mayordomo? Figúrate, que a los pocos meses lo reembarcó, asegurando, que el hombre no sabía servir y que se equivocaba continuamente, cuando lo cierto fué que el equivocado siempre era él y su ineptitud la que provocaba la confusión.

Todo aquello obligaba a Servando a ser generoso. No hubo suscripción o colecta en las sociedades españolas a la que no contribuyera, siempre encabezando la lista. A los cubanos no les dió nunca nada y los cubanos se vengaron de él llamándole siempre Don Servando, que es nombre de portero. No fué un hombre malo y Pepilla lo quiso bastante.

—¿Bastante?—inquirió *Peter*—¿Qué llama usted bastante?

—Hombre, lo suficiente para hacerle un gran panteón con corona y una inscripción en latín que ella no entiende y que él no hubiera podido descifrar. Pero se quedó satisfecha porque gastó quince mil pesos en mármoles grises y en bronces amarillos que vinieron de Italia. Después que lo enterró bajo un sudario lujoso, en una caja de bronce, vivió feliz de ser Marquesa viuda, sin temor a que el Marqués arrancara la hilaridad de los invitados explicándoles el

precio de cada vino que les servía, importados para él, con su título fresco en las botellas venerables. Oye, te juro que daba pena ver aquel letrero rojo en las etiquetas manchadas, húmedas y amarillentas que anunciaban la antigüedad de aquellos *chateaux* y aquellos caldos de Borgoña que eran como crema. Pero a Servando no le importaba. El quería que se supiera que los compraba directamente en París y los pagaba caros. Juzgaba los vinos por el precio y en el fondo, nada le era tan grato como un bacalao con vino navarro comprado en la bodega.

Maret se reía del pobre marqués difunto a quien a través de los años, había ridiculizado, atribuyéndole historias inverosímiles para hacer reír, popularizadas en los salones y que trascendieron al público. Olvidadas desde tiempo atrás, aquella tarde las renovaba.

—Yo soy la revancha de la vieja sociedad cubana —explicaba alzando la voz bien timbrada.—Estos tipos vienen aquí arrastrando alpargatas, con pantalón de pana, analfabetos e hirsutos y hacen el dinero a costa nuestra para después herirnos con su lujo chocarrero y sus alardes de nuevos ricos. Servando Matalobos, que se hizo millonario en Cuba, dió cientos de miles de pesos convertidos en millones de pesetas, para obras benéficas en España y para que allí le dieran un título. ¡La Patria!, bien la Patria es la patria, pero ¡qué diablos!—gesticulaba con una ira falsa, golpeándose los muslos—también allí donde nos hacemos ricos y donde somos señores, algo debe dejarse. Aunque sea por cortesía.

Se había ido poniendo serio y sus palabras restallaban como un látigo sobre la memoria del bueno de Don Servando, hecho marqués por S. M. C. Hablaba gesticulando, un poco beodo.

—La aristocracia no se compra y el frac hay que comenzar a ponérselo desde temprano para que no moleste la cola y no se arrugue la pechera. El burgués no es ridículo sino cuando quiere dejar de

serlo. El señorío no lo da un Rey díscolo o avaro, sino los antepasados.

—Pero usted va a las comidas de Pepilla y se bebe los vinos de las bodegas de Don Servando—comentó *Peter* con sorna.

—Ya te ha dicho que es la revancha sagrada—interrumpió Marcelo al tiempo que extraía la corbata de la cómoda.—Maret es la justicia y se bebe los vinos y sabe lo que bebe. ¿No es eso, doctorcito? Son cerca de las ocho y media. Tenga cuidado no quede mal y llegue tarde.

—¡Que me esperen! Bastante hago con ir. A ver, Lorenzo, sírveme aquí un trago de vino. Se me ha secado la boca, total ¿para qué? ¡Buenos están ustedes también! . . . No uno, cien como Servando, cien marqueses más, debían haber sido creados. Después de todo ¿de quién sino de ustedes es la culpa? A ver tú—dijo dirigiéndose a Marcelo—¿no dejaste que otros vinieran a ocupar el sitio a que tú tenías derecho? Este con sus deportes y tu con tus viajes y el otro con su mala cabeza y el de más allá con su estupidez, sois los únicos culpables . . . ¡Sociedad! Buena está esta sociedad inventada por los cronistas y los jardines y los cabarets para atraer a los ingénuos . . . Bueno, me voy.

El reloj anunciaba las ocho y media. Maret y *Peter* se perdieron en la escalera mientras Marcelo terminaba de vestirse. Dió los últimos toques al traje, afirmó la caída del frac, palpó la petaca, recabó los fósforos y salió con premura.

Adriana lo aguardaba vestida de un suave tono rosa, ligeramente descotada, con los brazos desnudos y blanquísimos adornados en la muñeca por una pulsera de brillantes con eslabones de zafiros oscuros, que centelleaban menos que sus ojos. La encontró bonita y se lo dijo. Agradeció ella el elogio con una dulce sonrisa satisfecha de mujer enamorada y del *corsage* que él le había enviado por la tarde, arrancó una gardenia blanca como sus sueños y la prendió

en la *boutoniere* mientras a escondida y nerviosa, le rozaba la mejilla con un beso.

Los esperaba en el salón de la Marquesa una concurrencia heterogénea, elegante y confusa. Las grandes lunas venecianas de la sala copiaban la risa fresca de Lucila Ponce, coqueteando con su compañero, un joven cónsul sudamericano, el gesto grave y señorial de Maret, persiguiendo los ceniceros para dejar la ceniza de su *petit-cetro*, la solapa encintada del Marqués de San Luis, Secretario de la Embajada de España, la cabellera dorada de la joven marquesita su esposa, la flexible silueta, casi toda en carne desnuda y rosada, de Margarita Pimentel y el porte moderno, desenvuelto y lleno de desenfado, de su hermana Georgina.

La Marquesa de San Julián del Valle vestida con un traje de terciopelo azul, enjoyada, regordeta y lenta, hacía centellear su sonrisa y sus sortijas a la luz de la gran lámpara, apoyando ligeramente la mano en una mesa, en forma tal, que el enorme solitario fuera herido noblemente por la luz. Se adornaba el pecho con una corona trabajada en brillantes y perlas, que con un lote de plata y encajes había comprado a una auténtica marquesa que arruinada liquidó su casa de Tulipán.

Fueron acomodándose las parejas. En la sala de música, primorosamente decorada al estilo Luis XVI, con un delicado óleo de María Antonieta y una primorosa figurilla de *Capo-di-montti* representando a la princesa de Lamballe, la Marquesa había colocado un radio enorme y costoso, con caja de caoba cuyas talladuras renacentistas hirieron el gusto afinado de Marcelo, que tomó del brazo a su novia y la condujo otra vez a la sala, en donde las señoras habían formado la tertulia rodeando a la Marquesa. María Dolores no separaba los impertinentes de un abaniquero que encerraba un primoroso abanico en oro y carey, con el paisaje representando las bodas de Luis XV.

—Es un auténtico Velázquez—explicó la Mar-

quesa—que me regaló Servando en París, comprado por una bagatela.

A Marcelo le dieron unos furiosos deseos de gritar que era imposible y que jamás Velázquez pintó al rey galante de Versailles, pero se contuvo, conformándose con explicarlo en voz baja a su novia, para que no lo repitiera. La condujo hasta un sofá, cerca del ventanal y allí quedaron aislados, estrechándose el uno contra el otro, hablando en voz baja, mientras él pasaba los dedos por el abanico con varillaje de plata cincelada por un anónimo artista mexicano. Burlonamente, señalando un cuadro al óleo que llenaba el panel y representaba un antepasado de Don Servando según Pepilla, Marcelo identificó a Fabricio Colonna, pintado por Bronzino y mal copiado por un italiano anónimo. Mentalmente había contado los presentes. Faltaba, sin duda, una pareja. La anunció unos segundos después el mayordomo a quien seguían el doctor Salazar y Lucrecia.

Marcelo sintió en su brazo la presión ligera y nerviosa de la mano de Adriana que temblaba. La miró a los ojos interrogantes y ansiosos, desvaidamente, como si no comprendiera.

—¿Qué te pasa?

No le respondió pero reveló en las pupilas una tristeza honda, profunda y aterrada como un presentimiento, todo un dolor íntimo y secreto que le pedía una palabra de amor para borrar la duda. Le inspiró una infinita piedad su desolación y trató de calmarla, dominando su propia sorpresa, serenando su gesto dubitativo. Pasó suavemente la mano por la muñeca de Adriana que lo oprimía, para comunicarle su confianza y su serenidad.

—¡Tonta!—díjole mirándole a los ojos que se alzaban en busca de los suyos—¿Qué tienes?

Lucrecia se acercaba a saludarlos, fría, indiferente, dueña de sí misma, con aplomo en la sonrisa. Marcelo vió el contraste de su figura llena de arrogancia dentro del traje blanco en cuya cadera restallaban,

como una herida, los claveles de una caprichosa *corbeille*, con la del marido cuadrado y tosco dentro del frac sin garbo.

Les tendió la mano natural, sin venderse, con femenino disimulo en los ojos aletargados todavía por la tarde consumida hasta el final. Nadie pudo presumir la intensidad del momento y todos los ojos habían mirado sin descubrir la turbación de los tres protagonistas de aquel episodio de salón.

Todos no. Marcelo sintió un gran descanso al ver que Maret se aproximaba. Para los ojos del profesor, la emoción fulminante había adquirido el sentido de un remoto presentimiento que lo llevó al lado de Adriana deseoso de arrancar una sonrisa al rostro inexpresivo, dando tiempo a que el Marqués de San Luis escoltara a Lucrecia hasta el otro extremo del salón.

Maret analizaba aquel paisaje complejo que se le había revelado. En los ojos ingenuos de Adriana veía temblar los celos remotos. En la mirada de Marcelo descubrió la sorpresa que se hacía sospecha en las pupilas de María Dolores, alejada del grupo. En Lucrecia pudo descubrir un alarde triunfal y disimulado, que le brillaba en las pupilas oscuras y profundas. Sabía cómo en la mirada se va escribiendo la vida sentimental de las mujeres y leía en ellas, con sus ojos de experto, las emociones más ocultas y las mas disimuladas intenciones.

Disipó el malestar la entrada de los sirvientes portando las bandejas que expandieron en la sala el perfume de caviar y de los *cocktailes*. Maret ofreció gallantemente a la Marquesa un *val-au-vant*.

—Toma *foigras* con preferencia al caviar,—le aconsejó, sonriendo, a la vez que entregaba a María Dolores la copa de *cocktail*.

—¿Y por qué?—inquirió la aludida.

—No es aperitivo propio para las viudas—explicó Maret sonriendo y depositando en la bandeja la copa vacía.

Todos, menos Adriana que no comprendió, sonrieron con picardía y siguieron bebiendo hasta que unos minutos después, ya excitada la conversación por las libaciones repetidas, pasaron a ocupar sus puestos en la mesa, que se presentó resplandeciente de cristal, encaje y plata, en mitad del comedor envuelto en una penumbra azul que apenas dejaban ver los suntuosos tapices de Gante.

La Marquesa de San Julián ofreció la derecha al Marqués de San Luis, cuya esposa se sentó al lado de Maret, a cuya izquierda estaba María Dolores. Junto a la viuda de Cisneros quedó Fernando Salazar. Adriana observó con espanto que disimuló arrugando el pañuelín de encaje, que junto a su novio quedaba Lucrecia. A Marcelo el detalle le produjo una sensación mezclada de desagrado y de íntimo deleite a la vez. Ayudó a su compañera a sentarse, calmamente, sin dejar traslucir la emoción que se iba apoderando de él. Después, se volvió a Lucrecia y le sonrió, para quedar tranquilo, bien situado, una vez más analizándose mientras hablaban los otros.

Toda su vida estaba allí, frente a los cristales de Murano y al mantel de encaje de Bruselas en cuyos extremos, en aplicaciones de fino Venecia, campeaban los tres pinos y el lobo rampante de San Julián del Valle. Tenía a un lado a Adriana, suave y dulce. Al otro, tentadora y provocativa, pimpante y sabrosa, Lucrecia, con el gran escote que dejaba ver los senos blandos y palpitantes y la desnuda espalda de estatua en la cual aún creía descubrir temblando como mariposas, los besos de la tarde pecadora.

Se hablaban con monosílabos, discretamente, disimulando ambos la turbación del inesperado encuentro. Más audaz, Lucrecia, de tarde en tarde, interrumpía su charla con el vecino para envolver en ella al amante, mientras Adriana, recatada, sencilla, con la voz más melodiosa y tierna que de costumbre, hablaba para él solo, abarcándolo con los ojos, sonriendo dulcemente y con temor. La mirada de Marcelo iba

alternativamente en fuga, resbalando por los corpiños y la nariz se le dilataba para aspirar el perfume fuerte y sensual de Lucrecia y el parco aromar de las carnes inéditas de Adriana.

Los vinos iban animando la conversación y dando audacia a los invitados, algunos de los cuales no la necesitaban. Después del Jerez caliente y aromático, Lucrecia aproximó su rodilla a la pierna de Marcelo y tras los Burdeos fríos y ligeramente dulces, se tocaron sus muslos. Se oía en tanto a Maret con su charla fácil, apoderarse de la atención de todos.

—Los antiguos flamencos estimaban que cuando alguien en una reunión se negaba a beber ¡y a beber como bebían aquellos súbditos de Maximiliano! denunciaba poca honradez, pues la bebida suelta la lengua y sólo teme hablar demasiado quien no piensa honradamente. No diré—señalaba el doctor—que los flamencos estuvieran en lo cierto pero es preciso convenir en que razonaban con lógica. Yo soy un hombre que no oculta lo que piensa.—Se bebió de un trago ambicioso y glotón toda la copa de *Chamberlín* que brilló con tonos rojizos a la media luz del comedor y continuó sus explicaciones saltando de un tema a otro, según era su costumbre.—La humanidad ha levantado monumentos a Napoleón, a César, a Cervantes, a Dante, a los grandes bandidos y a los grandes santos, a Colón y a Lutero, a ninguno de los cuales el hombre debe tantas satisfacciones como a Noé, el inventor del vino. Suprimido el vino ¿cuánto genio no quedaría en nada? El vino es la mitad del buen vivir.

—¿Y la otra mitad, doctor?—interrumpió María Dolores, sonriéndole.

—Las mujeres, señora . . . ¡Las mujeres! Bien sí, pero yo no concibo las mujeres sin el vino. Con ellas me ocurre como con el melocotón. Vea usted, a mí el melocotón me gusta, pero sí me lo dan con un buen vino tinto y azúcar, me gusta más. El libro sabio por excelencia es la Biblia ¿verdad? pues bien ¿cuántas

veces se habla en las escrituras del vino? Y jamás se habla mal.

Mientras escuchaba a Maret, Marcelo sentía que el calor de los vinos le iba penetrando dulcemente en la sangre y le parecía que las luces brillaban con menos intensidad. Sentía junto a su pierna, el muslo de Lucrecia y extendió el otro pie en busca de la pantorrilla de Adriana que la retiró sin volver los ojos, atendiendo a la conversación del cónsul que hacía reír a Lucilita.

—A mi la ópera que más me agrada es *Madame Butterfly* porque es la única en la que sale un cónsul a cantar. Mis simpatías son de colega.

Maret habló para bordar una frase mal intencionada.

—Posiblemente, son ustedes los dos únicos cónsules que se llevan bien.

—Y eso—apuntó Marcelo—porque el de la ópera no habla. Ensaye a quitarle la música.

Se siguió hablando de todo. De la luna que se descubría amarilla y redonda a través de una cortina, del vino, del amor, del *bridge* próximo, de los últimos escándalos sociales y del formidable pargo que Margarita y su novio lograron pescar el domingo anterior. Habían empleado toda la mañana en eso.

—¿En qué?—preguntó Marcelo simulando que no había oído.

—En pescar—respondió su prima sin descubrir su intención.—¿No oiste?

—Entendí mal, primita, perdóname. Creí que habías dicho pecar.

La comida terminó entre risas, picardías y piernas descruzadas rápidamente cuando la Marquesa depositó sobre el mantel su servilleta. El raso de los zapatos de Lucila, de Margarita y de Georgina estaba oscuramente manchado a los lados cuando las parejas se repartieron por la terraza abierta sobre un jar-

dín en sombras a trechos violadas por menudos focos que acrobillaban con lampos de luz la oscuridad.

Indiscretamente, Lucrecia con la copa de perfumado *anissette*, riendo sin saber de qué y pasándose por los labios húmedos la lengua afinada, se sentó junto a Marcelo que al lado de Adriana trataba de animar con frases de amor la tristeza oculta de la muchacha. Desde lejos, sin ira pero con dolor, María Dolores veía sufrir a su hija en silencio, acosada de celos, herida en su amor propio, con los ojos tristes escrutando el jardín envuelto en luna como si siguiera en su vuelo las quimeras en ocaso.

Al pié de la escalinata que se abría en dos ramas, se situaron unos cantadores. Se hizo el silencio a trechos y mientras el guitarrista afinaba las cuerdas con notas temblorosas se oía el crugir de la arena por el lento andar de las jóvenes parejas.

En el silencio la guitarra comenzó a desgranar poco a poco sus melodías. La voz del cantador subía del jardín desgarrada y doliente, hablando en la noche de amores y olvidos, jurando eternidades y sollozando sobre los sueños en ruina. Temblaba suspirando aquella música que se adentraba en el alma frente a la vaga noche que perfumaban como un pebetero los geranios y enfriaba de azul la luna. Un soplo desolado de presentimientos agitaba a Adriana, a Marcelo, a Lucrecia, a todos, con aquellas canciones casi olvidadas tejidas con amores deshechos, con almas rotas, con fugas y olvidos.

Una petición casi unánime obligó a Lucrecia a cantar después de resistir vanamente la demanda. A su lado, junto al balcón, de espaldas a la luna, se colocó el guitarrista. La canción comenzó tenue y dulce, elevándose poco a poco, sugestiva en la voz bien timbrada de la soprano. La premió una breve y discreta salva de aplausos que siguió a Lucrecia hasta su sitio. Marcelo de pié al llegar, oyó entre los aplausos, al paso, más que dicho musitado por la amante:

—¡Para tí!

La guitarra siguió sonando. Cada uno vivía sus fracasos y sus evocaciones, envuelto en su silencio y hundido en sus recuerdos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, recostado en el muro, de espaldas a la luna, inmóvil, ni aun Maret había logrado burlar la emoción. Cuando el cantante después de doblar un bordón quedó en silencio, el escéptico siguió todavía hermético.

Dió un suspiro, se sirvió una copa de bizarro *brandy Napoleón* y trató de burlarse de sí mismo, sin conseguirlo. Comprendió que también en su jardín una nube había manchado la luna.

—¿Romántico, doctor?—preguntóle sorprendida María Dolores.

—Como todos, romántico. Lo somos siempre, unos con sinceridad y otros a hurtadillas. El dolor de nuestro tiempo es que se burla del romanticismo. ¡Pero ya usted ve! . . . Basta un poco de luna desvaída, un rato de silencio, un jardín en penumbra y la música lenta de una vieja guitarra para sacar a la superficie cosas olvidadas y hundidas en lo íntimo. En todo recuerdo que flota en nosotros hay un halo romántico y recordar es vivir.

—Pero el romanticismo es cosa de juventud. Los viejos no podemos ser románticos—terció la Marquesa.

—Pobre del que no lo sea. Precisamente, para los años del ocaso, para la vejez, hay siempre que guardar una última ilusión. El dolor de los viejos es no tener ya un sueño de gloria, de poder o de amor. No se es viejo por los años vividos, sino por los sueños que han muerto.

—¡Por los sueños en flor!—brindó Marcelo alzando la copa.

Miró disimuladamente a Lucrecia que tenía la mano en alto y cuando volvió los ojos a su novia, vió que temblaba una lágrima en sus pupilas de derrota.



## IX

**E**L buen dominico entró con su hábito amarillento y el paraguas negro que depositó sobre un frailer del vestíbulo, junto con los libros, una "Historia de las Religiones" de Hoffding, un librejo de propaganda roja y una novela de Paul Bourget, "El Divorcio". Andaba siempre así, con un montón de libros bajo el brazo, dedicando la tarde a la visita de sus fieles y sirviendo de mediador entre el convento y los feligreses.

Era el padre Juan de la Cruz de tez oscura y ojos muy negros, rollizo sin exageración y culto sin pedertería. Sabía muchas historias mundanas que leía en las novelas y oía en el confesonario, aunque éstas sólo le servían para afinar su experiencia y jamás para recordarlas ni ante sí mismo. Confesor de la Viuda de Cisneros y de sus hijas, sentía por Adriana especial predilección a la que ella correspondía con una confianza sin límites que la llevaba a someterle todas sus inquietudes de espíritu.

De Marcelo inquietaban al dominico las historias mundanas, un poco escandalosas, pero lo estimaba en el fondo. Había entre los dos, como punto de contacto, el conocimiento de la vida y la experiencia de los hombres y de las cosas y eso les facilitaba las largas conversaciones en que jamás llegaron a ponerse de acuerdo aun comprendiendo cada uno el punto de vista del contrario.

Aquella tarde, el padre Juan de la Cruz llegó a casa de Cisneros para felicitar a Adriana por el compromiso que se anunciaba. María Dolores aprovechó la ocasión para someterle sus dudas en una última instancia de madre siempre vigilante por la felicidad de sus hijas.

—Hija mía—explicó el confesor con tono suave y tranquilo—hacer augurios sobre la bondad de un hombre que se va a casar, es peligroso. Toda la lógica tomística es deleznable en estos casos, porque la lógica es un sistema de ordenación perfectamente equilibrado, en el cual cada causa tiene su efecto y en el que todo efecto es consecuencia de una causa. El matrimonio es distinto y por querer aplicarle la lógica falla el juicio del mundo. Se cree que un hombre, ordenado, metódico y serio, al casarse, lo seguirá siendo. ¿En nombre de qué se monta ese silogismo? Ahí tiene usted que la causa suele ser contraria al efecto, o viceversa, y el hombre puede resultar un pésimo marido. ¿No recuerda usted el caso de Juanito Arias, tan buen muchacho y tan pésimo esposo? Como la experiencia ha enseñado esto que le estoy diciendo, para buscar algo que sea como un consuelo, las madres de familia casenteras han puesto en circulación otro error. Es la leyenda que asegura que los mejores maridos se obtienen de los hombres desarreglados y locos, pecadores y adictos al escándalo en su mocedad. Se les atribuye un cansancio que no tienen y se dice a las muchachas que así, por haberse divertido de solteros, no seguirán divirtiéndose de casados, como si en esto de divertirse pecando, la costumbre no fuera una fuerza. El matrimonio es una carta que se juegan las muchachas y nada más. ¿Cree usted que Marcelo será un buen marido? Es posible, porque es un buen muchacho, pero yo no opino en asunto tan delicado, sino que pido al cielo que todo sea para bien de ustedes.

—Es un buen muchacho, un poco descarriado—explicó María Dolores—en el fondo, bueno, pero

¿sabe? tengo mis temores. . . No es religioso y eso me contraría pues un hombre cumplidor de sus deberes cristianos debe ser un buen esposo.

—Debe serlo—arguyó el padre Juan y bajando la voz un poco, agregó—lo cual no quiere decir que lo sea. ¿Que no es religioso? bueno, pero ya Adriana lo hará confesar.

—Confesar no es creer.

—¿Qué importa? Acabará creyendo. El sedimento religioso queda siempre en nosotros y en Marcelo como en todos, si se raspa un poquillo, se encuentra al escolar católico de antaño. Frecuentando la Iglesia irá desapareciendo la capa de paganismo y renacerá el espíritu religioso. Además, lo que interesa es que sea un buen marido.

El Padre Juan tenía un sentimiento religioso arraigado y una cultura bien pulida y ambas cosas le hacían ser liberal, quizá un poco escéptico respecto a ciertos hermetismos del dogma que el prior le toleraba porque tenía fe absoluta en su religiosidad. Había ido aquella tarde, repitió, a felicitar a Adriana, ejemplo de bondad, de espíritu cristiano y de pureza para su confesor. Cuando ella salió, le dió a besar la mano y se sentó plácidamente, encendiendo un cigarro grueso y amarillo.

—Te felicito y felicito a tu novio, que se lleva una joya. Esta mañana, cuando supe en mi visita semanal a Doña Angelita, la noticia de que te casabas no pude dejar de pensar en la buena doña María Julia que hubiera llorado de alegría al verse premiada en sus virtudes con una nuera tan bonita y tan buena. Desde el cielo, hija mía, la madre de Marcelo te impartirá su bendición y gozará de la paz del Señor confiada en que su hijo queda en buenas manos. Ha sido ella sin duda—agregó con honda convicción el padre Juan—quien os ha unido.

Hablaba con emoción, confiado y tranquilo. Sus manos regordetas, habían tenido muchas veces el hilo de aquellas vidas simples y era familiar a todos la

presencia del buen dominico en la alegría de los bautizos y en el dolor de los responsos. Aquella consulta de María Dolores le confirmaba su ascendencia en la aristocrática familia.

—Soy como un notario espiritual—se complacía en decir—para todas vuestras satisfacciones y todas vuestras angustias. Entre vosotros me encuentro como entre los míos, porque sé de dónde viene cada uno y esta casa, cuyo Corazón de Jesús bendijo el día en que la estrenásteis, es para mí un refugio, como la casa de doña Angelita Jiménez de Sandoval, como fué antes, la casa de Pimentel. ¡Hay en el mundo tanta maldad regada, tanta zarza por quemar que a un espíritu cristiano le satisface encontrar aun pureza y sana alegría sin malicia, como es la vuestra!

Se quejaba, adolorido, del mundo que lo rodeaba, loco por todas las furias de la carne, sensual y pecador como el mundo pagano, olvidando los viejos preceptos y poniendo en crisis todos los valores fundamentales de la vida. Recordaba con cierta nostalgia, la Habana de unos años antes, religiosa y tímida, católica y severa, con sus procesiones públicas y sus fiestas primaverales en mayo que hacían soñar a las niñas en el vestido azul de la Virgen y en la procesión dominical en que llevar las cintas del trono era un premio codiciado.

—El mundo sufre por sus pecados y padece el olvido de sus credos. La familia se desintegra minada por ese maldito divorcio que los fracmasones impulsieron. Ahora se vive para el goce, como si todo terminara en esta vida y sin reparar en el grave daño que al alma hacen para su eterna felicidad, estos bailes sin pudor y estas modas impúdicas. Todo esto, la pintura que quita pureza al rostro, el baile, las conversaciones, hacen del mundo un carnaval frenético.

Adriana abrió los ojos y pensaba en Marcelo que vivía así y que acaso había comprometido para siempre la salvación de su alma. Lo imaginada un terrible pecador.

—Todos sus pecados—la tranquilizó el dominico—son pecados de juventud y le serán perdonados, ¿No recuerdas que grandes pecadores son hoy santos a quienes imploras ayuda? Tu novio ha abusado de los placeres de la carne pero ahora rectifica y toma el buen camino, como Saulo en un nuevo Damasco. Haber pecado no significa nada si no seguimos pecando, que en eso, la Madre Iglesia es más bondadosa que los códigos humanos. El antecedente no agrava la culpa en el confesionario y muchas veces la crea en la Audiencia. Marcelo no pecará más a tu lado, entre ustedes—rectificó—y será un buen marido.

El padre Juan que conocía el mundo a través de las novelas y del confesionario, se equivocaba. Mientras estaba diciendo sus melodiosas palabras de paz, Marcelo, en su casa, envuelto en una bata de raso azul con vueltas negras, tenía a Lucrecia en las piernas, despeinada, con la fresca boca riente, tomando ambos en una copa cuyas talladuras irisaba el oro del poniente proyectándose por la ventana entreabierta.

La sostenía afianzando en el pecho redondo y duro la mano caldeada y dándole con la otra pequeños sorbos, tragos dulzones y a la vez picantes que la encendían los ojos y la humedecían los labios sensuales. A veces, ella le tomaba la boca perfumada de licor entre los dientes y mordía impiadosa hasta enrojecerla y dejar la huella rojiza sobre la barbilla.

—Para que te acuerdes de mí.

—No necesito eso para acordarme.

—Para que te lo vean—y volvió a morderlo, casi con furia disimulada en la risa.

Marcelo recordó a Adriana y tembló al descubrirse los labios rotos por los dientes de la amante insaciable y voluptuosa. Se limpió con el pañuelo y quedó unos momentos en silencio, mientras por los ojos de ella cruzaba la sombra extraña de un pensamiento oculto.

—Si me quisieras como dices, no te casarías. Es inútil que me expliques—agregó cortando las pala-

bras de explicación que vió temblar en su boca—  
¿para qué justificarte? Lo único que no quiero es que  
me engañes y por eso te digo que no te justifiques . . .  
me dirías una mentira . . .

Se levantó bruscamente, como herida por una  
duda y perturbada por un rencor oculto, esquivando  
sus brazos para sentarse en la cama. Arreglándose  
la melena revuelta, siguió su monólogo.

—Te quiero para mí ¿sabes? para mí sola. Libre  
como cuando te conocí y como ya no serás nunca . . .  
Tú quieres a Adriana y ella te quiere ¿me vas a decir  
que no? Si se te ve en los ojos. El matrimonio, lo sé,  
te separará de mí y lloro, ¡lloro cuando pienso que  
la besas y le dices al oído palabras de amor! y al pen-  
sar que estás junto a ella, mientras yo estoy sola. Si  
sola—afirmó cuando Marcelo iba a interrumpirla—  
¡sola! Tú no tienes celos de mi marido.

—Ni tú debes tenerlos de mi mujer.

—Si fuera tu mujer y si yo te hubiera conocido  
casado con ella, sería distinto ¿comprendes? De las  
esposas, las amantes no tienen celos porque saben que  
solo les pueden robar muy poca cosa.

—Pero siempre robarán algo más que una novia—  
argumentóle él con todo casi violento.

—¡Mentira! La novia nos roba cariño, ensueño,  
ilusión. Nos roba cosas que un hombre como tú, ma-  
terialista, no puede comprender.

Siguieron discutiendo hasta que Lucrecia escondió  
la cara despintada entre los brazos que las lágrimas  
humedecían. Por la kimona entreabierta, se le veían  
los menudos pechos blancos y así se quedó sollozando,  
inmóvil como una estatua palpitante. El se puso  
en pié y quedó un rato acariciándole la melena re-  
vuelta y negra, contemplándola dulcemente y en si-  
lencio.

Descubría en sus palabras el dolor invencible y  
sentía piedad por ella y por él, presintiendo que lle-  
garía el momento definitivo y doloroso en que uno  
de los dos caminos habría de cerrarse. Ya Lucrecia

no era para él, solamente, el deleite de la carne, sino el placer del mismo espíritu. En unas semanas se había adentrado en sus rincones más íntimos, su perfume invadía el alma turbada y su dolor encontraba ecos de angustia en lo profundo de su yo. Aquella mujer, poco a poco, con su sonrisa triunfal y melancólica, sus canciones en la tarde, la dulzura en la mirada, había ido reconquistándolo y haciendo florecer el sueño de la primera juventud.

Era el placer, pero el placer era para él la vida. Era, también, el remordimiento. Era, en fin, el ayer, por el cual a través de años, había suspirado. Sintió que en aquel silencio angustioso y largo, lo invadían sensaciones complejas y contradictorias y mientras a través del vitral sondeaba el horizonte, se dió cuenta de que había llegado el amor. .

La amaba, el amor era ella, con sus besos que le hacían arder la sangre, con sus lágrimas que perfumaban de emoción su vida, con sus ojos rasgados de ensueño, con el remordimiento sutil, oculto y fijo de la mediocre felicidad deshecha. Se sentó a su lado, suavemente y rozó con los labios la nuca descubierta. Lucrecia algó la cabeza y clavó en sus ojos las pupilas húmedas e interrogantes, llenas de lágrimas de angustia, de amor y de desesperación. Le tomó la cara entre las manos frías y lo besó en los ojos, en la frente arrugada, en las mejillas y en la boca. Lo miraba largamente, como se mira en las desgarradas despedidas, cuando se quiere evocar el pasado y descubrir el porvenir.

—¿Cuándo te casas?

Para no responderle, la besó con dulzura, estrechándola las manos y mirándola a los ojos. Ella insistió en su pregunta con un tono desgarrado, sin reproches, pero cargado de íntimo dolor.

—No sé todavía.

—¿Pronto?—volvió ella a insistir—¿Pero la quieres! . . . —Bajó los ojos y los clavó en la alfombra. Se quedó así, con un último sollozo contenido en la

garganta, desgarrando el pañuelo con las manos nerviosas.—La quieres y serás para ella el amante cariñoso, el compañero amable, el galán enamorado. Vivirás feliz a su lado, sin preocuparte de mi dolor, de la desgracia que tú labraste por capricho de niño mimado, de mi vida tronchada para ofrendarla a tu placer. Mejor no hubieras vuelto para deshacer mi existencia, que se deslizaba tranquila, sin emoción y sin angustia, pero adornada de un sueño que se rompe ahora y que era el último sueño.

—Pero tú también has sido para mí el dolor.

—No te estoy reprochando—musitó casi sin mirarlo—es más, aún sufriendo te agradezco la felicidad que me diste. Es el destino de las mujeres, fué el destino mío, que me echó a tus brazos para que gozaras de la emoción de los retornos. Tú seguirás tu vida, feliz, satisfecho, al lado de tu mujer, mañana con tus hijos. Para el hombre, un amor agotado es un recuerdo grato y nada más. Para la mujer, un amor perdido es un dolor perenne, aunque surjan otros amores. Nosotras no olvidamos nunca, Marcelo.

—Yo no quiero ser para tí recuerdo y no te he hablado de separarnos.

Ella irguió la cabeza un poco desafiante para responder con palabras de una protesta firme llena de tristeza.

—Pero nos separaremos... ¿es que tú crees que yo voy a compartir tu amor con otra? No. Te equivocas y eso te demuestra que en el fondo de tu cariño no hay amor... Te dejaré con Adriana, que no tiene culpa de nada, que es para tí el reposo, que será tu esposa, la que la sociedad recibirá halagándola, la que tú lucirás como una muñeca de lujo, costosa y bonita en los salones en que yo me aburra y disimule mi hastío.

¡El hastío y el dolor! Lo decía sin rencor, dulcemente resignada ante lo inevitable. A él le desgarraba en lo íntimo aquel dolor del alma atropellada por

su carrera sin sentido. Percibía el fatal remordimiento al final de su vida. Darse a ella era cambiar el dolor de punto de aplicación. Sería Adriana, entonces, el corazón sangrante. Deshilvanaba el ovillo sin llegar a un final. Después, se quedó mentalmente inerte y no pensó más. Veía a lo lejos el mar lleno de reflejos de véspero surcado por velas lejanas en los caminos indescifrables. El horizonte. . . Suspiró ¡Y si la vida está más allá, en el incógnito rincón, más allá todavía, de la línea inalcanzable que tantas veces tentó su codicia aventurera?

Sacudió la cabellera despeinada y se bebió, aspirándolo, un soplo de aire humedecido de tarde. Se sentía fuerte, potente y seguro. El horizonte le daba otra vez el sentido de la vida pletórica y sabia. ¡Ayer? ¡Mañana? Escuchó honda y grave en su interior cantar una oración por el presente que poseía. El pasado estaba muerto, para siempre perdido y callado. El mañana era todavía una interrogación sin sentido.

Lucrecia empolvándose frente al espejo restablecía con *rimmel* el marco de sus pupilas enrojecidas por el llanto. Se le aproximó felino y apoyándose en sus brazos desnudos, le mordió la espalda perfumada. La sintió estremecerse, agitada por una corriente voluptuosa incontenible, para él bien conocida y se quedó tranquilo al comprender que una vez más, la había dominado.



## X

**V**IVIÓ semanas de duda, presa de una extraña crisis de espíritu, como si ante él se abrieran dos caminos igualmente prometedores que se distanciaran. Iba, alternativamente, de Lucrecia a Adriana, del placer al deber y de la realidad al ensueño. Le asaltaba algunas veces, el remordimiento de su vida arrebatada por la sed egoísta y por aquella invencible ambición de poderío que le obligaba a pasar a saltos sobre las vidas ajenas, triturando y desgarrando sin piedad, sin otra brújula que sí mismo, sin más anhelo que gozar en cada hora todas las posibilidades.

Se reconocía culpable doblemente, pero se justificaba. Volvía a su catecismo yoísta. Había varias veces confiado a Maret sus preocupaciones, buscando apoyo moral y justificación amistosa y brújula a sus desconciertos. Fué inútil y no consiguieron ponerse de acuerdo. En él cantaba el espíritu atropellado de su raza conquistadora y fornida, que había coronado el corcel alado del blasón con un grito triunfal, "Más vale volando . . ."

Sentía, imperiosamente, en el fondo del alma, aquel grito del escudo que lo impulsaba por sobre todo hacia adelante y creía oír la voz de la sangre decadente empujándolo hacia una conquista sin brillo a costa del corazón de la amante y del sueño de la novia. Primero él, después él y siempre él. El Yo absorbente, imponiéndose a todos los remordimientos. ¡La vida! ¡La vida! Primero vivir, aun a costa de todas . . .

Pero ¿cuál de las dos era la Vida? Vacilaba siempre frente a los dos caminos que se distanciaban más cada día. ¡Si pudiera unirlos y llevarlos paralelos! Lucrecia no quería y a través de varias conversaciones pudo adivinar en ella el propósito y la negación. Llegaría un momento fatal, cada vez más próximo y lo inevitable. No sufría en realidad, por ellas sino por su propio dolor y su íntima amargura. Bebía entonces y sus ideas brillaban un poco para opacarse después negándole el consejo a que aspiraba, pero calmando su inquietud, decorando de risas su camino y esfumando el dolor de aquellos lentos atardeceres tropicales en que se encontraba a solas frente a sí mismo.

Había llegado la primavera y los jardines se ponían jugosos y verdes, perfumando las noches cargadas de aroma, rasgadas de canciones criollas, rutilantes bajo las estrellas del trópico. La vida en su torno, se iba calmando y la proximidad del verano hacía cerrar los teatros, desalojaba los cabarets y aumentaba el ritmo monótono de la ciudad, indolente bajo el sople cálido del golfo. Todas las semanas Marcelo leía en los diarios listas interminables de amigos que partían hacia otros cielos.

Aquello le traía remembranzas un poco melancólicas de sus andares por tierras lejanas. Evocaba mujeres amadas un día, una semana o un mes y abandonadas sin reproche, noches consumidas frente a la ruleta musical de los grandes casinos, las aguas tibias como sangre de las playas mediterráneas y los caminos enmarañados, sombreados de encinas centenarias, húmedos y rechinantes de hojas amarillas, tantas veces recorridos sin objeto por sus piafantes caballos de turismo.

Todo aquello era su pasado. ¿Su pasado? Evocándolo, experimentaba la sensación de que era el pasado de otro, algo así como un relato minucioso escuchado alguna vez o un sueño perdido en la bruma de la memoria. No tenía pasado ni amaba el ayer

que había sido suyo. Cuando soñaba, soñaba con otras vidas, con otros pasados que hubiera querido para sí y a los que inconscientemente trataba de adaptarse. Le gustaba sumirse a ratos en las páginas amarillentas de la historia hecha por los grandes egoístas y los grandes dominadores que mantuvieron la espada perpetuamente en punta sobre el cansado corazón del mundo.

A veces y más en aquel florecer de la riente primavera, la sangre le bullía en las venas, haciéndole sentir bríos remozados con deseos de poner el pié sobre el corazón de aquel mundo decrepito y deshilachado en que se hallaba como perdido, sin afincamiento, sin arraigo sentimental, sin otra cosa que una relación superficial. La idea de que su vida sería fatalmente arrastrada en aquel vértigo sin sentido, le amargaba cada vez más. Se sentía frustrado, fuera de ambiente y de tiempo.

Aquella mañana, al salir a la terraza con el lebril blanco caracoleándole entre las piernas, vió que los canteros del jardín estaban cubiertos de flores rodeando el seco surtidor. Le embriagó la atmósfera brillante dorada por el sol y reanimó su cansancio el aire perfumado del mar que evocaba en él algo antiguo y confuso. Recordó que aquella debía ser la última noche de moda en el *Jockey Club* y que Lucrecia concurría a la comida. Quiso ceder a la tentación de verla y de consumir por lo menos cerca de ella, la noche embriagada de luna.

Le gustaba, además, de tarde en tarde, el *Jockey Club*, con las ruletas bajo las lámparas verdes de luz difusa y tenue, con sus porteros de librea y peluca que le recordaban los casinos de Europa, sus orquestas y sus mujeres descotadas y el perfume mundano de los salones que olían a flores y a cigarro turco, a perfumes de París y a mujer criolla. Lamentaba la ausencia de las *cocottes* fastuosas y enjoyadas, exquisitas y caras y se consolaba pensando que aun acudiendo, le estarían vedadas allí en donde todos los

concurrentes lo conocían. Maret atribuía su ausencia no a reglamentarias prescripciones, sino a la competencia ruinosa de las mujeres honradas. Pero le gustaba también el club con sus *maitres* de frac, sus *sou-millers* portando la llave simbólica de una cava hiperbórea, sus amores en descubierto y su música deshilvanada y picante.

Aceptó sin discutir la invitación para aquella noche, con *Peter* de compañero de Mercedes. Cuando llegaron, pasadas las nueve y media, el *Jockey* resplandecía como un áscua en la oscuridad de los grandes edificios abandonados, con la pista desierta al fondo y los jardines salpicados por la luz que se escapaba de la terraza. Desde lejos, en el aire perfumado de la noche, les llegó primero la música perdida en las sombras y después, el ruido de la sofocada multitud elegante por entre la cual, lápiz en mano, cruzaban los empleados de la crónica social, inconscientes coleccionistas de autógrafos, burlando el compás de la música para no dejar escapar el nombre de una pareja o los invitados de algún magnate.

Mientras las compañeras retocaban el peinado y se empolvaban en una nueva *toilet* inevitable, Marcelo junto a Maret, buscó a escapadas la mesa de Lucrecia que descubrió al fondo del salón, a la izquierda de la orquesta, decorada de menudos *sweet-peas* azules. Vestía de un rosa desvaído y el *corsage* hecho con tres orquídeas daba realce a la cara, haciéndola aparecer deliciosamente bonita. A su lado, un señor de tez ligeramente cobriza, de ojos claros, con un ligero bigote recortado a la inglesa en el que apuntaban algunas canas, le hablaba en voz baja de cosas que la hacían reír zalamera en un forma que al amante le pareció coqueta. Sintió como un latigazo, los celos y al cruzar con ella una mirada discreta y fosca, le reprobó aquella risa. Maret interceptó el relámpago y sonrió.

—No, no está bien—apuntó el doctor al tiempo que tomaba de la petaca de *Peter* un cigarrillo—te-

ner una amante casada y que el marido no la cuida, no está nada bien. Oye, plantéale el problema. O el marido la cuida más o ella cambia de marido sino ¿qué ventaja te reporta el que esté casada?

Marcelo iba a responder a las palabras burlonas de su amigo cuando Adriana le tomó suavemente el brazo para que la llevara hasta la mesa que los aguardaba.

Los primeros *cocktailes* despejaron un poco el gesto huraño y molesto que Adriana no comprendía y trataba de disipar mimosa con sus banalidades llenas de amor. Lucrecia seguía hablando, disimuladamente alzando de tarde en tarde, los grandes ojos que se fijaban en Marcelo abstraído en repasar con la punta de un tenedor el monograma del club estampado en el mantel. Llegaron más *cocktailes*, con la protesta de María Dolores. La conversación se fué animando y el alcohol y la música acabaron por disipar en Marcelo el último vestigio del oculto malhumor.

La música sensual, con su ritmo africano en el ambiente caldeado de lujuria contenida, iba apoderándose de él. Le embriagaba aquella multitud de mujeres descotadas, de caricias, de danzar alocado, cuerpo con cuerpo, carne con carne, casi boca con boca. Se quedaba pensativo, desatendiendo a su novia, siguiendo con la mirada las cimbreadas caderas y los senos casi desnudos, aspirando el perfume de aquellas carnes que casi le rozaban los labios, presa de la obsesión de todas las bocas entreabiertas por el deseo. Hubiera querido tenerlas a todas en un orgía salvaje y primitiva para vengar con rabia aquella tentación que le embriagaba, le encendía los ojos y le secaba la boca.

—¿Estás triste?—escuchó que le preguntaba Adriana—¿te aburres?

—Sí, con tanta gente desconocida, me aburro un poco, ¿a tí te gusta?

—Preferiría estar a solas contigo, allá en la terraza ¿vamos a ver la luna?

A Marcelo no le interesaba el espectáculo de la luna. Hubiera preferido bailar y se dió cuenta, con íntima alarma, de que danzaría a gusto con cualquiera de aquellas mujeres y no con su novia. Le propuso bajar a la ruleta.

—No me gusta que juegues—opuso Adriana, que temía el azar como algo diabólico que todo lo perturbaba, desde la felicidad matrimonial al equilibrio económico.

—Bien, jugarás tú—propuso Marcelo—yo te enseño. Anda, probemos fortuna... Además, hay mucho calor aquí.

Fueron al salón de juego, poco concurrido todavía y Adriana notó cómo el rostro de su novio se transfiguraba. Sentía la ruleta como un arte sutilísimo que sintetizaba la vida. La rueda de colores, sembrada de números, girando al son de la bolilla de marfil que canta en las cajuelas, la producía una extraña embriaguez.

—La ruleta—dijo a su novia, mientras daban una vuelta en torno a las mesas inactivas—es hermana de la vida, que también se rige por el Azar, el único Dios que interviene en nuestros destinos.

Adriana recordó al padre Juan de la Cruz y se puso seria. En aquel ambiente de paganías, evocó a su Dios un poco fuera de tiempo, mientras Marcelo aprovechaba su unción relampagueante y su silencio, para comprar un montón de fichas azules que acarició levemente con los dedos hasta separar un puñado de ellas y tirarlo descuidadamente en el tapete. Después entregó a su novia una parte de las fichas y ella, discretamente, dejó caer dos sobre el negro. Salió el veintidos.

El rastrillo paseó sobre el tapete y recogió las fichas, dejando solo las de Marcelo que se multiplicaron fantásticamente. Volvió a dividir las para entregar a su novia la mitad. Tornó a jugar y Adriana lo imitó. Esta vez jugó al rojo.

—Ocho, negro gana . . .

Marcelo rompió a reír viendo el gesto de su compañera.

—¿Ahora te pagan menos?—preguntó ella.

—Es que jugué a un cuadrante.

—No entiendo.

La pasión, de pronto, se había apoderado de él. Echó sobre el tapete fichas al azar, sobre las columnas, sobre el veintitrés, sobre el once, en un cuadrante del siete, en el cero. Comenzaba a sentir vibrar sus nervios y en el fondo de su corazón hastiado, la bolilla de marfil cantaba también como al temblar en las cajuelas. Le brillaban los ojos y le temblaba el pulso. Adriana volvió a interrogarle.

—¿Por qué te pagaron menos? Explicame . . .

Se acordó de Ronnie, en Deauville, una noche, jugando los dos hasta la madrugada, ebrios, apasionados, sin más emoción que el cantar de los números. Habían perdido miles de francos y se habían entregado después el uno al otro, con los nervios todavía tensos, las bocas secas, los ojos aun deslumbrados por las luces del salón. Adriana jamás le proporcionaría aquella sensación extraña y aquella vibración enfermiza.

—Ya te explicaré otro día . . . mejor, juega ahora. A cualquier número—aconsejó con la voz un tanto impaciente—vaya, al tres.

—No me gusta.

Salió el tres y una señora rubia, de lindo cuello y de brazos empolvados en cuya muñeca relucían pulseras de brillantes, recogió su pleno, coronando el montoncillo de fichas verdes con el humo del cigarro. Adriana puso en el tapete, sobre el tres, sus fichas y dos en el negro.

—El once, gana rojo.

Quiso marcharse desagradada, pero Marcelo seguía jugando y aumentando junto al cenicero sus

fichas azules. La novia se aburría cuando llegaron Mercedes y *Peter* riñendo en voz baja, más serio él que ella. La muchacha se acercó a Marcelo.

—Oye, tu amigo es un fresco ¿sabes?—los ojos le brillaban de indignación como si le hubieran inferido una ofensa—no bailo más con él.

—Ni yo con ella—manifestó *Peter*, arrojando a la mesa un billete para probar fortuna—toda esta historia viene de que le dije que no bailara más con ajustador y con faja. ¿Estamos en un club o en un convento?

## XI

**L**UCRECIA no podía verlo tres veces a la semana en su casa, peligrosamente situada en una avenida por la que transitaba media ciudad que los conocía. Fué preciso alistar un apartamento menudo que él alquiló en Malecón y que de acuerdo con su amante amuebló en pocos días. Disponían de una entrada discreta por una puerta confusa que, a la vez servía para cuatro apartamentos y tenían un balcón combado sobre el Golfo aislándolos totalmente del mundo que corría presuroso a sus pies.

Lo amuebló con lujo y con gusto, trasladando a la *garconiere* parte de sus objetos queridos y otros muebles en su casa arrinconados a través del tiempo. La propia Lucrecia, entre risas, sosteniendo con los labios pintados las puntillas de metal, subida en la temblorosa escalera que él con amor sujetaba, colocó las cortinas, extendió las alfombras y puso a su capricho los cuadros. Al centro del principal testero colocaron un *Chartrand* brumoso y frío que copiaba un antiguo ingenio de techumbre roja y gruesa chimenea amarilla. Completaron el adorno del nido amoroso con sutiles cosas por Marcelo recogidas en sus andanzas por exposiciones y remates. Un cuadro menudo y límpido de Chenier, copiando un lago en reposo rodeado de pinos, que adquirió en París en el Salón de un año que ya no recordaba, una loba estupendamente trabajada en mármol por Schawarz, encontrada una tarde en Berlín en una fiesta de caridad, un cenicero hecho en un casco de metralla de Iprés

que compró en Londres a un inválido, la figurilla de marfil y bronce exquisitamente tallada que obtuvo en el Hotel Drous en un remate histórico, los viejos y sencillos candelabros de bronce que habían alumbrado la cómoda labrada y negruzca de su abuelo y después, más figurillas, más ceniceros, más platillos inútiles y más *souvenirs*, unos con la mole gris del Vesubio, otros con las cataratas del Niágara, otros con molinos holandeses y algunos con la estatua de la Libertad, comprados no sabía dónde, ni cómo.

Cada una de aquellas pequeñas cosas le traía el perfume desvaído de una mujer, de un río o de un bosque, haciendo del pisito menudo y pulcro algo como un museo. Allí refugiaban los amantes su cansancio en las horas de la tarde en que Lucrecia decía ir de tiendas, a jugar el *bridge* o a un concierto. En el pequeño florero de galali que adornaba la coqueta había siempre un manojito de menudas violetas y en la sala entonada en pálido marfil, centelleaban como un homenaje silencioso a la mujer que entraba, manojos de claveles que el *chauffeur* cortaba todas las mañanas por orden de Marcelo. Gustaban, en aquel ambiente perfumado de delicadezas, después de sus excesos y de sus agotamiento, tomar el te que humeaba frente al mar azul del Golfo, abierto ante ellos enviándoles por la ventana su aire fresco cargado de aromas marinas al atardecer de los días invernales en que el collar de luces del Malecón se veía desvaidamente a través de la capa de niebla.

—Estas horas a tu lado—solía decirle Lucrecia—son las únicas horas felices que tengo en mi vida ¡si pudiera tenerte siempre, así, a mi lado! ¡Si fueras solo mío y yo solo tuya!

Marcelo guardaba silencio, temeroso de vaciar demasiado su corazón. Sabía que toda aquella felicidad gozada en silencio y ocultamente, solos los dos en lo alto, frente al impenetrable horizonte, estaba hecha de nimiedades y de pecados y que de cumplirse el

anhelo de la amante, se rompería el encanto del sueño. Se lo decía el oculto cansancio que solía sentir, sin confesárselo, después de unas horas junto a Lucrecia, aislados ambos del torbellino en que vivían. Mas de una vez, después de gozar su espléndida desnudez pagana y total y de mordisquear como un loco aquel cuerpo de perfume embriagador y enervante, cubriendo de besos la carne que blanqueaba junto a la piel tostada de sol, en que se dibujaban las líneas de la trusa, había experimentado una sensación de hastío y cansancio, que le hacía suspirar ocultamente por el final próximo en que ella, sonriente, se despedía desde la escalera agitando la mano enguantada y chasqueando el último beso. Sin embargo, inmediatamente después de verla partir, sentía otra vez el afán de tenerla cerca, la nostalgia de su ausencia y el insaciado deseo de su gracia en plenitud.

Una vez a la semana, almorzaban juntos, ella pretextando en su casa un almuerzo de mujeres solas y él afirmando a su novia que acudía a una cita de negocios. Eran almuerzos ligeros, entre risas, rociados de gratos vinos que Lorenzo escogía, alargados a través de toda la tarde y terminados siempre con sorbos menudos de *chartreuse* que ella inyectaba en la boca reseca del amante con su boca tibia y húmeda.

Una de aquellas tardes, Lucrecia se le aproximó con ondulaciones de gata, haciéndole sentir la suavidad de la piel a través del pijama negro con vueltas verdes, bajo el que temblaban los senos tentando a la caricia.

—La semana que viene es mi cumpleaños y quiero pedirte una cosa ¿me la concedes? Mira, vamos a dar aquí un almuerzo con cuatro parejas. ¡Oh! no temas, se trata de un almuerzo íntimo, con cuatro amigas, sin que nadie se entere, ¿comprendes ahora?—explicó viendo que él hacía un gesto de sorpresa.

Le pareció absurda la petición. Pero la amante supo ir reduciendo la negativa, cerrándole los cami-

nos, obligándole, al fin, a ceder. No acababa, empero, de comprender y menos cuando ella, con gracia, sentada en el sofá y dejando recortarse la silueta en el azul del cielo que se descubría por la ventana, le fué diciendo el nombre de las amigas.

—¿Y los maridos?

—Los maridos se quedan en el club. Las parejas las formamos con muchachos solteros ¿entiendes ahora? Ellas mismas me lo han sugerido.

—¿Pero ellas saben de nuestras citas?

—¡Bah! lo suponen, tonto. Ni María Teresa, ni Josefina, ni Isabel, ni Ofelia, se dejan engañar y saben bien que tú y yo nos vemos a ocultas, cuando ellas no nos ven. Además, nadie se enterará porque, —agregó para convencerlo de una vez— tanto como yo, tienen ellas interés en que esto no se sepa.

Asintió. Después de todo, el único honor que allí no entraba en juego era el suyo.

—Bueno, el miércoles—indicó Lucrecia dándole un beso detrás de la oreja.—Nos pondremos de acuerdo con Gustavo Montes que viene de compañero de Isabel. Es mejor encargar a Lorenzo de que lo arregle todo ¿verdad? No des a esto demasiada importancia, ni pienses que hacemos nada nuevo, ni que somos los únicos.

Le explicó cómo, desde hacía meses, aquel grupo de amigas suyas celebraban con frecuencia fiestas íntimas, unas veces solas y otras con amigos solteros o con los maridos de las que se quedaban jugando al *bridge* en la terraza del club. Cuando abandonó la *garconiere* dejó al amante convencido y hasta satisfecho.

El miércoles, la casa con la ventana abierta sobre el mar mañanero, sintió quebrarse su silencio y su penumbra con la entrada de un radio enviado por Gustavo Montes, al que siguieron unas botellas de vino de Borgoña extraídas de las bodegas del ingeniero Fajardo por su esposa, la rubia María Teresa, que a escondidas y con la complicidad del *chauffeur*

realizó el hurto. A las diez, Lorenzo impasible, sigiloso como una sombra blanca, penetró en la casa para hacer entrega al cocinero de los víveres y alistar la mesa que resultaba demasiado pequeña para las cinco parejas.

Cuando a las once, las cuatro invitadas de Lucrecia, portando paquetillos encintados con regalos y tarjetas, desembocaron por la escalera, riendo como colegialas en aventura sin malicia, ya la batidora eléctrica trabajaba en los *cocktailes* que se apuraron con una sed casi furiosa.

A Marcelo, al principio, le desconcertaba todavía un poco la aventura nueva, entre aquellas amigas antiguas con las cuales, de niño, había corrido por las playas y a las que había visto crecer honestas y casarse alguna enamorada. Ahora, unos años después, en su casa de soltero, como un manojito de extraño perfume, habían penetrado los cinco adulterios a los que nadie daba importancia. Poco a poco, el alcohol fué surtiendo sus efectos y el pudor desgarrando velos. Cada vez que sonaba un beso, Marcelo buscaba los ojos de Lucrecia que miraba sin asombrarse. Era, empero, la única que no alardeaba su pecado, todavía vacilando en su caída y sin querer confesar el adulterio que allí todos conocían y a nadie impresionaba.

María Teresa y Gustavo Montes, con la cabeza perdida por el exceso de licor, fueron a la mesa abrazados, mordiendo impúdicamente los labios, riendo cada vez que alzaban la copa de vino rojo que tenía a la luz de la mañana, tonalidades de rubí. No almorzaron, sino bebieron y entre copa y copa, danzaron al compás de un música frenética, hasta caer extenuados en las butacas, mostrando las mujeres los muslos medio desnudos y los senos en los que ponía un ritmo apresurado de deseo, la excitación. Se habían depojado de las ropas para cubrirse con una pijamas de colores vivos que el calor entreabría, dejando ver retazos de carne sudorosa con huellas de mordiscos.

Olián a licor, a cigarro egipcio, a sudor y a perfume y el deseo les achicaba los ojos contrayéndoles la boca con una sonrisa lasciva.

Tomados de la mano, con la cabeza caída en el hombro del amante, Lucrecia y Marcelo, en silencio, veían desarrollarse el episodio, más como espectadores que como actores. Era, sin embargo, demasiado tarde para asombrarse y cuando María Teresa y Gustavo se introdujeron en la primera habitación, con aplomo en la voz, Marcelo se limitó a advertirles que debían ocupar la tercera.

—La segunda es nuestra—gritó con voz sofocada Ofelia, sentada en las piernas de Arismendi—¿verdad Lucrecita?

Se marcharon unidos por la boca, azotándole él las caderas con la mano recia, dejando en el sofá a Josefina que acariciaba la cabellera de Isabel toda de oro a la luz de la ventana. Las dos se miraban largamente a los ojos y tenían en la boca un rictus de deseo que se iba encendiendo, mientras los compañeros descorchaban en el comedor una nueva botella.

Se habían olvidado de cuanto las rodeaba y cada vez se estrechaban más y sus miradas eran más largas y más cargadas de deseo y de vicio. Fueron la una a la otra, vertiginosamente, mordiéndose las pintadas bocas que dejaron escapar de los labios un hilillo de sangre salpicando los polvos. Isabel, más ducha, inició el final, clavándole en el pecho a su compañera los dientes afinados, que arrancaron a Josefina un ligero grito de placer y dolor al mismo tiempo.

—¡Suéltame, me sofocas!—pedía rendida, con la mano enojada acariciando voluptuosamente los brazos desnudos de la otra—así no... ¡Déjame! No puedo más.

Pero Isabel no cejaba. Tenía encendidos los ojos y las manos crispadas desgarraban la blusa del pijama, poniendo al descubierto los senos y rasgando la car-

ne de los muslos. Con frenesí que tenía algo de feroz, mordía y besaba aquella carne brillante de sudor hundiendo la boca en la enmarañada cabellera, besando la nuca y clavando los dientes en las orejas.

Con la cabeza echada hacia atrás, las manos sobre la rodilla, dejando consumirse en ceniza el *petit-cetro*, sin que sus nervios vibraran ya ante el fosco espectáculo, Marcelo, al lado de su amante, las miraba, casi con indiferencia. Había visto a través de su vida, diez veces aquella escena y se hundía en lo remoto, olvidado de todo, con el cansancio sabio que la vida pone en los que logran violarla para arrancarle su secreto.

En la casa se fué haciendo el silencio y todo comenzó a tomar tonalidades amarillas, reflejando las paredes, los muebles y los cuadros, el color del atardecer lejano. Se oía solo el suspirar acelerado de Isabel y de Josefina y allá en las habitaciones, de rato en rato, la risa de alguna de las parejas. Abajo, en tanto, la vida corría presurosa hacia su incógnito destino. Comenzó a caer calladamente la noche y hubo un momento en que las sombras color de plomo del horizonte brillaron con un latigazo de sangre y oro seguido de un rayo verde. Marcelo oprimió sobre el pecho la cabeza de su amante que le pareció aureolada de un halo purísimo, como si el dolor del pecado de todos se hubiera convertido en diadema para su frente pensativa. No sabía en qué pensar, como si el cerebro se le hubiera de pronto, quedado vacío.



## XII

**E**L *bridge* lo inventó seguramente una hermana de la caridad para entretener a los asilados de un colegio de mudos, los únicos seres que pueden a la vez pensar y mantenerse en silencio—decía Gonzalo Maret, protestando en casa de Asunción mientras en la terraza y la sala los criados disponían las seis mesas que integraban aquel club de *bridge*.— En Cuba debió introducir este juego falaz algún viajero perverso que quiso dejarnos ese morbo que casi ha deshecho el hogar criollo, tan acogedor antaño y enseñado a los cubanos y en particular a las cubanas, a guardar silencio horas y horas, cosa que no estaría mal si no se hubiera exagerado.

No le gustaba el *bridge* que había aprendido a jugar trabajosamente, teniendo por profesora a la Marquesa de San Julián. Vió nacer en la Habana la afición y pudo notar cómo se fué extendiendo, convirtiéndose en vicio elegante y femenino, apoderándose después de los salones en los cuales fué muriendo la conversación. Aquel gran hablador, amante de las sutiles paradojas, no podía comprender el encanto de un largo silencio con mujeres bonitas a la vera, bebiendo naranjada fría o *gingerale*.

—¡Claro!—decía aquella tarde a la viuda de Iglesias—lo único que puede gustar a una jugadora de *bridge* o de *ma-jhon* es la naranjada, el agua con azúcar, el *ginger ale* o la zambumbia. Eso no da ganas de hablar, ni suelta la lengua, ni da impulsos a la

imaginación. Yo organicé una vez en el Country un *bridge* a base de *high-ball* y nadie terminó el juego.

Se puso en pie para saludar a la señora de Blanco que entraba luciendo la esplendidez de su cabellera dorada y sus claros ojos azules, con ritmo de estatua y sin más defecto que las manos un tanto sarmentosas a pesar del cuidado que ponía en ellas.

—Usted, mi querida Angelita—le propuso Maret—es una lástima que pierda las tardes jugando al *bridge* ¿por qué no intenta flirtear? Como deporte, es más entretenido y como prueba de ingenio, muy superior.

Ella rió ante la insinuación, iniciando con el doctor un coqueteo insípido que él rechazó. Hasta la feminidad había perecido en ella, entregada al juego con una voluptuosidad rayana en la locura. Debía al *bridge* su desgracia matrimonial y sus tardes vacías, gastadas frente a la mesa de juego, sus mañanas entregadas al club de *bridge*, su conversación cada vez más limitada con la reducción del escaso horizonte del tapete verde. habían ido alejando del hogar al marido. Las amigas lo sabían, pero como necesitaban contar con ella para completar las mesas, se lo ocultaban. El ingeniero Carlos Blanco, que al principio había protestado y reñido, acabó por acostumbrarse y encontrar en el *bridge* un buen aliado, fácil, poco costoso y discreto, que le facilitaba sus correrías amorosas al salir del estudio.

—Angelita—insistió Maret, burlón y mal intencionado—¿qué hace su marido mientras usted juega al *bridge*?

—Va al cine—sonrió ella fríamente, dejando de fumar para sorber un trago de limonada.

—¿Sólo?—guiñó los ojos el doctor golpeando con el lapicero el block de apuntaciones y sabiendo que no era así y que el ingeniero Blanco se veía por las tardes en un reservado de "Mar y Tierra" y otras veces en la *garconiere* de su hermano, con la esposa

de Mr. Herbert W. Mulford, el profesor de *bridge* de todas las señoras que acudían a casa de Asunción.

Las parejas se fueron formando y cada mesa que se integraba habría el juego prontamente, como si se temiera el perder los minutos. Maret acompañaba a Asunción, atendiendo a la concurrencia, yendo de una mesa a otra, intencionalmente molestando a las jugadoras con la petaca extendida, ofreciendo unos *Overstolz* de boquilla de oro que decía importar directamente de Hamburgo para sus amigas predilectas.

—Fumen . . . fumen . . . también el humo es inútil y todo lo inútil es bello—peroraba de una a otra mesa—el cigarro adelgaza, da brillo a los ojos y perfuma la boca. La única exquisitez que hemos aprendido en Cuba ha sido fumar estos cigarrillos, pues nuestras abuelas fumaban un tabaco negro que debía dejarles en la boca un sabor nauseabundo.

—La boca se acostumbra a todo—atajó en voz alta Georgina Pimentel, desde su mesa, soltando una carcajada.

La entrada de Lucrecia acompañada de su marido y precedida por dos amigas, cortó en Maret la respuesta con que iba a ponerse a tono con la chiquilla mordaz y atrevida. La amante de Marcelo entró triunfal y sonriente, soberbia en el andar altivo, con elegante audacia cubiertos los hombros por una capa azul que contrastaba con el traje amarillo. Dejaba al paso un vago perfume de Patou y una ligera murmuración.

—Es un modelo de Worth—explicó la viuda de Iglesias en voz baja, después de saludarla y sin dejar de manosear las cartas que cortaba,—lo vi la otra tarde . . . no está mal, pero a mí, a la verdad, no me gusta ¿a usted le gusta, doctor?

—Me encanta el traje—respondió Maret que la seguía con la vista—pero quizá por el maniquí . . . Lucrecia se está poniendo más linda cada día.

La viuda de Iglesias se sofocaba con sus doscientas libras bien llevadas, sus cincuenta años sin confesar y su melena teñida de un color indefinible por un capricho de Mr. Mulford, su profesor de *bridge* y su viejo galanteador.

—No sea usted traidor a su amigo—comentó con cierto aire malicioso, para vengar en la reputación de Lucrecia su desequilibrio glandular—se lo diré a Marcelo cuando lo vea. A propósito ¿cuándo se casa Adriana?

Maret comenzó a contestar con monosílabos el chaparrón de preguntas indiscretas que la curiosidad de la viuda vaciaba sobre él. Ni sabía cuándo se casaban Marcelo y Adriana, ni quién enamoraba a Mercedes, ni si era cierto que María Dolores había llevado en París una vida poco ejemplar mientras las niñas estaban en el internado.

—Me consta, doctor, me consta—le afirmaba en su comadreo impertinente la amante de Mr. Mulford.—Yo la vi en Biarritz hace dos años. Mucha religión ¿sabe? mucha confesión, pero eso es aquí. Igual que Juana María y Esperanza—bajó la voz para que las aludidas no la oyeran desde la mesa próxima en que jugaban—pero allá se desquitan. ¿Usted no sabe de algunas que viven en Europa porque son bonitas y que viven aquí como místicas de lo que ahorraron después de viajar? ¿Verdad Angelita?

Angelita no sabía nada, aunque las había visto también en San Sebastián. Pero se pasaba el día jugando al *bridge* en el hotel con dos matrimonios bostonianos, sin enterarse de nada.

Maret dió media vuelta tras una ligera inclinación y se separó, dejando a los jugadores sumidos en sus graves problemas. Desde la mesa, Georgina y Margarita con sus novios, le estaban haciendo señales para que se aproximara. Tenían en la mesa una botella de viejo *wiskey* y un sifón y habían abandonado el juego para hablar en voz baja.

—Lo necesitamos, doctor—le explicó Georgina—usted nos tiene que hacer un favor.

—No hay favor perdido cuando se hace a una mujer ¿qué te pasa? ¿quieres un cigarro?... pruébalo, no conoces la marca.

Georgina miró a su hermana. Conocían bien aquellos *Overstolz* que Maret se llevaba por cajas de la *garconiere* de su amigo el banquero Fernando Velazco.

—Vaya, doctor—sonrió Margarita insinuante, mientras apretaba el pie a su novio, un mocetón fornido con tipo de marinero normando y apellido canario—apuesto a que usted ha visto esta tarde a Lucerito ¿verdad?

Lucerito era una cupletista llegada a la Habana años antes en compañía de un príncipe decidor y plebeyo que siguió viaje dejándola como amante del banquero Velazco, con quien tuvo un hijo. La joven cupletista era buena amiga del doctor Maret y mujer que gozaba de la maliciosa voluptuosidad de engañar a su amante en la *garconiere* en que su amante la engañaba a ella. A Maret le sorprendió un poco su secreto descubierto, pero no dió al caso importancia. Prefirió no afirmar, ni negar, concretándose a pedir a Georgina lo que deseaba.

—Bien, doctorcito, vamos a dejar eso ¿no le parece? Fué una broma. Ya sabemos que es usted íntimo amigo de Velazco, que no ha visto a Lucerito hace días y que trae de Hamburgo esos cigarros. Fueron chismes de este—y señaló para Cuco San Germán, su novio, que en silencio masticaba el lápiz.—Ahora bien, lo necesitamos para una combinación.

—Encantado, lo que quieran. Para la única combinación que conmigo no se puede contar es para el matrimonio y esa no entra en los cálculos de ustedes y es lástima—agregó con un falso dolor—porque con ustedes... pero no, mira a tu novio que se ha puesto serio... ¿qué quieres?

—Queremos, es un asunto de todos—rectificó Georgina—que usted nos preste la finca para una fiesta, el sábado por la tarde ¿hay ahora alguien vi- viendo en ella?

No había nadie en la finca de recreo que Maret poseía a pocos minutos de la ciudad, en el camino que conduce a occidente, más allá de Arroyo Arenas. La tenía como un lujo y un motivo de diversión, para dar fiestas que solían durar tres o cuatro días por Semana Santa y por Pascuas. Estaba envuelta en una leyenda de escándalos y de pecados que el viejo solterón cultivaba con elegancia y espíritu experto de mundano. Eran terribles sus cuatro mastines de colmillos amenazantes, que en la noche vigilaban todas las entradas y que más de una vez llenaron de ladridos la calma nocturna, como si clamaran por las honras perdidas en la casita de techo rojo hasta el que trepaban las enredaderas. Las muchachas la necesitaban para una fiesta que debía comenzar el sábado, después de almuerzo.

—Terminará por la madrugada—concluyó Margarita—¿Viene con nosotros? le buscamos una compañera ¿quiere?

—A mis años sería indiscreto—respondió burlón, en voz baja y con tono confidencial.—Pero dejaré allí todo listo y daré instrucciones para que se prepare la casa y me traeré los perros, a fin de evitar peligros.

—No—interrumpió San Germán—déjelos allí para que los suelten por la noche.

Maret comprendió e hizo la promesa de dar las órdenes al sirviente japonés que estaba a cargo de la casa, hermético, indescifrable y discreto como si fuera ciego y sordo.

—Que corra los toldos—recomendó Georgina—para que no nos vean desde la carretera.

Maret prometió de nuevo atender todas las recomendaciones y hacer algunas más que estimó necesarias.

—¿Qué más?—preguntó como quien se pone al servicio de un amo caprichoso y complicado.

—Invite usted a Marcelo. El primo es un buen elemento para estas cosas y sabe organizarlas a maravilla. Tiempo ha tenido, además, para perfeccionarse—subrayó San Germán—contamos con él como invitado de honor.

Con Marcelo sí y la proposición fué acogida con agrado por los cuatro. Con Adriana, nó.

—Esa mística nos echará a perder la fiesta—protestó Georgina—mejor invitamos a Lucrecia.

Se fraguó rápidamente la conjura. Una comida en una finca cualquiera, por ejemplo, en la de Sandoval, y así evitar suspicacias, llevando a Lucrecia de *chaperon* para tranquilizar a las familias, a las madres todavía recalcitrantes y a los padres que protestaran. Maret fué encargado de llevar la invitación a Lucrecia y de convencer al marido.

Cumplió con habilidad de diplomático su cometido el viejo zorro. Se aproximó a la mesa de Lucrecia y apoyando el brazo en la silla hizo la invitación con un guiño que ella interpretó rápidamente.

—Bueno—suspiró como resignada—dígales que acepto si mi marido me autoriza. Es un papel para el que voy sirviendo.

Siguió después revisando sus cartas, calculando las que tenía en la mano su compañero que absorto en el juego no había podido maliciar lo que se trataba. Maret continuó su camino hasta llegar a la mesa en que jugaba Salazar, a quien la idea pareció buena. ¡Un día libre, desde el almuerzo hasta la madrugada, con la querida!

—Soy un hombre afortunado, pensó para sí, frótándose las manos y agregó dirigiéndose a Maret—dígame que está bien, que vaya, pero como *chaperon* ¡eh!

Se quedó tranquilo, refocilándose al pensar en el

sabroso sábado que le aguardaba y en el fondo, compadeciendo a su mujer crédula y bonita que se sacrificaba para divertir a los jóvenes y prestar su concurso a las parejas de novios.

Maret parsimonioso, sonriente, regresó a la mesa de sus representados después de cruzarse en el trayecto con Lucrecia que de pie junto a la mesa, seguía el juego de su compañero, *muerta* según le explicó.

—¿El sábado entonces?—requirió en voz baja al profesor.

—El sábado, sí, pero no nos veremos. . . Me quedo con la otra banda.

Decía la otra banda al grupo que sus cómplices llamaban las místicas. Aquellas fiestas no eran gratas al profesor, a quien molestaba su término medio insípido, en las que había que divertirse haciendo equilibrios en las cuerdas que separan el bien y el mal. Prefería los campos francamente despejados, a un lado o al otro. Aquel grupo de señoritas con experiencia de pecadoras y que por ello no dejaban de ser honradas, aburría al viejo libertino, que de tarde en tarde, suspiraba por los salones habaneros del buen tiempo viejo, aristocrático y sencillo, familiar y severo.

Salió de casa de Asunción ya entrada la noche, dejando todavía a los jugadores doblados sobre las cartas, masticando pedazos de *sandwich* y sorbiendo naranjada. Mientras le alistaban la comida en el Club, después de apurar su *jai-alai* aromado de yerba buena, habló por teléfono a la finca. Comió sólo, leyendo los periódicos y después de encender una *corona* se sentó en la terraza a mirar el Morro y a ver cómo temblaban en la gran sombra nocturna las luces de los barcos que partían.

## XIII

**A**MANECIÓ el sábado nublado, con un cielo plomizo lleno de nubes oscuras, húmedo el aire después de una noche lluviosa. Todo era brillante y fresco en las terrazas del club cuyas baldosas rojizas parecían recién colocadas bajo las jardineras, cuando comenzaron a reunirse las parejas que fueron llegando ya formadas, al timón de los automóviles las muchachas, con los novios al lado.

Marcelo con sus primas, esperaba desde un rato antes, bebiendo unas copas y mondando aceitunas, echados en la arena para dejar que las olas les lamieran los pies después de largo baño de mar. Mientras de cara al cielo, veía volar las nubes, observaba de reojo los muslos regordetes de Georgina tentadora y los senos un poco grandes de Margarita entrevistados por la bocamanga excesiva de la trusa y les había picantes historias o les inventaba maliciosas aventuras que arrancaban risas y exclamaciones de asombro. Correspondían ellas a las historias del primo con cuentos de sabor picante, historietas descaradas, anécdotas con sabor a Decamerón que les hacían los novios y las amigas por las tardes, mientras en la cantina del club, enfundadas en los pijamas o semidesnudas con las trusas, se embriagan ligeramente de *cocktail* y de humo.

Los sorprendieron así, cara a las nubes y riendo, los primeros en acudir a la cita. Lulú Martínez de la Peña, con la melena rubia, fresca la boca pintada con

sabiduría, las caderas un poco anchas para su: diez y ocho años en flor, fué la primera en aproximarse al grupo, con el novio de la mano, levantando al andar arena negruzca.

—¿Ustedes no se visten? ¡Las doce y media y todavía así!—gritó desde lejos—vamos a llegar tarde.

Marcelo se puso en pie riendo al sacudir la arena mientras las dos muchachas quedaban acostadas, levantando las piernas y hundiendo en el piso húmedo las manos.

—Ya estamos—gritó Margarita—no nos falta más que el vestido. Vengan... Hoy vamos a tener mucho calor... ¿nos llevamos las trusas puestas para bañarnos esta tarde en el río?

—¿Y a la vuelta?—preguntó Lulu, dejándose caer un poco lejos de las olas moribundas.

—A la vuelta nos las quitamos... Pídele a Otilia los *bloomers* que ayer se me quedaron en la taquilla. La llave está en la bolsa, ahí, sobre la mesa del quitasol azul y blanco.

Mientras Margarita hablaba, Georgina se puso en pie para alcanzar la llave a su amiga y tomarse un último trago de *cocktail* al tiempo en que Marcelo, contoneándose, moviendo los brazos y fumando con calma un cigarrillo, se dirigía en busca de sus ropas.

Cuando regresó, diez minutos más tarde, el grupo estaba listo y Lucrecia con la sombrilla trazaba arabescos en la arena. Divisó desde lejos con alegría su falda corta y plisada, la blusa trabajada en azul, la pamele oscura con una cinta blanca y el brazo adornado con una pulsera ancha, de fantasía, blanca y negra. Lo saludó sonriendo y agitando la sombrilla cerrada mientras como una bandada de pájaros se ponían en pie todos los del grupo.

—¡Las trusas!—gritaba Gustavo Montes—no olviden las trusas. Oye Martica—dijo dirigiéndose en voz alta a su novia—la trusa roja y *beige*.

—Dirás la calada—respondió la muchacha ya corriendo al sentir que comenzaba una fina llovizna.

—Bueno, lo de *beige* lo digo por la carne que te deja ver entre los calados en la espalda y la cintura.

Pasaron por el bar y se detuvieron a jugar a los dados la última toma. Fueron tres rondas. Comenzaron a excitarse y la bebida les produjo una sensación grata, haciéndoles entrar en calor y aligerando la risa de las muchachas que a la carrera invadieron los automóviles abandonados a la sombra de los pinos musicales. Marcelo se adelantó para ofrecer abierta la portezuela de su automóvil a Lucrecia que llegó la última.

—No debemos ir solos—apuntó ella—hay que buscar una pareja. Mira, invita a Georgina con San Germán.

—¡Gracias! nos vamos solos en la *caña*—protestó la prima apoderándose del timón—cada oveja con su pareja, como se propuso antes. Lucrecia—agregó riendo—no le tengas miedo a mi primo... es muy formalito. Oye, dile que te cuente la fábula del grillo y de la arañita.

Su risa se perdió confundida con el temblor de los motores puestos en marcha. Unos minutos después descubrían la carretera y enfilaban hacia Arroyo Arenas. Acababan de vencer la ligera altura del puente cuando el automóvil que iba a la delantera se detuvo. Martica quería visitar el Cristo milagroso. Entraron y humedecieron en agua bendita las manos todavía mojadas de alcohol.

—No entres—pidió Marcelo a Lucrecia—espéremos aquí.

—¿Por qué? Déjame rezar un Padrenuestro... vuelvo enseguida ¡ateo!—musitó con gracia mimosa, mirándole a los ojos—anda, acompáñame.

—Ya ves, ateo, el único ateo de todos. Pero, no sé, me parece como si profanara algo respetable al

entrar en estas condiciones. El colegio, que no me dejó la Fe, me inculcó, por lo menos, el respeto a un culto que no practico. Al revés que ustedes—agregó pensativo, a paso lento subiendo por la escalera de piedra oscura manchada de verde a trechos.—Yo me explicaría esto, me explicaría la piedad de Martica, de Lulú, de todos nosotros, si entráramos en un templo pagano, con una Venus bien torneada y una lámpara votiva junto al mármol de los sacrificios. Pero, después de todo, ni siquiera paganos sabemos ser.

Aguardando a que terminaran aquellas oraciones inesperadas y sin unción, quedó acodado en la barandilla de hierro oxidado, viendo a sus pies correr los ómnibus en dirección a la Habana. No entendía aquella religión acomodaticia en la que el pecado se mezclaba a la devoción, único sentimiento vago y ambiguo, de aquellas muchachas que tenían un concepto formal y externo de la religión. La salida del grupo, arrastrando la risa por la vieja escalera de piedra mohosa lo distrajo de sus reflexiones. Pero la idea le quedó todavía un rato dándole vueltas en silencio, sin que comunicara a Lucrecia su desconcierto.

Siguieron. Por el camino se cruzaron con ómnibus cuyo paisaje miraba socarrón a las parejas y con hombres en caballos, lentos, cansados y tardos levantando ecos al pisar el asfalto. A la vuelta de una curva pronunciada se descubrió el techo de pizarra roja de "Santa Eulalia" la finca de Maret. Una doble hilera de palmas conducía desde la portada a la casa, resguardada con toldos bajos, llena de frescas enredaderas en el amplio portal criollo en cuya escalinata, severo y recto, inmutable como una estatua, dentro del traje blanco con botones de plata, esperaba el sirviente japonés que tantas cosas había visto.

La muchachada invadió de risas la casa cuyo piso de madera se llenó de ecos oscuros con el taconear impaciente de las parejas. Lulú se lanzó impaciente sobre el radio y un minuto después, la sala se inundaba

de música mientras el nipón extraía de los automóviles paquetes de botellas que depositó en el pequeño comedor en el cual una cabeza de ciervo coronaba el sencillo decorado campestre, alegre de colorido.

—Vámonos al portal—propuso Marcelo a su compañera después de echar una mirada al interior de la casa, llena de recuerdos todavía un poco infantiles y de primicias picarescas.

—No, no—protestó a la vez todo el grupo con un rumor confuso de voces discordantes—tienes que hacer un *cocktail*.

—¿Qué quieren?—interrogó Marcelo con sonrisa segura de experto—¿suave? ¿fuerte?

—Cualquiera, fuerte—respondió San Germán— inventa uno. . . Ahí tienes de todo, le daremos el nombre de Maret como los jardineros le han dado a una rosa el nombre de Lucrecia.

Hizo la composición que se bautizó ceremoniosamente con el nombre del dueño de la casa. Las copas, con el líquido de un color rojo oscuro coronado por una espuma ligera, se alzaron entre risas. Se repitió. Se volvieron a batir bebidas. Toda la gama desfiló en poco tiempo, desde el vermouth de un rojo desvaído hasta el ajeno ennegrecido por la mezcla. Cada vez los pasos eran menos seguros y las voces más roncadas.

El radio sonaba sin cesar, mezclando a los sonos de moda las canciones criollas, los tangos de cansada cadencia y el anuncio de zapatos, de cepillos de dientes, de plumas de fuente y recetas de cocina. Se bailaba entre risas sofocadas y gritos escandalosos que hacían, a lo lejos, temblar el ladrido ronco de los mastines en guardia.

Bailaban besándose, con las caras juntas, poseídos de un vértigo de perfume y de carne fresca, chocando unos con otros, casi sin compás, sin detenerse algunas veces cuando la música cesaba. A través de

las ventanas opacadas por la tela metálica, tomados de la mano, muy juntos, Lucrecia y Marcelo veían las parejas y sentían el rumor de la orgía.

El japonés impasible, como si a sus ojos rasgados no llegaran aquellas visiones de furias en celo, no cesaba de batir *cocktailes*. Sabía su oficio. Desde la puerta del comedor estaba atento a la más ligera insinuación, listo a las llamadas, siempre sonriente, seco, recto y afirmativo. Cuando Lucrecia y su amante se sentaron en la gran hamaca del portal, acudió solícito a reforzar los nudos y comprobar la firmeza de los hierros, sin reparar en que se daban un largo beso.

—No importa—observó Marcelo a su amante—está viendo cosas peores. Dame otro beso.

Se juntaron lentamente, en un beso largo, profundo, apretándose abrazados, dejándose ella, poco a poco, caer en la hamaca que al mecerse desgajaba de la enredadera flores azules que caían sobre su cuello y le decoraban los hombros. Cuando se sentaron, vieron a través de la ventana, a las muchachas en trusa, aplaudiendo a Georgina que danzaba moviendo las caderas y el vientre, impudicamente tentadora como una flor de lujuria y una imagen caliente y viva del pecado.

Los llamaron a grandes voces, con palabra vacilante de beodos, pidiendo otro *Maret*. Hizo como que no oía. Le repugnaba un poco el espectáculo indecoroso de su prima, en cuyos ojos la lujuria se encrespaba igual que en la boca húmeda de alcohol, con los dientes apretados sobre el labio inferior, en un éxtasis que le recordaba una pintura olvidada, entrevista en un museo impreciso.

Llegó el japonés con dos copas de una bebida blanca, coronada de espuma, un poco dulce y picante. Experimentó una sensación grata al sentir resbalar el líquido helado por la garganta reseca. Lucrecia se puso en pie.

—Vamos a dar una vuelta por el jardín—sugirió—me repugna un poco el espectáculo de estas muchachas. Ya ves—agregó con un tono casi doliente—para el mundo en que vivimos, la mala, la perdida, la deshonrada soy yo, que te quiero. De ellas se habla, se las critica, pero también se las perdona. La vida toda, ¿no te parece? está hecha de un prejuicio único que consiste en autorizarlo todo en nombre de la vida y de la naturaleza, menos el amor.

Marcelo le dió íntimamente la razón sin responder, al tiempo que la guiaba por los caminos de arena del jardín sembrado de rosas con los canteros bordados de claveles y de pensamientos. Lucrecia siguió hablando.

—Es que toda esta generación nueva no ama sino el placer. En ella, el espíritu se ha ido atrofiando y sólo queda la sensibilidad de la carne.

—Representan algo que tal vez no comprendemos todavía—le explicó él, vaciando sus viejos pensamientos cultivados a través de muchos meses—es el sentido del mundo actual. Hay que perdonarles todo porque son víctimas de una época que se está liquidando, deshilachando y confundiendo. Todas las culturas al morir han ofrecido el mismo espectáculo, porque las culturas son ciclos de pensamiento que al extinguirse dejan estos espacios sin sentido, sin ambición y sin afanes, destinados al placer. Esto que ves, que vivimos tú y yo sin saberlo, es la liquidación de la cultura burguesa.

Seguió bordando su teoría, trazándole el panorama de su tiempo decadente, explicándole cómo allegaba para el mundo una nueva era, con prejuicios nuevos. El escándalo de hoy será lo natural en el porvenir. Ella resistía el razonamiento, escastillada en su prejuicio. Se volvieron a oír gritos y vieron a las parejas correr hacia el río, con las muchachas cabalgando en las espaldas de los novios, riendo, con las melenas agitadas por el viento.

—Mira—observó Marcelo señalando al grupo que corría entre las arecas de hojas tornasoladas, a medias tapados por las flores—¿no parecen un friso pagano que saliera vivo de una piedra milenaria?

Era, en efecto, un bello espectáculo y los amantes quedaron en silencio hasta verlos perderse en la bajada del río que sombreaban las cañas bravas acogedoras.

Regresaron cuando atardecía con unas nubes encendidas como latigazos de sangre y de oro en el horizonte cargado de plomo. Las trusas pegadas al cuerpo marcaban las formas tentadoras, las caderas anchas bajo la cintura todavía fina, los senos duros y torneados. Venían sonrosadas por la agitación, sin pinturas, frescas, con el cuerpo aun mojado por las aguas del río y los vellos pegados a la carne quemada de sol. Desde lejos se les oía gritando de frío y pidiendo más alcohol. Invadieron turbulentamente el comedor, manchando de arena el piso y dejando redondeles húmedos en la cretona de los muebles.

Volviéron a beber, sedientos, para entrar en calor y seguir la fiesta. Oscureció lentamente, mientras se oía el rumor de los platos que el sirviente disponía en la mesa a la que acudieron todavía en trusa, abrazados, ebrios, dando tumbos y riendo con una risa ronca que solo acallaban los besos crueles, encendidos de afanes oscuros.

La música seguía en la sala sin que nadie la oyera. Los nervios agotados, comenzaban a flaquear y las parejas iban buscando la oscuridad cómplice del portal. Se notaba el cansancio de las horas quemadas por los impulsos a medias contenidos y las muchachas tenían en los ojos languideces sensuales de agotamiento. Desde un sillón, sentada ella en el amplio brazo, con la mano acariciándole la cabeza, Lucrecia y Marcelo hablaban en voz baja, olvidados del ambiente que los envolvía y que los iba dominando poco a poco. Aquella lujuria de todos les agitaba los ner-

vios y un temblor de deseos los aproximaba cada vez más, poniendo en las miradas insinuaciones y afanes.

Se levantaron al unísono y sin acuerdo, él echándole el brazo por la cintura. El nipón saltó ágil desde el comedor, descorrió la cortina de cretona y les dejó libre la entrada a otra habitación. Por las paredes de madera se colaba el ruido de las conversaciones y de la música. Oyeron, de pronto, la aclamación unánime de los hombres aplaudiendo a Gustavo Montes.

—¡Aquí está "la blanca" . . .—Mostraba entre los dedos un pomo diminuto, amarillo, hacia el que se extendieron impacientes todas las manos.

—No, así no—gritó Montes defendiéndose y alzando el brazo—con orden . . . Las muchachas primero . . .

Georgina se adelantó decidida, tomó en las manos el pomo y leyó la etiqueta con gesto de concededora.

—Es de Merck—afirmó con un tonillo algo doctrinal—. Es buena, aquí está el hilito y la tapa de lacre negro. Pero, va a ser poca.

—¿Qué es eso?—demandó Lulú curiosa, avanzando hacia su novio.

—Coca . . . toma, prueba.

Resistió poco a la iniciación. El alcohol la había dejado casi sin voluntad y cedió a la tentación que la acosaba desde tiempo atrás, despierta su curiosidad por las conversaciones de las amigas. Extendió la mano para que vaciaran el contenido.

—Así no, une los dedos, el pulgar y el índice—le explicó Yoyo Arismendi—basta ¡no tanto! Ahora, colócate el montoncito debajo de la nariz y absorbe con fuerza. Así, bien. Ahora tú, Georgina.

La aludida tenía ya la mano lista. Aspiró el polvillo de cristales blancos y pasó golosa la lengua por la mano para recoger lo que había quedado. Después, Margarita. Tocó el otro turno a Martica. Las demás, que aún no conocían aquello, fueron cedien-

do a la tentación de lo ignorado. Sin gozar comenzaron a sentir los efectos de la droga que les destilaba un sabor amargo en la garganta, y enfriándoles el paladar les dejaba insensibles los labios, la lengua y las encías. ¿Nada más? No comprendían en dónde estaba el placer. Minutos después comenzaron a sentir otra vez la excitación, las ganas de reír, la verbosidad inagotable. Les brillaban las pupilas y tenían deseos de morder más que de besar. Arismendi pidió al nipón cerveza fría que apuraron con sed, para aumentar los efectos de la droga. El sirviente llenó otra vez los grandes vasos de barro llenos de espumosa bebida helada. Con los ojos oblicuos, sin contraer un sólo músculo, sin sonreír ya, miraba impasible. Parecía que por él miraba el viejo Oriente sabio y pervertido con sus cinco mil años de refinamientos llenos de genuflexiones, impenetrable y gastado. Oyóse por radio anunciar las diez. Dió media vuelta y se perdió en el fondo de la casa.

Un minuto más tarde, la finca en sombras se llenaba con el ladrido de los recios mastines corriendo amenazadores por las avenidas. Gracias a ellos, la casita de "Santa Eulalia" a media luz y casi en silencio, quedaba aislada del mundo. Desde el jardín se oían las perdidas notas de una canción sin eco, mientras el aullido de los perros escarbando las arenas, móviles entre los crotos, sonaba en la noche cargada de perfumes, como la voz agorera y desgarrada de Casandra anunciando a un mundo incrédulo el final de sus viejas virtudes.

## XIV

**D**E pronto, un grito agudo, desgarrado, lleno de desolación, de pánico y de horror rasgó la medianoche coronando el aullido alargado de los perros. Al lampo de luz de la sala, con los ojos desorbitados y la boca contraída, de las sombras del portal, blanca y muda, salió Martica que pedía cerca de su novio la presencia de todos señalando la hamaca vacilante en la cual Gustavo Montes yacía con los ojos en blanco, envueltos en una espuma amarillenta los labios pálidos y contraídas las manos cuyas uñas violetas se clavaban en los cojines.

Rígido, con un ronco estertor que le brotaba del fondo del pecho, ligeramente convulso, sin sentido, se agitaba a ratos como en una desesperada agonía. Cuando sus compañeros trataron de incorporarlo, una gran bocanada de sangre le manchó el pecho y los brazos, mientras Marcelo iba con premura al fondo de la casa para alistar el automóvil que unos segundos después, perforaba las sombras con la luz de sus reflectores.

—¡A Emergencias... pronto... se muere—gritaba Arismendi, buscando inútilmente el pulso del enfermo.

—No—argumentó, nerviosamente, Marcelo—mejor a casa de Amenábar, a la entrada del *Country*. Hace falta un médico pronto y no tenemos tiempo de llegar a la Habana.

Por la carretera desierta, el motor roncaba y los reflectores extraían de la sombra el tronco de los árboles en la carrera desenfrenada, loca, nerviosa y acosada de inquietudes. Era la competencia con la muerte lo que Marcelo sentía en las manos tensas y aferradas al timón mientras apoyaba el pie manteniendo la fuga desesperada. Pasaron por un pueblo envuelto en silencio, tenuemente iluminado por las bombi-

llas ictericas sin detener la marcha, arrojando todos los peligros para vencer a lo Fatal. La carretera desierta, subía y bajaba, se doblaba y partía recta fingiendo finales impresionantes en las cerradas curvas. Llegaron a otro pueblo en sombras y vieron al fin, la casa iluminada con una cruz roja en el fanal. Los frenos rechinaron y las ruedas chirriando resbalaron en el asfalto. Fué preciso retroceder para bajar al enfermo que inerte fué colocado en la mesa de operaciones, en tanto el médico, sin alterar su parsimonia, escéptico y lento, lo auscultaba. El auxiliar había prendido ya la llama azul de un reverbero y alistaba una inyección estimulante.

—Cocaína—musitó Arismendi, respondiendo a una mirada interrogante del médico—en cantidad, mezclada con alcohol, después de comer.

Lo explicaba lentamente, cohibido, con vergüenza, confesando poco a poco el pecado de todos. Gustavo Montes estaba ya más tranquilo, respirando todavía con dificultad pero casi rítmicamente. Las manos habían perdido la rigidez y los ojos cerrados simulaban un sueño cargado de pesadillas.

—¿Mejor?

La interrogación de Marcelo estaba llena de dramaticidad. No se le escapaba la gravedad de la situación en que se veía, en la que se encontraba al descubierto Lucrecia si la aventura, tan bruscamente cortada, tenía el fin que aterrado presentía. La ansiedad creció en todos cuando el médico respondió con un encogimiento de hombros en forma dubitativa y el ayudante abrió en la mesa de consultas el libro en que debía asentar las generales del enfermo. Después fué la policía, representada por un sargento de sombrero de fieltro y machete paraguayo al cinto, con el acta inevitable y la amenaza de ir a "Santa Eulalia" a ocupar el resto de la droga.

—¿Hay mujeres allí?

Explicaron el caso.—Mujeres no, señoritas de familias conocidas... señoras casadas ¿comprende?—

El sargento miró comprensivo al vigilante que levantaba el acta.

—Procuren llevárselas, es mejor, el caso es grave y no quisiera perjudicarlas.

Fué preciso dividirse. San Germán y Arismendi quedaron cuidando al enfermo, esperando de la Habana la llegada de una ambulancia de la Clínica, advertida por teléfono. Marcelo regresó a "Santa Eulalia" a recoger a las mujeres y tratando de ganar tiempo para que Lucrecia llegara a su casa antes de que avanzara la madrugada. Las encontró desoladas, llorando en los rincones a los que iba el japonés con frecuencia brindando pomos de sales y tazas de tila. Al regreso, se detuvieron en la Casa de Socorros para conocer el estado del enfermo que había sido recogido por la ambulancia, a la que pasaron unos minutos después cerca de Arroyo Arenas.

Cuando Marcelo, después de dejarlas en su casa, llegó a la clínica, encontró un grupo nutrido de amigos avisados de lo que ocurría. En los pasillos en penumbra, se reunían en grupos, hablando en voz baja y viendo, cómo a través de las ventanas azulosa y pálida, apuntaba la mañana. De pronto, un temblor agitó a todos cuando Maret dirigiéndose a Marcelo le preguntó inquieto:

—¿Y los periódicos?

Había que conseguir de los diarios que silenciaran el caso que se había registrado por la policía. De no obtenerse esto, las ediciones vespertinas de la prensa expandirían de un extremo a otro de la ciudad en la calma del domingo, el escándalo, tentador para los reporteros en busca de novedades truculentas. Maret prometió interponer sus amistades, usar de su influencia y utilizar su popularidad para conseguir que la noticia no se publicara.

Por la mañana acudió presuroso a las redacciones. Los jefes de información se excusaron de ofrecer. Visitó a los directores. Explicó el caso. El escándalo, nombres de señoritas conocidas, señoras casadas. Los

periodistas, al cabo, después de largos sorbos de café, accedieron, en gracia a la amistad del profesor, a guardar reserva siempre que se garantizara que todos procederían en la misma forma. Maret lo obtuvo no sin trabajo para vencer la mutua desconfianza de una redacción con otra. Cuando por la tarde, en los clubs a los que el rumor del escándalo había llegado, el público se lanzó con ansiedad sobre las hojas impresas se vió que nada decían del hecho. Hubo quien se lanzó entonces a tasar los miles de pesos que a Marcelo había costado aquel silencio.

El escándalo, empero, no se pudo evitar. La gravedad, cada vez más acentuada de Montes, llevó a la clínica profusión de hombres y mujeres, los unos en un sincero afán de interesarse por la salud del joven y los más, por situarse al pié del suceso, para recogerlo y documentarse. El hecho, además, pasó al rumor público que se sació en el comentario, exagerando unas veces y riendo otras de la triste aventura. Poco a poco, iban saliendo los nombres y todos se ensañaban ante el sabroso pasto que el triste fin de la aventura ofrecía. En los clubs, en los salones, en los establecimientos, durante el juego de *bridge*, en las peluquerías, dos días después, toda la concurrencia estaba enterada del suceso, con detalles nimios ofrecidos, casi siempre, por falsos testigos.

Aquellos que no frecuentaban los círculos del escándalo, ni trataban a los personajes, ni vivían aquella vida deslumbrante desde lejos, eran los que más se ensañaban, como si vengaran su resentimiento y su rencor. Trataban a los protagonistas por su nombre de pila, sin haber jamás hablado con ellos y narraban fantásticos episodios íntimos, hijos de su imaginación.

Lucrecia no podía disimular su angustia y sentía sobre ella la mirada de todos, siguiéndola con un rumor leve cuyo contenido presumía. La misma angustia se apoderaba de Marcelo que disimulaba ante su novia su pecado, consolando a su amante y

tratando de vencer todas las dificultades. Comprendió, al fin, que un final se estaba aproximando. Hasta casa de María Dolores el rumor llegaba indiscreto, punzante y cruel en anónimos escritos y en disimuladas llamadas telefónicas. En lo íntimo, le consolaba la idea de que agravándose las cosas, se resolverían parcialmente. Solía adoptar ante la vida esa actitud pasiva de espectador que deja a los acontecimientos desarrollarse, convencido de que, al cabo, se resuelven por ellos mismos y siempre de la mejor manera posible. Para los momentos verdaderamente difíciles tenía un fatalismo elegante y sabio que se cruzaba de brazos.

Se sentía responsable del honor de Lucrecia puesto en juego, de su vergüenza en que era cómplice y parte. Los días pasaban en tanto, sin resolver nada y haciéndose cada mañana más compleja y difícil la situación, mientras Montes agonizaba en la clínica, rodeado de familiares, de amigos y de curiosos que hablaban en voz baja en los rincones, lejos del enfermo que sin sentido y con la cabeza cubierta con bolsas de hielo, se iba aproximando al final.

El joven atleta murió una mañana de lluvia. Bajo una montaña de flores, lo enterraron al día siguiente, cargando el ataúd sus compañeros de *trac* y despedido por largas necrologías confusas en los diarios. Todo iba ahora a pasar al olvido bajo el ángel de mármol abrazado a la cruz. Pero había tres vidas en las que el destino había querido poner una marca de fuego.

A la mañana siguiente del entierro, en un paquete que venía atado con suaves cintas rosadas, Marcelo recibió con los retratos, sus cartas a Adriana. Ni una línea de despedida con aquel envío frente al cual meditó largamente en las lágrimas vertidas por su novia candorosa, desgarrada por la realidad cruel que había presentado desde mucho tiempo antes. El ligero envoltorio lo entregó Lorenzo cuando todavía Marcelo estaba en la cama, a medias dormido, ago-

tados sus nervios por la excitación de aquellos últimos días. Tenía sólo, como comentario fino, discreto y duro, una tarjeta de María Dolores enlutada en una esquina y en cuya cartulina creyó descubrir huellas de lágrimas.

El final había llegado y sentía un alivio triste y doloroso. Hubiera preferido salir de aquella casa bruscamente castigado, a tono con su acción que le remordía la conciencia. Ya no amaba, lo comprendía, a su novia, pero sentía piedad por su dolor, sus lágrimas y su sueño roto. Una vida más, pensaba, atropellada en la carrera. ¿Es que este ha de ser mi destino—se preguntaba melancólico—pagar con rudeza y dolor el amor que me tienen? Sintió los ojos húmedos por el dolor de la ilusión que había tronchado en flor. Estaba deprimido e indeciso y hubiera querido, en aquel momento, correr a casa de la novia, arrodillarse y pedirle perdón. A ella y a María Dolores, cuyas bondades y cuyos consuelos tan malamente había pagado. ¿Volver? ¿Para qué? Sabía que el sueño roto no volvería más nunca a florecer y que era agravar el mal el ofrecer innecesarias explicaciones. Pero necesitaba darlas. Se lo exigían su corazón y su caballerosidad.

Con la cabeza entre las manos quedó meditando, sin noción del tiempo. Se imaginaba a Adriana llorando con el rosario temblándole en las manos, por su culpa sangrando en lo íntimo el corazón deshecho. ¿Ir a verla? Sintió como un relámpago la tentación de correr a pedirle perdón, sabiendo que al cabo, lo obtendría porque no ignoraba que el amor perdona siempre y se aferra antes de morir a la última esperanza. Lo contuvo la convicción de que sería peor. Ya no amaba a Adriana y casarse con ella sin amor le pareció aún peor que abandonarla a un dolor que podría pasar. Se acordó del caballo alado de su escudo y del grito de guerra que lo impulsaba "Más vale volando. . ."

—Lorenzo—llamó mientras al afeitarse observaba

su cara amarillenta y los párpados ligeramente hinchados de insomnio—avisa por teléfono al Padre Juan de la Cruz que necesito verlo.

Vaciaría al sacerdote comprensivo su atormentado corazón y haría llegar hasta casa de Cisneros la verdad. Esta idea lo consoló un poco y se quedó más tranquilo, mirando a lo lejos desde la cama, el azul reverberante de sol de la espléndida mañana. Apuró un trago de *Bacardí* que le quemó un poco la garganta calmándole los nervios en tensión desde horas antes. El lebrél, sigiloso y tardo, se echó a sus pies mirando con ojos interrogantes, como si comprendiera su tragedia.

Gonzalo Maret, al llegar, lo sorprendió todavía sin vestir, con la barba apoyada en la mano, frente a la ventana. Le traía el rumor de la calle llena de comentarios, de historias, de novelas, en las que su nombre y el de Lucrecia se mezclaban al de los demás protagonistas con el de Adriana, cuyo dolor compadecían las amigas.

Maret acababa de tropezar en *El Encanto* a la viuda de Iglesias paseando los departamentos con sus cabellos teñidos y dejando caer al paso la semilla de la murmuración. Hablaba en voz alta con las amigas y las conocidas, explicando el escándalo, detallando el suceso, agravando la culpa de Lucrecia con la responsabilidad de los demás pecados, reuniendo, así, en torno suyo, a los curiosos que se detenían simulando comprar para conocer nuevos datos.

El establecimiento de San Rafael y Galiano, reunión de grupos diversos, estación de paso de todas las clases sociales, bolsa siempre del último escándalo que se propalaba a través de sus cien departamentos entre la clientela distinguida que se daba cita antes del almuerzo, vió cruzar a la viuda de Iglesias deteniéndose veinte veces para interrogar y explicar. Maret la había visto en seis sitios diversos, siempre detallando con las mismas palabras, el hecho, primero cuando compraba unas corbatas para Mr. Mulford

y después, al adquirir unos perfumes en liquidación.

—Y lo que ella cuenta—le decía a Marcelo el profesor—es el comentario general. Desgraciadamente, no se habla de otra cosa.

La honra de la amante había sido ultrajada, mancillada para siempre, hundida en la vorágine de aquellas reputaciones en crisis. Marcelo sentía en pleno rostro el latigazo y del primer movimiento de piedad, le nació, avasalladora como nunca, la impresión del amor. La amaba. Y amaba a una mujer perdida, deshonrada, señalada por todos como el eje de aquel drama en que solo había sido espectadora. Sentía impulsos de salir a la calle y gritar la verdad, de decirla en todas partes, de lanzarla al rostro de todos como una bofetada caliente.

—Esa mujer se me entregó por amor, por pasión, porque yo era el despertar de un viejo sueño—hubiera querido decir—respeten su derrota y su dolor y no mancillen la pureza del manto en que el amor la envuelve. Es la única pura, ella, la perdida, la adúltera, la vergonzante samaritana de mi sed. Su culpa no es suya, es de todas, es de Lulú, es de Marta, es de Georgina, de Margarita, de todas, de todos. Es víctima de un drama al que fué ajena y de una celada de la casualidad.

Hubiera querido decir todo eso y tenía que guardar silencio.

—No salvarás su reputación caída—le objetaba serenamente Maret, limpiando las gafas manchadas por el traspasar de su inquietud.—No te creerán y sólo conseguirás aumentar su pecado. Las demás son solteras y solteras, tenlo en cuenta, en una época que interpreta a su modo el amor y la vida. ¿Culpables? No son ellas culpables tampoco de su vida torturada por la sed de placer, consecuencia natural del hastío de nuestro tiempo sin ideales.

Trataba de calmarlo haciéndole reflexiones banales que no podían disminuir su inquietud. Todo pasaría en poco tiempo y la vida seguiría rodando

tranquila e impenetrable a cumplir su destino. Las mismas muchachas serían siempre acogidas con una sonrisa por las que sin participar de sus correrías o de su moral, eran, al cabo, sus amigas y sus compañeras. El tiempo termina calmando las angustias como las ha calmado siempre. Adriana volvería a soñar, amaría a otro hombre para ser algún día feliz con esa felicidad parca y tímida a que aspiraba su piedad burgesa.

—De todo esto, dentro de algunas semanas, sólo quedarán una cruz sobre un mármol y una madre llorando. Solo para ella la tragedia de "Santa Eulalia" vivirá perennemente mientras los demás siguen derrochando la vida y la ventura corre a sus realizaciones prometedoras. Tu mismo—afirmaba—olvidarás todo esto, a Adriana, también, cuyo amor no tenía tu descanso sino un momento para seguir después.

—¿Y Lucrecia?—interrogó Marcelo alzando los ojos—¿y Lucrecia?

Le perseguía la imagen de la amante entristecida y por su culpa desgarrada para siempre. Habían dejado de verse varios días y solo a escapadas y con palabras de angustia, hablaban alguna vez en mitad de la tormenta desatada que los envolvía. Todas las mañanas el cartero entregaba una carta húmeda de lágrimas, escrita con letra nerviosa, clamando por un consuelo y una luz que Marcelo no podía dar. ¿Qué hacer?

Bebía copiosamente, sin embriagarse, más fuertes los nervios que el alcohol. Esquivaba frecuentar los sitios en que su presencia era familiar, porque se sabía blanco de todas las miradas y tema de la conversación. Su única distracción para calmar los nervios, era salir lejos de la ciudad, con el lebril blanco al lado, sin dirección, bajo los pinos o a las orillas tranquilas de un lago que movía la lenta inquietud de unas garzas.

Una vez más, aquella tarde, después que Maret se despidió, tras apurar una copa, tomó el automóvil

y con el lebel amigo a la vera, salió a pasear. Recorrió vagabundo y perdido, caminos inéditos, entre pinos y flamboyanes. La sensación de la distancia le era grata, como si fuera en la lejanía inalcanzable en donde pudiera encontrar el camino definitivo.

## XV

COMO en días anteriores, el padre Juan de la Cruz casi entró en silencio, buscando a Marcelo que aguardaba en la biblioteca hojeando distraídamente libros nuevos en cuya lectura no lograba interesarse. El buen dominico iba a ambas casas diariamente desde la ruptura de las relaciones de Adriana y Marcelo, empeñado con ingenuidad en buscar una solución que el creía satisfactoria y en la que Marcelo no tenía interés. Lo llamó el primer día solo para buscar en su comprensión, un confidente a sus penas y principalmente, para hacer llegar a casa de Cisneros su dolor, la sinceridad de su pena, por lo acaecido.

—Yo quiero que usted explique a María Dolores —solicitó del padre Juan, con calor en la palabra temblorosa— mi situación y la verdad de lo ocurrido. Yo he sido, igual que Adriana, una víctima del destino, una víctima de algo interior, indomable, que me empuja sobre mi propio corazón. No hubo, como ellas pudieran creer, insinceridad en mi amor, que yo creía leal y cierto. Lo era y me duele que, al cabo, las cosas hayan resultado distintas... Pero, vea usted, yo no tengo la culpa. Es algo interior que me impele, algo que está en el ambiente también y que me lleva a una disolución lenta de la personalidad.

El padre Juan de la Cruz entendía solo a medias, a pesar de sus libros, de su talento y de su experiencia. Le ocurría, que en el fondo no distinguía el amor del matrimonio y por eso, aquella tarde como la primera, tornaba a insistir en una imposible reconciliación.

—Si prometes rectificar y no volver a las andadas— explicaba con voz suave, un poco conminato-

ria—todo quedará arreglado, porque Adriana te quiere y te perdonará, pero haz, hijo mío, propósito firme de enmienda.

Fué inútil que Marcelo insistiera en que volver con Adriana era imposible. El Padre Juan no lo entendía.

—Será una buena esposa y una madre cristiana para tus hijos. Te dará calma y un hogar santo para que Dios lo inunde con sus bendiciones. En su casa, todos te quieren... Verás... ¿me permites mediar por última vez? Pero, eso sí, me jurarás no volver jamás con esa mujer.

Le restalló como un latigazo en el corazón el final de la frase. Alzó los ojos y quedó un largo rato en silencio, mirando a su interlocutor.

—Faltaría al juramento—respondió con tono convencido, sin ira, pero con firmeza, mientras evocaba la figura triste de Lucrecia a esa hora entrevistándose con Maret—porque para mí, Lucrecia es todo, todo...

—¡Una mujer casada!— en las palabras del padre Juan había un tono desolado y a la vez sorprendido—una mujer que no podrá ser tu esposa ¿estás loco, hijo mío? ¡Una divorciada! ¿vas a decirme que amas a una mujer con la cual no puedes formar un hogar?

—La amo, padre, la amo. Usted no puede comprender estas cosas, porque usted confunde el amor con el matrimonio, dos cosas que pueden ir juntas, no lo niego, pero que pueden ir también distanciadas. ¿Usted no sabe que a veces en la vida de un hombre no hay más que un amor? Un amor—la voz tomaba un dejo suave, como de monólogo sin auditorio—puede ser a veces imposible y se aleja y lo perseguimos toda una vida, aun casados, una, dos o tres veces, con otras mujeres. Casarse no es amar, ni para amar hay que casarse. Usted, Padre, no puede comprender estas cosas, porque la Iglesia como el Estado, se ha olvidado al legislar, del amor, pensando siem-

pre en el matrimonio, como si fueran una misma cosa o como si este fuera una consecuencia del amor. ¿El deseo? No me diga usted que el deseo es el amor, aunque el amor traiga como secuela, el deseo imperioso y hasta brutal. Yo he deseado a miles de mujeres ¿comprende? mujeres rubias como el oro o quemadas como la canela, mujeres rientes y mujeres tristes, mujeres honradas y mujeres perdidas. Yo he deseado a todas las mujeres y no se asuste, Padre Juan, si le confieso que desde las desnudas bellezas sonrosadas y de enervante perfume del *Winter Garden* o de *Follies Bergére* hasta una monjita de toca blanca como su alma, que entreví una tarde de estío en el patio umbroso de un viejo convento sevillano, todas, unas más y otras menos, han tentado mi deseo y hasta mi corazón. Pero el amor para mí ha sido Lucrecia y no la Lucrecia de antes, la novia, sino la Lucrecia de ahora ¿comprende?

—¿Pero entonces Adriana?—interrogó el Padre para demostrar una vez más que, efectivamente, no comprendía.

—¿Adriana? Eso usted tampoco lo va a entender. Adriana fué una ilusión de amor y un gran deseo de paz, de reposo y de olvido. Creí, sinceramente, amarla. Me equivoqué. Le tengo cariño, pero falta en ella ese tema de perpetuo atraer que es el deseo. Por el deseo podemos llegar al amor pero por el cariño jamás se llega al deseo. Pero ¡bah!—cerró con una mueca desilusionada, mientras se alisaba los cabellos revueltos—esto tampoco puede usted comprenderlo.

Las palabras iban cayendo graves, desoladas, hundiéndose en el silencio de la alcoba en penumbra. ¡El amor! Su tragedia era aquel amor al que solo podía llegar por el pecado, a saltos, como un conquistador. Adriana no podía ser el amor y ninguna otra podría serlo. El amor era Lucrecia y tenía que llevársela por sobre todos los prejuicios, porque ante

todo, antes que el prejuicio, antes que la fe religiosa, antes que el mismo deber, estaba el sagrado amor.

El sacerdote lo escuchaba clavando en el cielo los ojos y musitando en silencio largas jaculatorias para pedir indulgencia por el alma irremediablemente perdida. La palabra divorcio sonaba en sus oídos y se materializaba a sus ojos, encendida como nueva palabra bíblica anunciando el final de las modernas Babilonias.

Marcelo no sólo se resignaba ante el escándalo, sino que comenzaba a aceptarlo como una fatalidad tranquilizadora. A los ojos del mundo, maculada por el adulterio, sacrificada a su amor, la amante le iba pareciendo más bella cuanto más triste y más suya sobre todo.

Se hundió en sus celos retrospectivos, suspirando como si descansara de una idea fija que lo hubiera perseguido siempre. Ya no lo azotaría en sus largas noches sin halago, la idea cruel de que Lucrecia pudiera estar en los brazos de otro, entregada por deber, pero entregada al fin, con todas las languideces de las entregas carnales. Ahora sería suya, perdida, aislada, triste, pero suya.

El divorcio iba adelante. Salazar había abandonado la casa trasladándose a una habitación del club, dando tiempo a su mujer para decidir la situación. Maret mediaba por encargo de Marcelo, defendiendo a Lucrecia con sus sutiles diplomacias y resolviendo la situación con su experiencia y escepticismo ahora más analítico que nunca. Había comenzado por evitar el viaje precipitado de Lucrecia al extranjero y se dedicó, después, a mediar, buscando la fórmula para evitar que el divorcio se planteara por adulterio.

Cuando el profesor penetró en la biblioteca, Marcelo y el padre Juan seguían envueltos en un silencio largo y casi sombrío que el saludo de Maret inte-

rrumpió un momento para quedarse otra vez en silencio en espera de las noticias que el profesor traía. Eran pocas y carecían de importancia.

—Salazar acepta el plan del divorcio a base de incompatibilidad de caracteres, sin oponer reparo al problema económico de los gananciales que será más adelante discutido y que no quise envolver en el principio de estas negociaciones por una cuestión fundamental de delicadeza. Hemos quedado en que Lucrecia abandonará la casa la semana próxima, mientras llega su madre de New York, para acompañarla.

—¿Y en tanto?—requirió Marcelo con impaciencia—¿dónde va?

—Presumo que a un hotel, como me dijo ayer. Su situación—agregó con voz monótona, como quien repite algo muy dicho—es difícil después de lo ocurrido y no encuentra una puerta amiga que se le abra para darle un pedazo de hogar. Habrá de pasar mucho tiempo antes de que pueda conseguir eso, porque en sociedad se perdona el adulterio, pero se cobra caro el escándalo y mucho más a las mujeres bonitas que a través de los salones han llamado la atención y cosechado triunfos mundanos por la gracia, la belleza o la posición. Ese es el caso de Lucrecia. Recuerda que una rosa de las más solicitadas lleva su nombre. Ahora, a la misma flor le darán el nombre de alguna otra.

—Por mi culpa—comentó Marcelo al tiempo que seguía con los ojos los espirales de humo azul que se desprendían del cigarrillo.

—Exactamente, por tu culpa—apoyó el profesor buscando la mirada perdida del Padre Juan, que permanecía en silencio.

Después le trazó a Marcelo a grandes rasgos su responsabilidad y su pecado. Había ido a perturbar la vida sosegada de la amante, arrastrándola, sin que-

rer, a la aventura que resultó fatal y que enlodó su nombre y su honor que quedó perdido, rasgado y en entredicho, no solo por el comentario, sino por la calumnia procaz que había hecho de su honra girones como de la túnica de una virgen el tropel alocado de unos conquistadores. Los dos habían pasado a ser, desde el día del acontecimiento fatal de "Santa Eulalia", una doble interrogación abierta a los ojos de una sociedad curiosa que esperaba el final de la aventura como en el teatro se espera, calmosamente y con atención, el final de la farsa dramática.

Marcelo, con voz opacada, de pie, frente a la ventana, golpeando menudamente los cristales, recitaba sus dudas, sus vacilaciones y su desconcierto, con monotonía de rosario. Para reparar todo aquel mal ¿qué hacer?

—Sólo los gañanes—le planteó Maret, en seguida, como si aprovechara una brecha abierta por donde vaciar su íntimo pensamiento—dudan lo que tienen que hacer cuando el honor de una mujer está comprometido por su culpa. Un caballero sabe siempre, en todos los momentos, cuando del honor se trata, cuál es el camino a seguir. Si piensas en ello un segundo, sabrás qué te quiero decir con esto.

—¿Casarme?

—Exactamente, casarte, tú lo has dicho.

El Padre Juan salió, como en un salto, de su largo silencio.

—Pero, doctor, sí es una mujer casada. . . No hay, usted comprenderá, matrimonio posible. ¿El Civil? No lo acepta la Iglesia y por ende, no puede aceptarlo una sociedad católica. .

—Lo acepta padre—arguyó Maret poniendo firmeza en la voz, como para cortar al inicio cualquier discusión sobre un punto dogmático que en aquellos momentos a nadie interesaba. Después se volvió a Marcelo para continuar su explicación.—Tienes que

restituir a Lucrecia a esa sociedad de la cual la has sacado por una desgraciada casualidad. ¿Quieres un consejo? Mientras transcurre el plazo legal después de la disolución del matrimonio, déjala marchar a New York y así cortarás de raíz la murmuración.

¡La murmuración! Por los ojos de Marcelo pasó como una ráfaga de desprecio, de desdén y de orgullo. ¿Qué le importaba a él la murmuración? Poner el honor, la pureza, el buen nombre de su amante, de su esposa de mañana, en la boca de gentes banales, mancilladas por todos los pecados, enfermas por todas las lujurias, perdidas en los excesos. ¿Sacrificar al prejuicio su corazón y los ímpetus rebeldes que había dentro de él? Le pareció absurdo todo aquello.

—Si aquí—explicaba con los ojos encendidos, agitando las manos contra su costumbre de no gesticular—se duda de todos, precisamente, porque el pecado ha perdido su sentido y porque a fuerza de ver caer, estamos llegando a aplaudir las caídas. Lucrecia no será mejor ni peor porque los demás lo crean o no. Basta que yo lo sienta. ¿El juicio del mundo? Estoy cansado de farsa. ¿Es que mis primas, por ejemplo, pueden dar patente de honorabilidad? ¿Es que la viuda de Iglesias puede determinar quién es y quién no es honrada? ¿Es que alguna de esas que más la acusan y que la señalan con más rigor, tiene derecho a señalar pautas de buena conducta? ¡No! Si todos estamos quitando nuestra piedra a este edificio que se derrumba abatido por el pecado de todos. . . . ¿Que no recibirán a Lucrecia en sus casas? ¡Allá ellas! . . . Algún día cantaré a los cuatro vientos, en plena calle, las verdades a todos.

El Padre Juan de la Cruz extrajo del fondo de su bolsillo sacerdotal el reloj de níquel y se puso en pie. Tenía que regresar al convento y se despidió, discretamente, aterrado por el aluvión de palabras y de alardes de Marcelo, que constituían para él revelaciones inquietantes. Lo dejó con Maret, casi feroz, con las

manos a la espalda, agitando su ancestral orgullo removido por la agresión para que como un penacho ciranESCO lo irguiera desafiando todas las iras. Maret paciente, dejó pasar la tormenta, esperando poder seguir su razonamiento.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó, aprovechando un momento de silencio.

—Lo único que debo hacer, traer a Lucrecia a mi lado, a esta casa que será la suya aunque el mundo se indigne y proteste y me señale. A mi no me importa el mundo, ni me preocupa esta sociedad advenediza, llena de orgullos necios, incapaz de realizar su papel de aristocracia, sin más patrón para juzgar que el oro. Yo tengo el oro . . .

Se crecía al sentirse desafiado. ¡El oro! El tenía el oro que todo lo compra, reputaciones, nombre y prestigio. ¿No es el oro el afán de todos? Por el oro, por la fuerza del oro, impondría su querida. Se le removía con sonoras agitaciones, en el fondo del alma, el orgullo de la raza. ¿Blasones? El tenía el caballo alado de Pimentel que ya había lucido su grito de guerra al lado de Carlos V para echarlo como un resplandeciente guiñapo a una sociedad de horteras enriquecidos, de advenedizos, de políticos de fortuna, de gentes vencidas treinta años atrás por el fuego y la sangre de la revolución y vencedores después por el oro.

—¡El honor! ¿El honor, doctor? ¿Pero quién piensa aquí en estos tiempos en el honor? ¡Pobre de aquel que ponga por delante el honor! A nuestro mundo moderno, a eso que los cronistas sociales han dado en llamar "gran mundo" loándolo todas las mañanas y todas las tardes, sólo le interesa el oro. Usted sabe, como lo sé yo, como lo saben todos, que nuestra falsa aristocracia, aluvión de aventuras, se basa en el oro, no en la virtud y en el honor como fueron las antiguas y continúan siendo las que perduran. Para entrar en este falso "gran mundo"

basta el oro y a nadie se piden cartas de hidalguía, ni se le pregunta cómo hizo el dinero. Políticos aprovechados que defraudaron las arcas del Estado, sin escrúpulos y sin pudores, maridos burlados, mujeres que se subastan, contratistas que compran conciencias, especuladores que se enriquecen con el opio, con la morfina y con la heroína, todos se mezclan y conviven, alegres y alargando la farsa aunque todo se pierda.

—Pero hay todavía honradez y decencia;—interrumpió Maret con un gesto conciliador—no todo está perdido; ¿entonces?

—Pero usted no vé cómo ese mismo grupo al que no se puede tachar de nada malo, que está orgulloso de su ascendencia y se pavonea de su honradez, que ya le resulta un título más, acepta a los demás, se reúne con ellos y a su lado goza. Yo me casaré con mi querida y nadie tendrá derecho a reprocharme. Y antes de casarme con ella, la traeré a vivir aquí, como hicieron otros a quien usted conoce y que son muchos. Que no vengan a mi casa si no quieren. Ya tratarán después de vencer las puertas cerradas, porque aquí hay oro, oro, doctor ¡oro! ¡oro! que es suficiente.

Hablaba con voz opaca, llena de honduras, de flexiones roncadas, recitando su monólogo como un nuevo Hamlet ante cuyos ojos cansados desfilara el tremante espectáculo de una época que se liquida y en la que se anuncian auroras nuevas, con destellos inéditos y latigazos de insospechados amaneceres.

—Vivimos—agregó mientras continuaba sus paseos—una época en la que todo hace crisis ¿porqué voy a empeñarme en rectificaciones inútiles? El honor, aquel honor antiguo, recio, cerrado, hostil a la vida muchas veces, que hacía morir con elegancia a los abuelos de gola engomada y tizona toledana al cinto, ha desaparecido. Es cierto que hoy también se

mata y se muere, pero por motivos distintos, aunque se diga que es por el honor.

Yo soy un sensual, doctor,—apuntó deteniéndose frente a la butaca en que Maret fumaba—un hombre que ama el placer por sobre todo pero que quiso también dar a su vida un sentido superior de espiritualidad. Estaba equivocado. Soy hijo de mi época y pertenezco a una generación dramática. Dramática—recalcó con un tono desgarrado, casi sollozante—sí, dramática, situada entre dos épocas, sin oportunidad. La juventud que nació con la República ha sido una juventud perdida, porque llegó demasiado tarde para ser heroica y demasiado pronto para ser cívica. Cuando la generación que hizo la guerra desaparezca, tendremos el sitio ocupado por los jóvenes y nosotros estaremos a punto de ser viejos. Esa convicción ha hecho que no tengamos otro sentido vital que el placer y la molicie. ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Pero si aquí no pensamos más que en el placer y en estilizar la sensualidad! . . . Nos acosan todas las lujurias del Trópico que nos encienden la carne. . . vivimos persiguiendo la carne, obcecados por el placer, borrachos de tentaciones carnales.

Se retorció las manos y sus reflexiones comenzaban a culminar en una desesperación que Maret jamás le había conocido. Marcelo siguió su monólogo, lleno de admoniciones y de oscuros presagios.

—Yo veo cómo, todo esto, desquiciado, perdido, casi próximo a una catástrofe final, se deshace día a día. Vienen credos nuevos que alborean a lo lejos y sentimos ya el calor tibio de las venideras auroras. Como San Juan Evangelista en Patmos, el islote de las terribles profecías, veo un mundo que acabará purificado por el fuego. . . ¡Patmos! ¡Patmos! ¿Usted no siente, doctor, a lo lejos, algo así como un sordo rumor apocalíptico? Es el final. Es una sociedad que termina, para dejar el lugar a otra que llegará dentro de un siglo, quizás más, tal vez menos, pero que

llegará, después que nosotros sin darnos cuenta, agotemos hasta el final esta copa de decadencia que nos bebemos desesperadamente, como si en el fondo estuviera el olvido de nuestra propia impotencia.

Sus palabras tenían el sentido trágico de las profecías bíblicas. Parecía un nuevo Juan agitando desde la roca helénica la fatal promesa de un mundo en llamas y viendo a sus pies toda una moral, todo un ramillete de prejuicios que se deshicieran agotados, destrozados y barridos por tempestades extrañas.

Se hundió, después, en un silencio cargado de funestas visiones, como hace dos mil años, en Patmos, San Juan se quedó una tarde silencioso y enigmático, viendo a lo lejos romper las olas del mar que en el poema homérico sintió quebrar sus ondas por las naves soñadoras de Ulises.

## XVI

 E la llevó a su casa para cubrirla de rutilantes joyas, de halagos, de besos, de lujo y de risas. Teniéndola cerca y sabiéndola cercada por el prejuicio de su amor desafiante y libre, que encendía de ira falsa la indignación de las antiguas amigas que todavía no le perdonaban su belleza triunfal, se sentía superior y agitaba su orgullo empecinado como un gonfalonero del amor sin trabas, sincero y libre, La exhibía por las tardes, ricamente vestida, en el automóvil descubierto por Prado y Malecón, en los teatros y en los hoteles de lujo, complaciéndose en llevarla a las casas de modas y hacer bajar para ella los más extravagantes modelos, los más ricos perfumes de París, las más costosas fantasías de lujo, los gladiolos más luminosos y las más blancas orquídeas. Era para ambos un deleite íntimo y riente el ver que en aquellos sitios, la dependencia abandonaba a los demás parroquianos, a las amigas de antes convertidas en enemigas ahora, para atenderlos, atraídos por el derroche de oro. ¿No quereis oro? parecían decirles, aquí lo tenéis, ved cómo se maneja. Los cronistas sociales, que por algún tiempo silenciaron discretos el nombre de Lucrecia, acabaron por restablecerla en su categoría de belleza siempre atractiva y en las listas de nombres con que daban cuenta de los eventos sociales en hoteles y cabarets no dejaban de consignar siempre, en una línea aparte, el nombre de la que había dejado de ser esposa del doctor Fernando Salazar para pasar a querida de Marcelo Pimentel.

Aquello complacía a Marcelo, porque le hacía apurar la venganza como un licor sutilísimo, picante y dulce. Su vuelta a la patria había sido un dolor en lo íntimo cuando se dió cuenta de que todo había cambiado y sintiéndose perdido entre todas aquellas gentes, casi anónimas, encastilladas en un idiota orgullo de clase se vengaba del dolor, alardeando de su indiferencia. Se tomaba, pacientemente, con parsimonia de artista que ejecuta una obra maestra, la venganza, ostentando a su querida como quien agita un pendón desafiante. Por las noches, en aquel verano intensísimo y sofocante, lujosamente descotada Lucrecia, enojada y exhalando perfumes exquisitos, acudían a comer a los lugares de lujo en que se daba cita el gran mundo, lejos de la ciudad, bajos los mangos iluminados de *Sans Souci* o en el remedo parisién de *Chateau Madrid*. Allí se sentían blanco de todas las miradas, después de haber siempre obtenido la mejor mesa, que desde por la tarde hacían adornar por manos expertas y que ocupaban mientras dejaba oír la orquesta aquellas piezas que más gratas fueran a Lucrecia y que el propio *maitre* solicitaba del director.

El amor se había convertido para Marcelo en un motivo nuevo de placer, que iba dando a su vida sensaciones desconocidas e insospechadas a su cansancio de amador aventurero. Le gustaba embriagarse un poco junto a Lucrecia y creía encontrar ecos desconocidos en el taponazo de las botellas de champagne que hacía abrir junto a ella. Los meses pasaban sin que en él se agotara aquella dedicación sensual hacia la mujer que le había abierto panoramas inéditos y en cuyas carnes tibias, perfumadas y suaves, encontraba el placer escondido. Gran sensual como era, se había deleitado mezclando perfumes diversos hasta que consiguió uno, exclusivo, peculiar, propio, que se le hizo inconfundible y que obtuvo después de largas experiencias en el *budoir*, cerca de ella, que se reía de su alquimista. Aquel perfume nuevo le pro-

dujo sensaciones y deleites que completaron el encanto de la mujer cuya carne se le fué haciendo agotadora como una droga.

Se complacían en llegar tarde a los lugares a que acudían, para cruzar entre las mesas ocupadas por antiguas amigas que les esquivaban el saludo, sintiendo el desafío al que no podían responder. Al cruzar Lucrecia irradiaba aquel perfume un poco fuerte y a la vez delicado y ambos reían sabiendo que a su paso levantaban comentarios hirientes, hijos del resentimiento.

Les complacía sentir expanderse a su paso la envidia, como al caer en un lago provoca círculos que se amplían, la piedra perdida.

Los domingos gustaban de invitar a Maret al almuerzo para que les llevara con su charla inagotable un poco del rumor de todo aquel mundo del que vivían alejados. El profesor escéptico, burlón y penetrante, gozaba con mantenerlos enterados de todas las historias y todos los rumores que recogía en sus andanzas en sociedad. Viendo, desde lejos, aquella vida confusa, agitada, pervertida a ratos, insubstancial siempre, como el que vé desde la costa el desplegar de la tormenta, apreciaban cada día más su aislamiento y a medida que el tiempo corría experimentaban el tranquilo placer de su amor aislado, gozado a solas sin necesidad de contar con los demás.

Por Maret, que bordó el relato con picantes comentarios, supieron un domingo el final de los amores de la viuda de Iglesias con su profesor de *bridge* y su caída en brazos de un estudiantillo de medicina, llegado de Guasimal meses antes, con los zapatos aun manchados por el lodo campesino y las manos rudas y las espaldas anchas como de gladiador joven. Naturalmente, aquel mozo que tenía la boca brusca todavía, adornada con un bigotillo recortado, eclipsó pronto al pobre Mr. Muldford, reumático a fuerza de

*wiskey*, desgarrado de años y de delgadez y flemático para el amor como para el juego.

¿Y la sorpresa de Angelita Blanco al encontrar una tarde a su marido, en un reservado, acompañado de una mujer que no era la esposa de Muldford? Maret se complacía detallando, acaso con un tanto de intencional exageración, la escena de la amante del ingeniero, cuando de boca de la propia esposa escuchó a la tarde siguiente, el relato. Mrs. Muldford había llorado después de indignarse y llegó hasta echar en cara a Angelita, el abandono en que tenía a su esposo.

—Ya ves, por tu culpa—gritaba la derrotada en pleno *bridge* y entre el coro de sonrisas y comentarios—nos engaña.

Otra tarde, después de almorzar y hacer el elogio de un exquisito *Pomard* que Marcelo le había reservado en una exploración por sus bodegas, el profesor gozó entretenido en detallar para Lucrecia, los motes que en el Club habían puesto las muchachas a un grupo de amigas y amigos, tomados todos de películas de actualidad. A la viuda de Iglesias, siempre lista a trazar caminos y a dar órdenes, la llamaban "La última orden". A cierto grupo de solteronas que acostumbraba sentarse a tomar el fresco y a comentar, displicentes, todos los rumores sin que nadie se les aproximara a insinuar un *flirt*, lo apodaron "El escuadrón perdido". "Amor en venta" se llamó desde una tarde la señora de Zayas Valera, pecadora, rubia y fácil. A Martica sus propios amigos la llamaron "La virgen loca" y al riente Peter "La bestia de la ciudad". Al doctor Martínez Osma, político marullero e inmoral, "El pueblo ruge".

—¿Y a usted doctor—interrumpió Lucrecia riendo—no le han puesto ningún apodo?

—Claro que sí—respondió Maret, agudo y fino—"El pasado acusa". Lo escogí yo mismo. Fué un

éxito cuando lo dí a conocer en la Clínica, hace dos días al llevar unas flores para Finita que está operada... del apéndice. Fué un ataque casi fulminante.

—¿Pero ella nunca había padecido del apéndice?  
—interrogó Marcelo que no había caído en el sentido picante de la frase del doctor.

—No; el único antecedente que se conoce, data de tres meses antes, en que una tarde, después de jugar al tennis, se fué sola a pasear con el novio y a tomar unos *cocktailes* a *El Algibe*. Volvió a las nueve de la noche y ¡claro! apendicitis... Una forma de apendicitis que sólo da a las muchachas solteras... ¿extraño, verdad?

El profesor los mantenía al tanto de cuanto se hablaba y se hacía allí a donde ellos no llegaban desde meses antes. Los almuerzos dominicales solían así prolongarse horas, hasta el atardecer. Les resultaba consolador el contraste de aquellas vidas honradas frente a su amor mancillado de pecado.

El divorcio se falló al fin bajo la dirección de Maret. La noticia se publicó en los periódicos y los espectadores curiosos comenzaron a esperar el final de aquella aventura. En el fondo de la ira sorda que cercaba a la pareja, Marcelo descubría, sin embargo, una cierta simpatía hacia él, como si aquel nuevo episodio de que era protagonista aumentara un poco su aureola de gozador de la vida. Cuando salía a la calle o iba, de tarde en tarde, al Club a jugar al *golf* sentía posarse en él todas las miradas y veía cómo las muchachas le sonreían al pasar y hasta trataban de retenerlo. Más de una vez se quedó con ellas largo rato, sorbiendo tragos y diciéndoles picardías que las hacían reír sin enrojecer y no volvió por la terraza desde una tarde en que comprendió que los senos temblorosos y duros de Gloria Fernández de Estenoz tentaban en demasía su codicia golosa.

Ella debió comprenderlo y una noche, tratando en

vano de disimular la voz, lo llamó por teléfono, empeñada de intrigarlo sin obtenerlo. Se sentía cansado y en realidad, enamorado de Lucrecia. La perspectiva de iniciar una nueva aventura le pareció carente de atracción, como si comprendiera que ya le quedaban pocas sorpresas que esperar y se sintiera en extremo cansado para ilusionarse con la idea de brindarlas. Algunas veces, mientras Lucrecia a su lado tejía con mano habilísima encaje de Bruselas, tarareando canciones melodiosas, cerraba los ojos y se hundía en los recuerdos, evocando figuras perdidas de mujeres que habían sido suyas. Las veía desfilar con emoción de coleccionista y se recreaba evocando los lindos ojos negros de Ronnie, la melena rebelde y rojiza de Elizabeth, los senos redondos y firmes de aquella riente Paulette que encontró en París y abandonó una noche en Monte Carlo. Pensando en todas aquellas mujeres que habían sido suyas, se reconciliaba con la vida. Adriana era la única que ponía en el desfile un sentimiento de melancolía. Aun, de tarde en tarde, sentía el remordimiento del amor burlado. Lo tranquilizaba la convicción de que todo había sido fatal como una celada del destino, irremediable y hasta necesaria, a su felicidad.

Esta idea le confortaba, convencido siempre de que la propia felicidad es el fin de la vida. Para llegar a Lucrecia todo aquello había sido preciso, hasta el olvidarla una vez y partir para volver al cabo a sus brazos. Ahora era feliz y todo lo daba por bien empleado.

Les gustaba, algunas veces, internarse en la isla en busca de hoteles lejanos, en donde nadie los conociera y en los cuales se les tomaba, frecuentemente, por recién casados. El arrancaba para el corpiño de la amante, flores silvestres de penetrante perfume y le dejaba caer por el escote botones menudos y frescos como besos de niño. Todo aquello, desconocido para él, le daba una sensación de felicidad tranquila y de

ambición satisfecha. Cada día experimentaba con mayor fuerza la sensación de su superioridad y cada mirada torcida, cada palabra murmurada en voz baja, arrancada por su paso, era como una afirmación de su venganza.

¿Venganza? No era propiamente venganza. De lo ocurrido, ni los demás, ni ellos tenían la culpa. Lo había llevado a la protesta, su inadaptación al prejuicio y sabía que era preciso pagar aquella imposición de personalidad. Pero quería pagar, cobrando.

Pasaba el tiempo y cada día la ola de la murmuración se intensificaba en torno a ellos, como si no se les perdonara su felicidad menuda y ligera. Al llegar el invierno derrocharon amor, lujo y oro por todas partes y se embriagaron en la voluptuosidad de su venganza, como dos locos entregados a una extraña droga. Lucrecia, al lado de Marcelo, había ido adaptándose a su pensamiento y llegado a gustar el sabor acre del alarde de amor. Cada día la sentía más tierna, más suave, más ondulosamente carnal, como si temiera perderlo en la recurva del sueño.

La tarde en que Maret llegó con la sentencia hecha firme a notificarles el divorcio de Lucrecia, experimentó Marcelo una sensación extraña de desasosiego y quizá, de temor. Unos meses después Lucrecia debía quedar libre para contraer nuevo matrimonio. Maret se hizo cargo de conseguir de la Secretaría de Justicia el decreto con la dispensa acortando el plazo.

—Tan pronto el decreto aparezca en la Gaceta, ultimaremos los detalles. Se trae el notario a casa y en paz. ¡A empezar la nueva vida!

Aquellas palabras produjeron en Marcelo una íntima inquietud. ¡Empezar! Como estaban solos en la terraza, frente al cognac oscuro como caoba, consultó en tono confidencial al profesor, sus dudas.

—¿Y si fuera terminar, doctor? Hacer de la amante la esposa es sabio, pero comienzo a creer que es

preferible dejarla como amante. Después de todo, entre la amante que vive junto a nosotros y la esposa, la diferencia es solo mera cuestión de palabras y a veces, ni eso.

—Lo único que vas a hacer es legalizar una situación en bien de ella. Nada más. Vamos a no dar al caso demasiada importancia, porque no la merece.

—¿Pero usted cree que el amor resista la inscripción en el Registro Civil? Mi temor es ese. Lo grato de la unión de Lucrecia conmigo es, precisamente, su falta de sanción, su carencia de mutuas obligaciones y de responsabilidades, su sentido libre, en fin.

—Vaya—volvió Maret a insistir, mientras extraía un cigarrillo—frases . . . frases. Literatura nada más. En todo eso que dices, hay algo teatral, muy bonito si quieres, pero que no viene al caso.

Marcelo continuó todavía argumentando. Sin el matrimonio, naturalmente, no se abrirían a Lucrecia las puertas de la sociedad pero ¿qué les importaba a ellos, si se sentían felices a solas? Se encontraba tan confortablemente instalado, que temía modificar todo aquello, como si su felicidad fuera una delicada pieza de cristalería factible de quebrarse al primer roce. ¿El honor de ella? ¡Pero si ella tenía más honra que muchas mujeres honradas! Maret en esto, no estuvo de acuerdo.

—El honor no es un absoluto, sino una relación y sólo las costumbres pueden dictarlo y tu error ha sido creer en un honor categórico, inmutable y eterno, igual siempre a sí mismo. El honor es sólo una relación entre el hombre y la sociedad y para esta vida de ahora tener honor es aceptar ciertos prejuicios, vivir conforme a ciertas pautas que no son las de antes. Hace unos días, se han batido a sable el representante Ruiz Cruz y su colega Rodolfo Prieto que le

planteó una cuestión de honor por ciertas diferencias habidas en la aprobación de una Ley por la cual Prieto cobró a los fabricantes de tabaco una cantidad que no concordó con la que declaró a su compañero de la Cámara. Ya ves, surgió una cuestión de honor y un lance entre caballeros, por unas miserables pesetas estafadas. Si el Código de Cabriñana se aplicara con rectitud, terminarían la mitad de los duelos. Pero no es así.

—¿Entonces el honor de una mujer se restaura como un edificio o como una pieza de porcelana?

—Mejor todavía—respondió el profesor socarrón, preparando la hipérbole.—En el edificio, al fin, cuando llueve mucho, observarás que se dejan ver las manchas de lo restaurado y en la porcelana quedan siempre rajaduras. En el honor de la mujer hay esa ventaja. Queda perfecto, sano, inmaculado, si acepta el prejuicio. ¿No has observado que tiene, para la sociedad, más honor una mujer adúltera que una querida honrada?

Lo convenció. ¿Iba a negarle a Lucrecia la posesión de un honor del que las demás disponían? Además, así solamente lograría acallar en ella una imprecisa sensación de remordimiento que algunas noches ponía en sus ojos humedad de lágrimas. Para disiparlas él la cubría de besos y emprendían después largas jornadas a través de las carreteras, entre las lomas oscuras, hasta amanecer en cualquier lugarejo campesino erizado de palmas que se volvían musicales al romper el día.

## XVII

**I**NSISTIENDO, visitando altos funcionarios, remozando amistades viejas y camaraderías de universidad, Maret obtuvo, al fin, el ansiado decreto conteniendo la dispensa para que Lucrecia pudiera contraer matrimonio antes de vencer el plazo que determina la Ley del Divorcio. En esas gestiones Marcelo sólo aportó una discreta cooperación, sin esforzarse mucho en conseguir lo que Lucrecia anhelaba cada día más y sin demostrar impaciencia por legalizar su situación. Se encontraba bien como estaba y se le hacía difícil decidirse a modificar su estado. No lo confesaba, sin embargo, por no hacer sufrir a la amante y por soslayar a Maret, con quien no quería enfrentarse.

Con ilusión de mujer enamorada, desde que el acto del matrimonio quedó señalado para una fecha fija, Lucrecia se dió a remozar la casa, complaciéndose en restaurar y modernizar las habitaciones en un intento de ver apuntar una ilusión nueva. Había en sus ojos brillantes, destellos de encanto que Marcelo adivinaba y agradecía, sin poder compartir, demasiado viejo ya para dejarse envolver en las mallas de un sueño de amor. Con gesto frío y amable, vió descolgar las cortinas antiguas y poner nuevos paños en las doradas cornisas de la sala y en la habitación más amplia de la casa, que Lucrecia destinó para ambos, después de hacerla pintar de un suave tono azul en el que se destacaban los muebles entonados en

gris con ligeros esbozos dorados. A todo decía que sí, sin aportar nunca a los preparativos iniciativas propias, como si su imaginación y su buen gusto se hubieran dormido.

Temía el regresar del sueño como si presintiera que no hay ilusión que resista la realidad. Su sueño había comenzado muchos años antes y trazado una curva dilatada que iría a morir, tal vez, en la ceremonia fría de su matrimonio civil y esa idea se acentuaba a medida que iba aproximándose la fecha en que Maret había dado cita al notario. Para esa mañana, Lucrecia se mandó hacer un traje blanco, elegante y ceñido, sencillo y sin escote, de manga larga. Primero le hizo ver el modelo, que llegaba con la firma de Lelong, trabajado en rojo y blanco y que no le pareció propio para la ceremonia, tesis que compartió Maret y que no discutió ni apoyó Marcelo. Blanco el sombrero también, completaba el equipo que al amante pareció excesivo, dada la importancia casi nula que atribuía a la ceremonia.

Se convirtieron en marido y mujer una mañana primaveral llena de luz, con un ceremonial sencillo, sin más espectadores que Maret y el escribiente de la notaría que firmó como testigo. Fuera de ellos, en el saloncillo Luis XV que Lucrecia aprestó con Lorenzo, no había nadie más. Se sentaron frente al notario, ella alegre y él frío, para escuchar la lectura de las borrosas páginas del Código y estampar en el acta su firma, mientras el profesor, fumando y dejando caer un poco de ceniza en el pantalón a rayas de su media etiqueta, corría la mano por el lomo del blanco lebril que agitaba la cola como si comprendiera. La ceremonia duró escasamente diez minutos y al terminarla, el notario se puso en pie y estrechó las manos de los recién casados que con él salieron hasta la puerta para despedirlo. Maret los abrazó largamente, como si fuera su corazón la única antena captadora de la emoción que había en el ambiente lleno de luz.

—Ahora espero que me brinden una copa de champagne—dijo riendo, como para disipar un velo misterioso de cansancio que había en los ojos de Marcelo.

Descorcharon botella tras botella, sentados en el recibidor y se embriagaron un poco como si quisieran sepultar en el oro líquido un presentimiento y un augurio que nadie confesara. A veces, quedaban envueltos en un largo silencio pesado, como si no supieran de qué hablar o como si todo lo hubieran ya dicho y ni el licor que escanciaba el mayordomo en las brillantes copas disipaba aquella neblina que caía sobre los espíritus.

Lucrecia invitó a Maret a visitar las habitaciones altas, para mostrarle los arreglos que había hecho y Marcelo quedó sólo, sumido en sus reflexiones, oyendo, como si temblara a lo lejos, la grave campana del reloj que anunciaba las doce. ¡Marido! La palabra sonaba en sus oídos como un martillazo. Se veía de frac, llevando al brazo un abrigo de pieles, dócil al paso de la esposa triunfadora, camino del palco de la ópera o en el vestíbulo de un hotel mundano cuyos espejos conocían ya su cansancio y sus mujeres bonitas. ¡Marido! Es decir, obligación, deber, contrato ¡y toda la vida! Se sentía preso de una extraña inquietud indescifrable, que no quería confesarse y era como la sensación de una derrota. Había tenido dos años antes la ilusión de un matrimonio distinto, con Adriana, en una iglesia iluminada, ante un altar decorado de flores y de palmas. Presintió que la publicación de su matrimonio pondría en las pupilas de la novia de ayer una vaga y recóndita tristeza, que acaso a nadie confesara. No se llegó a realizar todo aquello y comenzaba a sentir que la vida lo había dominado y que el camino no se lo pudo trazar su voluntad, sino el destino misterioso. De todos modos, era triste evocar aquel pasado, ido para siempre, irrevocablemente hundido, muerto en su vida y sin

embargo, como una espina clavada en su corazón incomprensible aún para él mismo.

Ahora, otra vez su vida cambiaba, pero esta vez sin la ilusión de que la moldeaba su capricho. Hubiera preferido a Lucrecia siempre amante porque eso le daba un espejismo de libertad. No había podido ser y se consolaba pensando en que su amor era sincero.

Maret lo hizo volver a la realidad al regresar para despedirse. Iba al Club a notificar a los amigos el matrimonio y a rogar a los cronistas de salones que lo hicieran público. A Marcelo aquello le pareció un poco ridículo.

—Casarse en la situación en que ustedes lo han hecho y por lo que lo han hecho y no hacerlo saber, ni querer que todos se enteren, es absurdo. Precisamente, os habéis casado para eso, para que lo sepan y para que nadie pueda echar después en cara a Lucrecia que es tu querida. Ahora es tan señora como la que más, aunque nunca haya dejado de serlo y aunque algunas de las que la han criticado, no lo hayan sido del todo.

Rendido, Marcelo acabó aceptando al ver la insistencia dulce y mimosa, a la vez que firme, de Lucrecia.

—Bien, que lo publiquen. Creo doctor que usted tiene razón. A ver si ahora no podré llevar a Lucrecia al club. Es bueno que se sepa que estamos casados. Precisamente, lo hemos hecho para eso ¿verdad? —preguntó volviéndose a Lucrecia, que de pie a su vera se inclinó para darle un beso.—Maret, almuerce usted con nosotros.

—No, me marchó de todos modos. Estoy de más en la mesa. ¡Hasta mañana!

—¿Ni un *cocktail*, doctor?—brindó Lucrecia al tiempo que llena de ritmo en el movimiento, se volvía para tocar el timbre.

—Bien, aceptado.

Bebieron otra vez. Cuando Maret se marchó, pa-

saron al comedor que aparecía engalanado, como de fiesta. El clavó sus ojos llenos de gratitud pero sin entusiasmo, en los ojos de Lucrecia que brillaban complacida por la sorpresa. Durante el almuerzo hablaron como siempre, dándose cuenta ella de que era inútil pretender dar a la ceremonia de dos horas antes un sentido que no tenía. Había sido una fórmula y nada más. La idea la acongojó un poco, sin que lo dejara entrever y cuando le sirvieron el champagne acercó su copa a la de Marcelo para brindar, ocultando su desasosiego y su tristeza ante una realidad que no había antes sospechado.

Al terminar el almuerzo, él le dió un beso en la frente, su primer beso de marido y requirió el sombrero.

—¿Te vas?—inquirió con los ojos nublados—  
¿No pasarás la tarde a mi lado?

Se disculpó con una entrevista de negocios y ella aceptó la disculpa por no discutir. Tras salir a la terraza para decirle adiós, la vió internarse en sus habitaciones.

Tomó el auto para adentrarse en la carretera, marchando despacio, entre los pinos cuya música le daba una sensación de tranquilidad especial. Fué a su oficina después y regresó ya de noche, cuando los canteros del jardín eran pebeteros envueltos en la sombra del vencido crepúsculo. Al penetrar en su habitación descubrió a Lucrecia rezando y después de saludarla, bajó otra vez a la sala. Notó que Lorenzo, discretamente, había vuelto a colocar sobre la gran consola dorada del salón, entre los candelabros de bacarat musical y brillante, el retrato desempolvado de su madre. La visión, de pronto, le aclaró muchas cosas y disipó la niebla en que había durante horas permanecido envuelto su espíritu. Cuando Lucrecia bajó, la esperaba con los brazos abiertos al pie de la escalera para darle un beso lleno de risa jocunda que fué para ella como un despertar a la felicidad que temía haber perdido.

Siguieron después su vida sin alterar el ritmo que llevaba desde el principio. Una semana después, con cierta timidez por parte de ella y un gran aplomo en Marcelo, fueron por la tarde al club, a la hora del te, haciendo una entrada triunfal y llamativa que satisfizo al marido orgulloso de su triunfo y mucho más, cuando a una ligera insinuación, todo el grupo riénte de chiquillas que capitaneaban Georgina y Margarita Pimentel acudió a la mesa, envolviendo en besos y abrazos a la pareja que desde aquella tarde jamás estuvo sola.

Se fueron acallando los resentimientos y el lujo que Lucrecia desplegaba era un gancho eficaz para atraer sobre ella miradas y sonrisas. La primera vez que en la crónica social su nombre apareció completo, encabezando una larga lista que seguía a sus elogios, Marcelo sonrió triunfalmente, mientras alargaba a la esposa el periódico. Todo se había realizado tal como lo pensó y lo quiso. Notaba, cada vez más acentuado, a medida que los meses corrían, primero, la timidez que acecha la oportunidad y después, un cierto descocado afán de aproximarse a ellos, de invitarlos y de rodearlos de halagos. Volvían a ocupar cada uno, especialmente ella, el sitio que había abandonado. Nadie les preguntaba, nadie hacía comentarios que pudieran interpretarse torcidamente como una alusión. Maret desbordaba malicia en todos los círculos, riendo burlón de toda aquella farsa, con frases que algunas veces eran latigazos, gozando la venganza del amigo como si fuera la propia.

—Estoy viejo y voy ya en camino a la liquidación —le contaba una tarde a Lucrecia, mientras hablaban en el puente sobre un mar azul y claro—pero me consuelo al pensar que también muere conmigo una época. Voy resultando ya un poco *demodé* en este mundo de ustedes y el papel de índice acusador, es un poco molesto.

El doctor vaciaba su íntimo pensamiento en la

amiga afectuosa, como si al decir lo que pensaba se quitara un peso de encima.

—No soy tan escéptico como me creen—confesaba, no sin cierto dejo triste en la voz ligeramente opaca, que Lucrecia no le conocía—y soy, fundamentalmente, un inadaptado. Me río y me burlo, porque sería indiscreto llorar, pero créame, soy un espíritu acongojado, disfrazado de ironía para engañar a los demás y quizá si también, para engañarme a mí mismo. La farsa de esta vida, agobia con exceso. ¡Hace tantos años, además, que pasó para mí el amor!

La revelación sorprendió a Lucrecia que comenzaba después de muchos años a descubrir en Maret un melancólico jamás sospechado.

—¿Dice usted el amor, doctor? ¿El amor? ¿Pero usted ha estado alguna vez enamorado?

No quiso seguir hablando de aquello, como si se arrepintiera y demasiado tarde procurara cortar la confesión. Como vio aproximarse a Georgina Pimentel con su nuevo galán, su *flirt*, como confesaba, pidió permiso a Lucrecia para retirarse y salió en busca de Marcelo, a quien sorprendió en la barra, jugando a los dados con un grupo de bañistas. Había tomado demasiado y reía las frases chabacanas y de mal gusto que saltaban en su torno.

—Vete a buscar a tu mujer al puente—le recomendó mientras sustraía del platillo una aceituna—no la dejes sola, porque está demasiado bonita y los lobos rondan siempre a las caperucitas del amor.

No quiso decirle todo lo que pensaba. Temía que todos, al acercarse a Lucrecia, trataran, por lo menos, de repetir con ella la aventura de Marcelo, convencidos de que una caída abre brecha siempre a las siguientes. Sin que se lo dijera, Marcelo, conociéndole demasiado, lo comprendió y a paso lento fué al

puente en busca de su mujer a la que ya encontró rodeada de tres galanes que reían a su lado y se pusieron de pie y quedaron en silencio, al verlo llegar.

Al volver a la vida del club, entre todas aquellas gentes banales y pecadoras, comenzaba a encontrar demasiado monótona su existencia. A nadie lo confesaba, pero no sin alarma, notaba que entre las mujeres a quienes veía en traje de baño, tiradas en la playa al sol de la mañana y por la tarde lindamente vestidas para el te y el baile, muchas le gustaban en demasía y en el fondo de su alma enamorada de la aventura, apuntaba muchas veces, no el amor, pero sí el deseo. Esto le causaba una íntima turbación, al hacerle comprender que siempre estaba a punto de volver a empezar. Rehuía esa posibilidad. Hubiera querido llegar a la insensibilidad absoluta y dejar morir suavemente su voluntad languideciendo cada vez más, en un fatalismo sin inquietudes.

Una tarde, cuando ya había llegado el invierno experimentó, viendo un barco que partía entre brumas, la sensación plena de su hastío. Estaba cansado y solo tenía treinta y tres años. Pensando en eso, se dió cuenta de que para él habían pasado las más tentadoras posibilidades de la vida. La edad en que Cristo remató con el sacrificio, la obra. La edad de los declives. Para no pensar en eso, pidió una botella de *wiskey* y un sifón. Comenzó a tomar *high-ball* y a consumir con aburrimiento cigarros que le secaban la boca. Frente a él, se abría, combada y decorada de estrellas, la noche impasible que tenía a lo lejos rumor de olas y un aire frío con sabor a yodo y a sal. En el interior, se oía a Lucrecia al piano desgranando notas de sonatas que invadían de música la casa, una música suave y melodiosa, tejida de sueños, lánguida y dulce.

Muy cerca de ellos, por la avenida, la vida cruzaba trepidante y sonora. El alcohol. más que calmar su

inquietud, la aumentaba con formas nuevas y acosaba su pensamiento, que poco a poco se iba hundiendo. Cuando Lucrecia se asomó en puntillas a la persiana, lo creyó dormido porque tenía los ojos cerrados y el cigarro se consumía en la mano pulida, que adornaba una amatista tallada con las armas de la casa de Pimentel.



## XVIII

**M**ONOLOGABA:

—Soy un final de raza. En mí termina sin brillo, agotada y perdida, una estirpe que tuvo días de esplendidez y que forjó con rutilantes espadas, pedazos de historia. De todo aquello, nada queda sino el corcel alado campeando en plata sobre el campo de gules de un cuartel perdido, que nada vale en mis tiempos. Soy un grito sin eco en un mundo que se desvanece porque está carcomido y condenado y si hay un mañana, no será para mí que llegué demasiado pronto. Soy un hombre que arribó fuera de tiempo, precisamente, para que en él muriera una estirpe.

Sólo me queda el agotar hasta lo último mi raza, una raza de conquistadores cuyos impulsos se agitan en el fondo del alma, pero ya sin laureles que arrancar a una historia sin brillo, hecha a máquina por el oro, capitán de mis tiempos. Soy una fuerza sin punto de aplicación y una energía amortiguada. De nada, pues, me servirá el dramático sino que llevo en mí como un estrella presa en lo oscuro del alma llena de incertidumbres. ¿Luchar? ¿Para qué? Si toda la lucha ha de ser inútil y todo esfuerzo baldío. Es más bello caer, pero caer con grandeza para cumplir con los míos. De la aristocracia a la plebe, hay un salto, nada más, saber morir. Vivir, sabe cualquier advenedizo con talento que se disponga a ello, pero morir con dignidad, solo pueden conseguirlo las estirpes forjadas en la conciencia de que en ellas hay algo que no muere y algo que trasciende a través de los árboles

genealógicos. Pero yo soy un hombre sin trascendencia. No tengo hijos a quien legar el poema de mi caída. ¿Entonces? Bien, pero ¿y los viejos abuelos que yacen para siempre con las espadas tendidas sobre los catafalcos de pulido mármol?

¿Patria? Fué la palabra mágica de mi infancia, porque vengo de hombres que modelaron con la espada esa ilusión magnífica. ¿Pero tengo yo, acaso, patria? Patria no es esto, ni puede serlo. Patria es abnegación, es sacrificio, es dolor. Aquí no hay dolor y la Patria ha sido botín para un tropel y lágrima para los ilusos. ¡Patria! Tengo en el fondo del alma, el dolor de la ilusión deshecha.

Pertenezco a una generación mediocre y perdida que no pudo dignificarse con el sacrificio, ni salvar del desastre el legado de los héroes. Los hombres de mi tiempo, están llamados a pasar en silencio. La Patria es para ellos una palabra sin sentido, puesto que no pueden poseerla, ni siquiera para salvarla, ya que no sabrían qué hacer con ella.

Navego perdido en mitad de la tormenta. Traía una ilusión y fué sólo un espejismo de las prometedoras distancias que se ha quebrado como un rayo de luna en un mármol negro. Estoy aislado y mi vida es solo mía, como un poema inédito jamás escrito. Me queda el Amor. ¿El amor? ¡Si no sé qué hacer con el Amor! Llevo en las manos un sino fatal que me hace romperlo y deshojar las rutilantes rosas para dejar solo las espinas. El amor ha sido para mí un surtidor de lágrimas ajenas.

Soy, pues, un dolor suspendido entre el ayer que no es ya mío y el mañana que es de la casualidad. ¿Pero la vida puede ser sólo eso? No. La vida ha de tener un sentido superior, aun para mí. Si nada cabe realizar por un ayer que tiene glorias de sobra y nada me queda que hacer por un mañana al que no he de llegar, puesto que moriré cuando apunten sus rojas auroras, mi vida, por serlo, tiene que estar dotada de un sentido real y próximo.

¡Yo! La vida se justifica por sí misma. Viviré. Me saciaré de vivir, sin más afán que el placer, ni otra voluptuosidad que el goce a pulmón pleno. Con oro, la vida ofrece siempre posibilidades tentadoras. Daré el pecho a la vida que azota y haré cristalizar los sueños. El día en que muera, tendré en las manos un puñado de estrellas cazado en la carrera sin sentido. . .

Pero he de seguir siendo como una bandera suelta a todos los vientos y un perdido bergantín pirata en todas las aventuras. Soy un final de raza. Pero las razas como la mía no pueden caer en el silencio como gestos agotados o mansas corrientes perdidas. Nueve generaciones han vivido con estrépito, a golpes de mandoble forjando poemas de dominación y poderío. Me haré digno de ellas y mi caída será como un desplome soberbio con el penacho en alto.

Este mundo perdido, no tiene Dios. Todos los dioses tutelares, todos los mitos, todas las suaves leyendas pulidas por el tiempo, van en fuga y derrota en esta época exaltada y materialista, escéptica y cansada, que no cree en un mañana que no advierte, ni en un pasado que le reprocha su banalidad insubstancial. ¡Ideales? ¡Bah! Un poco de oro. . .

Yo tampoco tengo Dios. No es mi culpa. Soy un reflejo de mi tiempo y una chispa del incendio que todo lo consume. Ni siquiera soy un dolor desgarrado. Por lo menos, el dolor purifica como la llama. ¡Si yo tuviera, al menos, un gran dolor! Pero, no. ¿Para qué? Es mejor así, con este aburrimiento que pone una patina melancólica y suave a todas las cosas. La melancolía es el último refugio de las aristocracias murientes del espíritu. Y yo soy un final de estirpe.

El mundo va a la nivelación, al aplanamiento y a la llanura. El alma obedece a las mismas leyes misteriosas de la geología que hacen bajar la tierra cada milenio hasta que todo sea plano y todo se hunda. Las sociedades van también a la nivelación. Ya no puede haber tipos de excepción y quererlo ser, es sucumbir. ¿Benvenuto? Hoy iría, por estafador.

a la cárcel. ¿Oliveretto? Lo condenarían por asesinato en cuadrilla y por parricido. ¿César Borgia? Una comisión de psiquiatras determinaría en él un cuadro psicopático. Sin embargo, estos locos crueles han hecho la Historia y dignificado la mediocre vida humana. Pero es verdad que vivieron tiempos distintos. El hombre de hoy es el tipo *standard* y no hay otra posibilidad que el *record*.

¿Qué soy yo sino una fuerza antigua, perdida en este crepúsculo sombrío? Creí amar y soñé con una modesta vida tranquila, teniendo sueños de reposo a la luz de las lámparas violetas, porque quise ser el hombre *standard* sin acordarme de que llevo en el fondo del alma chispas de conquistador. Adriana fué la heroína de un sueño de adaptación a un ritmo para mi inconquistable. ¡Adriana! Todavía siento resbalar por el alma cansada, la humedad tibia de sus lágrimas. Era imposible, como todos los sueños.

Lucrecia es la realidad ¿por cuánto tiempo? Le he jurado que por toda la vida. ¿Será posible? ¿Se puede amar toda la vida el calor de la misma carne, la luz de los mismos ojos, el timbre de la misma voz? ¡Si fuera posible! Pero presiento que también ella pasará. El instinto me empuja a extender las alas. ¿Entonces? ¡Bah! ¡quién sabe!

La boca de mi mujer es sabrosa como ninguna otra boca y tiene una frescura húmeda y jugosa como la de las frutas en sazón. Yo la reconocería siempre, aun cuando me besaran cien bocas. Pero así, la sorpresa de lo inesperado ha muerto y es necesario tener siempre una tentación.

No ser tentado, es morir. Los santos sobrevivieron porque fueron tentados siete veces todos los días. La vida tiene una disyuntiva única, o resistir la tentación o dejarse arrastrar por ella. Lo mediocre, lo absurdo y lo triste, es limitar las caídas. Pero yo hice de mi amante, que era el pecado, mi esposa.

La única mujer que nos tienta siempre, a través de toda la vida, es aquella cuya promesa de posesión

no fué cumplida. Hasta eso he perdido al desgarrar la ilusión de la novia transformada en amante y convertida en esposa. Ni una duda me asalta. Me queda solo la sensación sutil de las venideras venganzas. Las gentes que me rodean sienten en sus pobres cerebros congestionados de cifras, el latigazo de mi superioridad. No son capaces estas gentes de prestar alas al sueño, porque soñar es virtud de las viejas razas que hunden su raíz en la poesía suprema de la acción. Para soñar sin estruendo hay que tener historia.

Siento en el fondo del alma un resplandor que la llena, como si la plata del blasón se me hubiera vuelto luz argentina y escucho cantar el poema de mi escudo de armas y el grito alerta del lema de mi casa "Más vale volando . . ."

¡Más vale volando! Ir por la vida a todo vuelo de alas. Carrera loca, sin sentido, atropellada, con el aire batiendo las carnes, sofocado, jadeante. Más vale así, volando, aunque en el vértigo mueran todos los perfiles, aunque devoremos en la terrible fuga los horizontes que nos atraen. Más allá . . . Más allá . . . a la cumbre de todas las conquistas. Ser devoradores de Distancia, vencedores del Tiempo. Si se cansan las alas, caer. Un alto. Otra vez el vuelo hacia lo ignoto. ¡Volar! ¡Volar! Quererlo todo, todo. Todos los colores, todos los perfumes, todos los matices, todas las bocas, todas las revelaciones que se esconden más allá . . . más allá . . . en los horizontes sin línea.

¡La cumbre! Llegar a la cumbre. Y en la cumbre, el dolor. No importa. Soy hijo del instinto que me empuja. Seguir a todo vuelo de alas. ¡El dolor? Es el castigo del vuelo. Más allá, todavía, por sobre el Dolor, hacia el abismo. Hacia la muerte.

Después, un silencio eterno, como un manto blanco, sobre el corcel de la carrera.



**FIN**

















UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3023793889

0 5917 3023793889